AMALIA, TOMO 4
JOSE MARMOL



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I. El 16 de agosto

Once días después de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana se extraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apenas las cinco de la mañana de aquel día. No se veía un solo astro sobre el firmamento; y el oriente, envuelto en el espeso manto de la noche, no quería levantar aún las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes a otras tantas visiones de la imaginación de Hoffmann, parecían de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la joven viuda de Barracas del gran patio de la quinta, cortado por una verja de hierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento, cosa que jamás había acontecido a tales horas, después de la tristísima noche en que empezamos la exposición de esta historia.

-Si no hay nadie. Aunque Su Merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz ni a nadie -dijo, sin el misterio que parecía requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

-Pero, ¿cuándo, adónde se han ido? -exclamó con un acento de impaciencia y rabia la persona a quien se había dirigido la mujer.

-Ya le he dicho a Su Merced que se han ido anteayer, y que han de estar por ahí no más. Y los vi salir. Doña Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servía. Junto con doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y después se bajó del coche doña Amalia, abrió las piezas y volvió a salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la quinta.

Restablecióse el silencio y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió a correr de puerta en puerta, de ventana en ventana, a ver si descubría alguna luz, si percibía algún ruido que le indicase la existencia de alguien en aquella mansión desierta y misteriosa.

Pero todo era en vano: él no oía sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la quinta, mecidos por la recia brisa de aquella noche de invierno oscura y fría.

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó; y volvió al lugar en que estaba su compañero y la persona que les había dado los informes que se conocen.

-Señor comandante, sabe Usía que la escolta marcha hoy muy temprano, y ya es la madrugada.

-Bien, teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo más. Vámonos, y marche a su cuartel.

-Señor de Mariño, mire Su Merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles a los de casa.

-Bien, mañana.

-Pero, ¿cómo mañana?

-Vamos, toma y déjame en paz.

-¿Y cuánto es esto?

-No sé. Pero no debe ser poco.

-Cuando más, cinco pesos -dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del comandante Mariño y del teniente del escuadrón escolta; y pasando por la verja de hierro, cuya puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

Un momento después esos dos personajes de la Federación dejaban a su colega por ella en la pulpería contigua a la casa de Amalia, satisfecha de ver que, aunque negra como era,

prestaba servicios de importancia a la santa causa de pobres y ricos. Y comandante y teniente tomaban el galope para la ciudad; dirigiéndose, el primero a su cuartel de serenos, y el otro al de la escolta de Su Excelencia.

Apenas allá en el horizonte del gran río se veía una ligerísima claridad sobre las olas, como una leve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venía.

Todo, menos el hombre, iba a armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la Naturaleza y su Creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra pampa sacudirían en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correría, arqueando su potente cuello, a apagar su sed nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuestros pájaros meridionales, menos brillantes que los del trópico, pero más poderosos unos y más tiernos otros, saltarían desde el nido a la copa de nuestros viejos ombúes, o de nuestros erizados espinillos, a saludar los albores primitivos del día; y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarían a abrir sus blancas, punzóes y amarillas hojas, para tener el gusto, como la virtud, de contemplarse a sí mismas a la luz del cielo, porque la luz de la tierra no alcanza ni a las unas ni a la otra. Toda la Naturaleza, sí, menos el hombre. ¡Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servía en la infeliz Buenos Aires sino para hacer más visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvían en caos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crimen, el sufrimiento y la desesperación!...

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas, dirigiéndose a los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos estos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires al venir el día, hacía ya cuatro o cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos, cuyas almas estaban, unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle, y otras en el infierno del crimen esperando el de Rosas.

Sólo en el camino de San José de Flores, que arranca de la ciudad: en aquel célebre camino, gloria de la Federación y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; sólo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos. Era don Juan Manuel de Rosas que marchaba a encerrarse en su campamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de agosto de 1840, saliendo de la ciudad oculto entre las sombras de la noche, y calculando, sin embargo, poder llegar de día a la presencia de sus soldados, a quienes por la primera vez en su vida, iba a poder decirles compañeros.

Su escolta tenía orden de marchar una hora después.

Nada más lúgubre, nada más dramático, nada más indeciso y violento, que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento en todo el horizonte revolucionado de la República Argentina.

Era un duelo a muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilización y la barbarie; y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en mano, prontos a atravesarse el corazón, teniendo por testigos de su terrible combate a la humanidad y la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate. ¿En qué lugar? Sobre la República entera.

El general Paz marchaba a Corrientes, a ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantando, luchando brazo a brazo con la dictadura de Rosas, y que entonces vitoreaba la libertad y recibía a la noble hechura de Belgrano.

Lamadrid, ese mosquetero de Luis XIII, resucitado en la República Argentina en el siglo XIX, bajaba sobre Córdoba a extender la poderosa Liga del Norte.

Lavalle, nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el Cruzado argentino, en fin, marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil legionarios, valientes

como el acero, ardientes como la libertad, entusiastas como la poesía, y nobles como la causa santa por que abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver a ella con la privación y la roída casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte más culta y distinguida de la juventud argentina, comandado por lo más selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio, que partían a la guerra, hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesía de la imaginación, sino con la expresión de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido a la sombra de nuestros viejos padres y a la libertad futura de la patria.

"Isla de la Libertad, agosto 31 de 1839.

"Mi querida mamá: He derramado lágrimas al leer su carta tan llena de amor maternal. Devuelvo a usted esos tiernos sentimientos que me manifiesta, con todo mi corazón. Confío en que el cielo presidirá nuestros destinos y que yo tendré el gusto de abrazar a usted y a mis queridas hermanas en el seno de nuestra patria adorada. Diez años han durado nuestros sufrimientos, y la esperanza de terminarlos me llena de ardor y entusiasmo. Deseche toda idea triste: Dios regla el destino del hombre, Si muero, le pido su perdón, y su olvido... - Eduardo Alvarez."

¡Soldados así, como ese joven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros viejos generales, que se despedía de su madre para ir a morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, después de haberse cubierto de gloria en el Yeruá y Don Cristóbal; cayendo al expirar en los brazos de su hermano, enviándole un beso a su madre y haciendo jurar a ese hermano que no dejaría la espada sino con la libertad argentina, o con su muerte!...

De parte de la tiranía, Echagüe en Entre Ríos, López en Santa Fe, Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el exterior, por parte de la Francia sólo había la novedad del nombramiento del vicealmirante Baudin para el comando de una expedición militar al Plata, que parecía haberse resuelto con el fin de poner término a los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental, el general Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel general en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuía con brindis a la cruzada argentina; bebiendo "porque la República Argentina anonadando al tirano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, y comprenda que la única base de la felicidad de los pueblos es la que se funda en leyes justas y análogas a sus necesidades";y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, él tenía una fisonomía especial en ese momento: la fisonomía especial de la angustia, la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en don Felipe Arana, y salía a esperar a Lavalle, o más bien, huía de la ciudad a su campamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallón de Maza, el de Revelo, el número 1 de caballería, los dos escuadrones de abastecedores, el escuadrón escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componían, en número de 5.000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad estaba guardada de otro modo.

En el fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de serenos, y de noche se reunían allí la plana mayor activa y la inactiva; los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 a 500 hombres.

En su cuartel del Retiro estaba el coronel Rolón con 250 veteranos.

El coronel Ramírez mandando 80 negros viejos e inválidos.

Y el cuarto batallón de patricios estaba mandado accidentalmente por don Pedro Jimeno.

El coronel Vidal mandaba también alguna fuerza pequeña.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos Aires no estaban organizados, ni alistados siquiera.

El cuerpo de la Mazorca, compuesto de 80 a 100 facinerosos, se distribuía desde la oración en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrían toda la noche la ciudad; sin hacer otra cosa hasta esos días, sin embargo, que registrar escrupulosamente a los que hallaban en la calle; llevarlos a la presencia de Salomón, si tenían armas, o insultarlos groseramente si no iban con gran divisa o con papeleta de "socio popular restaurador".

El inspector, general Pinedo, hacía los nombramientos de "jefe de día"; cargo que recaía siempre en alguno de los generales que, sin destino, permanecían en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes, recorrían la ciudad toda la noche, visitando los cuarteles para ver si se observaban las órdenes expedidas.

Pero ninguna época de la Federación hizo más tolerantes a sus hijos que estos días que estamos describiendo; es decir, aquellos en que el general Lavalle marchaba, aproximándose a la ciudad.

La Mazorca no hacía uso de sus armas, como hemos dicho.

Los jefes de día, en el curso de sus paseos nocturnos, solían llamar a alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo, y preguntaban con el mayor esmero si algo se ofrecía, si había alguna novedad, o aseguraban que no había nada que temer, etcétera.

El gobernador delegado mandaba indirectamente ciertos avisos a ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo de las parroquiales se demostraban mutuamente, con una lógica concluyente, lo terrible que era el no poder vivir en paz y tener que pelear con sus "hermanos"... ¡Ah, Lavalle, Lavalle!, ¿por qué no mandasteis un escuadrón a gritar: ¡Viva la patria! en la plaza de la Victoria?

Pero sigamos.

De otro lado, las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querían reír, y sentían el corazón oprimido; Lavalle se acercaba, pero cada una de ellas tenía un hijo, un hermano, un esposo en las filas de los libertadores, y una bala enemiga podía abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, pero el puñal de la Mazorca estaba más cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejían coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gavetas algún traje celeste, escondido por muchos años, para recibir a los libertadores; y las madres querían esconder dentro de sí mismas a los hijos que les quedaban aún en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levas de la Mazorca.

Cada familia, cada individuo, era en fin la imagen viva y palpitante de la ansiedad, de la más penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que apenas bosquejamos, al fin de la primera mitad de agosto; tiempo también en que vamos a encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazón de los patriotas latía de temor y de esperanza. El de los héroes de las "parroquiales" de miedo y de temor.

Pero, antes de cerrar este capítulo, vamos a explicar esa voz "parroquiales", con que en este libro se ha determinado a menudo una época a que no se ha dado todavía un nombre especial.

Al anochecer del 27 de junio de 1839 fue asesinado en las antesalas de la cámara de representantes el presidente de ésta, don Manuel Vicente Maza.

Dejemos la palabra a los documentos, porque éstos, de suyo, han de reflejar sobre la conciencia del lector todo lo que hay de horrible y de repugnante en los hechos que fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó "fiesta de las parroquias".

"En Buenos Aires, a 27 de junio de 1839, a las seis y media de la noche, se presentó en la casa habitación del señor vicepresidente primero de la honorable sala, ciudadano general don Agustín Pinedo, el ordenanza de dicha sala Anastasio Ramírez, y anunció al referido vicepresidente que acababa de ser violentamente muerto el señor presidente de la honorable sala, doctor don Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver había encontrado el exponente en la sala de la presidencia."

La comisión permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver, y encontraron en él dos heridas hechas con cuchillo o daga.

La sala se reunió al día siguiente: ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? No; se reunió para oír un discurso del diputado Garrigós. He aquí un pequeño fragmento de ese discurso: "...Se ha querido contrastar la acrisolada fidelidad de nuestra tropa. Pero por todas partes, señores, ha encontrado el vicio la resistencia que le ofrece la virtud. Estos leales federales, que detestan al bando unitario, y mucho más aún a los traidores que desertan de la causa de la Confederación Argentina, volaron presurosos a participar al gobierno aquel inicuo atentado, exhibiendo, al mismo tiempo, comprobantes inequívocos de la certeza de su aserto. Pues bien, señores, el autor principal del crimen tan execrable era el hijo de nuestro presidente y, sin duda alguna, datos muy exactos y antecedentes muy fundados comprobaban la connivencia del padre en el complot del hijo: estos graves cargos, que gravitaban contra el ex presidente, desparramados en la población, cundieron con una rapidez eléctrica: los ciudadanos de todas clases miraron con horror tan inaudito crimen y se apresuraron entonces a dirigirse a esta honorable legislatura ejerciendo el derecho de petición. Al efecto prepararon una solicitud con el objeto de que se separase del elevado puesto de presidente de la representación de la provincia, y aun del seno de la legislatura a un ciudadano contra quien pesaban graves cargos y contra quien la opinión pública se había ya manifestado del modo más severo, y que, por consiguiente, debía quedar fuera del amparo de esta posición, para que el fallo de la ley se pronunciase contra su conducta. Aun no fue esto todo, señores; pendiente este paso, la animadversión pública se explicó más palpablemente. La casa del presidente fue agredida la noche del jueves de un modo que se conoció que el pueblo estaba en oposición a la permanencia del presidente en su puesto, que aún esa mañana ocupó. Tales antecedentes decidieron al presidente a hacer su renuncia, no tan sólo del cargo que ocupaba en este recinto, sino también de la presidencia del tribunal de justicia. Recién entonces se apercibió que debía alejarse de esta tierra, y no poner a prueba tan difícil la irritación del pueblo, y la justificación del jefe ilustre del Estado, que fluctuaría entre el severo deber de la justicia, y el cruel recuerdo de una antigua amistad...

"...En tal estado, señores, ¿qué cosa resta a la honorable sala, que dar cuenta de este trágico suceso al P. E., acompañándole todos los antecedentes de la materia, para que en su vista dicte las medidas que su sabiduría le aconseje?"

Al día siguiente, es decir, el día 28, en que tuvo lugar la sesión, el hijo del presidente de la sala, teniente coronel don Ramón Maza, fue fusilado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver de su hijo, y juntos fueron echados a la zanja del cementerio.

Tras este horrendo asesinato del presidente de la legislatura y del tribunal de justicia, ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor de Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabién al asesino. "En virtud del descubrimiento del feroz, inicuo y salvaje plan de asesinato premeditado por los parricidas, reos de lesa América, traidores Manuel Vicente y su hijo espúreo Ramón Maza, vendidos al inmundo oro francés", decía uno. Otro le hacía coro,

repitiendo: "Esté bien convencido Vuecelencia de que el Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia, poniendo en descubierto los planes infernales de los traidores sobornados por un vil interés, como sucede con el traidor sucio, inmundo y feroz, Manuel Vicente Maza y su hijo bastardo".

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa Mazorca de la Federación y centenares de páginas no podrían abrazar en sus millones de tipos todo el palabreo inmundo de esa época, y fue preciso abrir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debía celebrarse en los templos.

El asesino fue deificado, y el asesinato bendecido, no sólo en la ciudad, sino en la campaña.

Del día del delito, se decía en la cátedra del Espíritu Santo: "Yo no haré otra cosa en esta mi breve alocución que exhortaros con las palabras del profeta real a establecer este día hasta el cornijal del altar. Constituite diem solemnem in condensis usque ad cornu altaris. Solemne llamo este día por el feliz descubrimiento de la trama horrorosa contra la vida de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes; solemne llamo a este día, por el escarmiento público que la divina Providencia hizo de los enemigos de nuestra libertad e independencia... La divina Providencia... Ella quiso que este público... A la verdad, Dios vela sobre los buenos y sobre los malos; sobre los buenos para darles a su tiempo el premio en el cielo, sobre los malos para darles a su tiempo el condigno castigo."

El juez de paz de cada parroquia citaba a los vecinos y previamente le sacaba a cada uno lo que podía, o no podía dar, para la suscripción de la fiesta. Luego se nombraba la comisión, se señalaba el día, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestía de federal y... pero que hablen los documentos.

"La cuadra de la iglesia estaba toda adornada de olivo y lindas banderas, las cuales fueron tomadas por los vecinos y 'de golpe las rindieron al pasar el retrato, hincando la rodilla', causando un espectáculo verdaderamente imponente el repique de las campanas, cohetes de todas clases y vivas del inmenso pueblo que había allí reunido; al llegar al atrio tomaron el señor juez de paz y el señor maestre el retrato, y entraron con él en la iglesia, en cuya puerta el señor cura y seis sacerdotes de sobrepelliz, acompañaron el retrato hasta que se colocó en el lugar destinado, y como se retirase la comitiva por no empezarse la función de iglesia, se dejaron dos tenientes alcaldes uno a cada lado del retrato haciéndole guardia..., hasta que, concluida la función, tomó asiento el acompañamiento esperando al señor cura y demás sacerdotes que, de sobrepelliz, salieron a acompañar el retrato que fue sacado hasta el atrio, donde lo recibió el señor juez de la instancia, don Lucas González Peña...

"Gran porción de vecinos se reunió en la casa contigua a la del juez de paz, donde fue servida con abundancia carne con cuero; concluida la comida, se formó del contento general la más federal y republicana danza en el patio de la casa del señor juez de paz, adoptando nuestra 'alegre media caña por baile', la que era tocada por la música restauradora: en esta danza, aceptada alegremente por todos, no quedó nadie sin bailar, pues, todos entreverados, no se conoció distinción. La señorita doña Manuelita Rosas, digna hija de nuestro Ilustre Restaurador, y la respetable familia de S. E, dieron realce con su presencia", etcétera.

Los documentos de la época van más adelante todavía: veneros inagotables de la más desesperante filosofía sobre la debilidad de la raza humana cuando gravita sobre ella la pesada mano del despotismo, en cada página, en cada día de esa época funesta, enseñan en progreso la degradación del pueblo sometido a Rosas. Las inspiraciones de éste eran las que daban impulso a las acciones: obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposición, que a los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber dónde comenzaba esa imposición, y dónde terminaba la acción espontánea en conciencias que el miedo había pervertido.

La descripción de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4891 de la Gaceta, brilla todavía con mayor lujo de degradación, de prostitución, de escarnio.

Más todavía, la fiesta de la catedral que describe la Gaceta 4.866: he aquí un fragmento:

"En la entrada del templo se agolpaba un numeroso gentío, y saliendo a la puerta el senado del clero, fue introducido al templo el retrato de Su Excelencia por los mismos generales que lo habían recibido, etc. La función fue celebrada con majestuosa solemnidad. Nuestro venerable y digno compatriota, el ilustrísimo obispo diocesano de Buenos Aires, doctor don Mariano Medrano, rodeado de todo el esplendor y pompa con que se ostenta el culto de la Iglesia católica en sus augustas fiestas, ofició en tan importante acción de gracias. Una magnífica orquesta acompañaba el canto de algunos profesores y aficionados. Concluida la misa, se entonó el Te Deum por el ilustrísimo prelado, que se anunció al público con repiques de campanas y una salva de artillería en los baluartes de la fortaleza. En seguida fue reconducido el retrato de Su Excelencia al carro. La caballería formó en columna, etc.

"Luego que el señor inspector general dispuso la retirada del retrato, empezó la marcha en el mismo orden, siguiendo la columna por el expresado arco principal, y de éste por la calle de la Reconquista hasta la casa de Su Excelencia. Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de Su Excelencia, tirando del carro que alternativamente habían tomado los generales y jefes de la comitiva al conducirlo al templo. Las señoras mostraron el más delicado y vivo entusiasmo, y vimos con inmenso placer a las distinguidas señoras doña...", etc., etc.

Como se ve, pues, estas célebres fiestas tuvieron por origen un crimen; y dignas sucesoras de esa causa, ellas en sí mismas eran un crimen, y fueron más tarde madres de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunión pública, e trata de poner en competencia la cultura o el talento, la elegancia o el lujo.

En toda reunión pública, o se trata de agradar, o se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales, todo era a la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquia era un inmenso certamen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanación del templo seguía la profanación del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaba el ambigú federal, cuya mesa se colocaba, ora en la sacristía, a veces en algún corredor, bajo algún claustro, y alguna vez también en la casa del juez de paz de la parroquia.

El primer asiento estaba reservado a Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar a su padre los pensamientos de cuantos allí había, cada uno empleaba todo el poder de la oratoria especial de la época, para mostrarse a los ojos de la hija, fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenía su vigor, su brillo, su sello federal en la abundancia de los adjetivos más extravagantes, más cínicos, más bárbaros.

El enemigo debía ser inmundo, sucio, asqueroso, chancho, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el héroe de la Federación, en boca de los aseados federales, para quienes el oro francés era inmundo, pero el oro argentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo a manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitución y el vicio que allí representaban.

En pos de la borrachera federal venía la danza federal. Y la joven inocente y casta, llevada allí por el miedo o la degradación de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces a esas orgías pestíferas con las lágrimas en los ojos, tenían luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza con lo más degradado y criminal de la Mazorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la revolución del Sur, en octubre del mismo año de 1839, pero continuadas tan pronto como fue sofocado aquel heroico movimiento. Y en ellas fue donde debía engendrarse la época de sangre que debía comenzar en 1840. Porque si la cabeza de Zelarrallán, de Castelli y otros habían dado ya ocupación al cuchillo, todo eso no era, sin embargo, sino los preludios de las ejecuciones en masa que debían cometerse más tarde.

El terror fue graduado, fría y sistemáticamente, por el dictador.

Las personerías.

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las señoras.

Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fue arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperación y del miedo, a cuyo fondo insondable debía empujarlos con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así la sociedad en esta época se hallaba dividida en víctimas y asesinos. Y estos últimos, que desde muy atrás traían sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentación de su cinismo, temblaban, sin embargo, cuando la pisada del Ejército Libertador hacía vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de agosto de 1840, a cuyos días hemos llegado en esta historia; mientras que la parte oprimida del pueblo sufría también la incertidumbre penosa por el éxito próximo de la cruzada.

Y es para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusión, que la novela ha tenido que historiar brevemente los antecedentes que se han acaban de leer.

Librodot

II. El gobernador delegado

Pasado el zaguán que conducía del primero al segundo patio en la casa de don Felipe Arana, calle de Representantes, número 153, se hallaba a mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra más pequeña en uno de los ángulos, y un estante conteniendo muchas obras teológicas, las Partidas, un diccionario de la lengua, edición de 1764; un grabado representando a San Antonio; un botellón de agua; unas tazas de loza y un damero: nada más tenía el estante del señor don Felipe; pues acabamos de conocer el gabinete del señor ministro, ascendido al alto rango de gobernador delegado.

En la pequeña mesa copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el señor don Cándido Rodríguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchos legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, sentados estaban don Felipe Arana y el ministro de Su Majestad Británica, caballero Enrique Mandeville, y nuestro "entrometido" Daniel.

-Pero si no ha habido declaración de guerra, señor Mandeville -decía el señor don Felipe a tiempo que entramos con el lector en su gabinete. Y eso decía con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las señoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

-Así es, no ha habido declaración de guerra -contestó el señor Mandeville, jugando con la punta de sus rosados dedos.

-Y usted ve, señor ministro -prosiguió don Felipe-, que según el derecho de gentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra, sin que a ese acto preceda una declaración solemne y motivada.

-¡Pues!

-Y como el derecho de gentes nos comprende a nosotros también, ¿digo bien, señor Bello?

-Perfectamente, señor ministro.

-Luego, si nos comprende a nosotros el derecho de gentes -prosiguió don Felipe-, teníamos derecho a que la Francia nos declarase la guerra antes de mandar una expedición. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debía estorbarle el envío de la antedicha expedición; porque conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la Confederación. Y es por eso concluyo repitiendo al señor ministro, a quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al paso por mar de la susodicha expedición que debe salir de Francia o estar ya en camino por el mar.

-Yo transmitiré a mi gobierno las poderosas observaciones del señor gobernador delegado -contestó el señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por don Felipe como lo estaba por Rosas, podía medir a su antojo la diplomacia y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

-Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diría al señor gobernador cuál es en mi opinión la política que ha creído conveniente seguir en los negocios del Plata el gabinete de Saint James -dijo Daniel, con un tono tan humilde y tan comedido que acabó de encantar a don Felipe, que no deseaba otra cosa sino que alguien hablase cuando él tenía que hacerlo.

-Las opiniones de un joven tan aventajado como el señor Bello deben ser oídas siempre.

-Mil gracias, señor Arana.

El señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel joven cuyo nombre le era conocido, y se dispuso con toda su atención a escucharlo.

-Es muy probable que a la fecha en que estamos, el señor Palmerston esté en posesión de un documento muy grave de la actualidad: me refiero al protocolo de una conferencia tenida

el 22 de junio de este año entre la comisión argentina y el señor Martigny. ¿El señor Mandeville sabe algo de este documento?

-Nada absolutamente -contestó el ministro inglés-, y dudo que mi gobierno lo tenga, desde que no ha ido por mi conducto.

-Entonces me cabe la dicha de haber hecho las veces del señor ministro.

-¿Es posible?

-Sí, señor: el 22 de junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Londres, enviado por mí al vizconde Palmerston. Tiene hoy, pues, cincuenta y dos días de viaje.

-Pero, ¿ese documento? -dijo el señor Mandeville, algo intrigado.

-Helo aquí, señor ministro. Leámoslo y después observemos -dijo Daniel, sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó:

Protocolo

"De una conferencia entre el señor Buchet Martigny, Cónsul General, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de Su Majestad el Rey de los franceses, y la Comisión Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos a la cuestión pendiente en el Río de la Plata.

"Los sucesos que han tenido lugar en el Río de la Plata, desde el 28 de marzo de 1838, en que las fuerzas navales de Su Majestad el Rey de los franceses, establecieron el bloqueo del litoral argentino, produjeron una alianza de hecho entre los jefes de las expresadas fuerzas y los agentes de Su Majestad por una parte, y las provincias y ciudadanos argentinos, armados contra su tirano, el actual gobernador de Buenos Aires, por la otra.

"Esta alianza se hizo más estrecha y adquirió alguna más regularidad desde que el señor general Lavalle, en julio de 1839, se puso de acuerdo con dichos jefes y agentes para organizar en la isla de Martín García la primera fuerza argentina destinada a obrar contra el gobernador de Buenos Aires, y desde que el gobierno de la provincia de Corrientes abrió comunicaciones con ellos en octubre del propio año.

"Desde entonces los señores agentes diplomáticos y los jefes de las fuerzas navales francesas, han prestado reiterados servicios a la causa de los argentinos, dondequiera que se han armado contra su tirano, y han recibido a su vez pruebas de sinceras simpatías hacia la Francia, dondequiera que no ha dominado la influencia de aquél. Todo esto había estrechado más cada día la expresada alianza de hecho.

"Actualmente, los últimos periódicos de Francia, que acaban de recibirse en esta capital, han dado a conocer el discurso pronunciado en la Cámara de diputados el 27 de abril último por el señor Thiers, presidente del Consejo de ministros de Su Majestad, y en el cual Su Excelencia reconoció pública y solemnemente como aliados de la Francia a las provincias y ciudadanos de la República Argentina, armados contra el tirano de Buenos Aires, dando así una especie de sanción a la alianza, que sólo de hecho existía.

"Esta circunstancia ha dado lugar a que las partes interesadas en el negocio creyesen, como realmente creen, llegado el momento de fijar algunos puntos, que den a la alianza toda la regularidad posible, y establezcan al mismo tiempo sus más naturales consecuencias.

"Por este efecto, los abajo firmados, a saber:

"Por una parte, el señor Claudio Justo Enrique Buchet de Martigny; Cónsul general, encargado de negocios y ministro plenipotenciario de Su Majestad el Rey de los franceses.

"Y por otra los señores doctor don Julián Segundo de Agüero, doctor don Juan José Cernadas, don Gregorio Gómez, doctor don Ireneo Portela, doctor don Valentín Alsina, doctor don Florencio Varela, miembros que componen la comisión argentina, establecida en Montevideo, por especial delegación del señor general Lavalle que, como jefe de todas las fuerzas argentinas dirigidas contra el dictador Rosas, representa de hecho los intereses y negocios de la provincia de Buenos Aires, cuya representación delegó en dicha comisión.

Librodot

"Se han reunido hoy, día de la fecha, en la casa habitación del señor Buchet de Martigny; y después de prestar a este negocio su más seria atención, han reconocido, de común acuerdo, que es de la mayor importancia que la desavenencia entre la Francia y Buenos Aires, a que han dado lugar las crueldades, y actos arbitrarios ejercidos por el actual Gobernador de esta provincia contra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo que ha sido su consecuencia, cesen en el instante mismo en que haya desaparecido la autoridad del dicho gobierno y haya sido reemplazada por otra conforme a los deseos del país, como las circunstancias dan lugar a esperarlo.

"Y creyendo necesario entenderse de antemano respecto de los medios mejores que deben emplearse para obtener ese resultado de un modo igualmente honroso para ambos países, han discutido maduramente el negocio, y han convenido, por fin, en lo siguiente:

"Tan luego como se haya instalado en Buenos Aires una nueva administración, en lugar del despotismo que allí domina actualmente, anunciará ella misma este suceso al señor Buchet de Martigny, instándole a trasladarse cerca de ella. El señor Buchet de Martigny aceptará inmediatamente esta invitación, y se presentará a la nueva administración en calidad de cónsul general, encargado de negocios y plenipotenciario de Francia.

"Su primer acto, en respuesta a la nota que se le haya dirigido, será el de hacer a la nueva administración una declaración al efecto siguiente:

"El bloqueo establecido en el litoral de Buenos Aires, y los actos hostiles que le han acompañado, jamás han sido dirigidos contra los ciudadanos de la República Argentina; lo que más de una vez han mostrado las medidas tomadas en favor de los mismos ciudadanos argentinos, por los agentes de Su Majestad, y por los comandantes de las fuerzas navales francesas en el Plata. Esos actos ningún otro objeto han tenido que el de compeler al tirano, bajo cuyo yugo gemía la república, a poner término a sus crueldades contra los ciudadanos franceses, a conceder justas indemnizaciones a aquellos que las habían ya sufrido, y a respetar la cosa juzgada. Vivamente ha sentido el gobierno del Rey verse obligado a echar mano de medidas que debían producir grandes males para el pueblo argentino; pues jamás ha creído que ese pueblo haya tenido parte alguna en semejantes excesos; o los haya aprobado.

"Hoy, pues, que ha desaparecido el monstruoso poder, contra el cual se dirigían determinadamente las hostilidades de la Francia, y que el pueblo argentino ha recobrado el ejercicio de sus derechos y de su libertad, no hay ya motivo alguno para que continúe la desavenencia entre los dos países, ni el bloqueo a que había dado lugar; contando positivamente el gobierno de Su Majestad y el infrascripto con la disposición del pueblo argentino y de la administración que acaba de establecerse en Buenos Aires, a hacer justicia a la nación francesa y acceder a sus justas reclamaciones.

"En consecuencia, el señor Buchet de Martigny va a apresurarse a escribir al contraalmirante, comandante de las fuerzas navales francesas en el Plata, para darle noticia de los acontecimientos y para rogarle que declare levantado el bloqueo del Río de la Plata, y dé las órdenes necesarias, a fin de que las fuerzas francesas, que se hallan en la isla de Martín García se retiren; y al dejarla entreguen al jefe militar y a la guarnición que, a efecto de relevarlas, mande el gobierno de Buenos Aires, la artillería y todos los otros objetos que existían en la isla antes de su ocupación por los franceses.

"En cambio de esta nota, la nueva administración de Buenos Aires trasmitirá al señor Buchet de Martigny una declaración concebida, poco más o menos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha seis u ocho días después:

"El gobierno provisorio de Buenos Aires, deseando corresponder a la generosidad de la declaración que con fecha le ha sido hecha por el señor encargado de Negocios y Plenipotenciario de la Francia, deseando también dar a esta Nación una prueba de su amistad y su reconocimiento por los eficaces servicios que en estas últimas circunstancias ha prestado a la causa argentina:

"Considerando igualmente la justicia con que el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses ha reclamado indemnizaciones, en favor de aquellos de sus nacionales, que hayan sido víctimas de actos crueles y arbitrarios del tirano de Buenos Aires don Juan Manuel Rosas:

Ha decretado lo que sigue:

"Art. 1º Hasta la conclusión de una conversación de amistad, comercio y navegación entre Su Majestad el Rey de los franceses y la provincia de Buenos Aires, los ciudadanos franceses establecidos en el territorio de la provincia serán tratados, respecto de sus personas y propiedades, como lo son los de la nación más favorecida.

"Art. 2º Se reconoce el principio de las indemnizaciones reclamadas por Su Majestad el Rey de los franceses en favor de aquellos de sus nacionales que hayan sufrido antes o después de establecido el bloqueo por medidas inicuas y arbitrarias del último gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel Rosas, o sus delegados.

Invitará este gobierno al señor Buchet Martigny a que se entienda con él, para hacer determinar, en un plazo breve, el monto de esas indemnizaciones, por árbitros elegidos por ambas partes, en igual número; y que en caso de empate tendrán la facultad de asociarse un tercero en discordia, nombrado por ellos a mayoría de votos.

Se reconoce también el principio del crédito del señor Despuy contra el Gobierno de Buenos Aires. Los mismos árbitros fijarán su monto por documentos auténticos.

El señor Martigny, en respuesta a la notificación que reciba de esta resolución, dará las gracias al Gobierno de Buenos Aires por este testimonio de amistad y de justicia, y lo aceptará en nombre del Gobierno de Su Majestad.

Los señores miembros de la Comisión Argentina, reconocidos a los servicios que la Francia ha hecho a su República en la lucha que sostiene contra su tirano, se comprometen del modo más formal, tanto en su nombre como en el del general Lavalle, de quien son delegados, a emplear todos sus esfuerzos y a usar de toda su influencia, para que el nuevo Gobierno de Buenos Aires, legalmente constituido, concluya sin demora con el Encargado de Negocios y Plenipotenciario de la Francia una convención de amistad, comercio y navegación, en los mismos términos de la que se firmó en Montevideo el 8 de abril de 1836, entre la Francia y la República Oriental del Uruguay; lo que será también una nueva prueba de la moderación e intenciones de la Francia; pues que nada más pide ni desea de la República Argentina, sino lo mismo que propuso, en medio de la paz y la amistad, al Estado Oriental del Uruguay.

"Terminado así el objeto de la presente conferencia, se formó este protocolo, que quedará secreto, y que firmaron todos los miembros de ella, en dos ejemplares, en francés el uno, y el otro en castellano, en Montevideo, a 22 de junio de 1840. - Buchet Martigny, Julián S. De Agüero, Juan J. Cernadas, Gregorio Gómez, Valentín Alsina, Ireneo Portela, Florencio Varela. "

El señor Mandeville estaba absorto. Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que lo dominaba siempre, y bajo su inspiración, dijo:

-Pero ¿qué dirá el señor gobernador cuando sepa que ese documento ha existido en manos de usted, por tanto tiempo, sin él saberlo?

-El señor gobernador conoce ese documento desde el mismo día en que llegó a mis manos.

-¡Ah!

-Sí, señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa; y segundo para que no declinase de su heroica resistencia contra las pretensiones francesas.

-Es un prodigio este joven -dijo don Felipe mirando a Mandeville; mientras don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel había hecho pacto con el diablo, y que él se encontraba en la asociación.

-Bien, pues -continuó Daniel-, a primera vista, esta alianza debería inspirar recelos al Gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiriría la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero éstos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas a la Francia no son una especialidad, sino un programa general que establecen para lo futuro en sus relaciones políticas y comerciales para con los demás Estados. Que su sistema de orden y de garantías se extenderá a todos los extranjeros que residan en la República. Anuncian la libre navegación de los ríos interiores. Proclaman la emigración europea como una necesidad de estos países y distraen los intereses políticos con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos, una vez que triunfe su partido.

-¡Traición es todo eso! -exclamó don Felipe, que no entendía una palabra de cuanto acababa de oír.

-Prosiga usted -dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

-En presencia de tal programa -prosiguió el joven-, el Ministerio inglés toma en cuenta, de una parte, los inconvenientes de una hostilidad directa a la Francia en su cuestión en el Plata; y por otra, las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con sólo que la Inglaterra se mantenga neutral en una cuestión cuyo resultado puede ser el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas al comercio, al capital y a la emigración europea, y cuya amistad quizá convendrá más tarde adquirirse a todo trance para equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

-¡Pero es una picardía! -exclamó el señor don Felipe-, una traición, un ataque a la independencia y soberanía nacional.

-Por supuesto que lo es -dijo Daniel-, es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta a que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza, en este caso, se funda en la habilidad de usted, señor Arana, para hacer entender al señor Mandeville todo lo que tiene de traidor a los intereses americanos y europeos el pensamiento de los unitarios.

-Ya... sí... pues... yo he de hablar con el señor Mandeville.

-Sí, hemos de hablar -contestó el ministro inglés cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien había descubierto todo cuanto a don Felipe le faltaba.

-¿Y me podría usted facilitar una copia de ese documento? -continuó Mandeville, dirigiéndose a Daniel.

-Desgraciadamente no puedo -contestó el joven, haciendo al mismo tiempo una seña de afirmativa a Mandeville, que fue comprendida en el acto.

-No puedo -prosiguió diciendo Daniel- porque le entregué una copia de él al señor gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su ministro de Relaciones Exteriores no supiese nada de este negocio.

-¡Pero si nada sabía! -exclamó don Felipe, abriendo tamaños ojos.

-De eso se trata, de que no supiera usted nada, y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuán disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

-¡Oh! yo no hablo jamás al señor gobernador sino de los asuntos que él promueve.

-En eso se conoce el talento de usted, señor Arana.

-Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

-Bien hecho.

-¿No le parece a usted, señor Mandeville?

-Soy de la misma opinión del señor Bello.

-¡Oh! Nosotros todos nos entendemos perfectamente -dijo Arana, arrellanándose en la silla.

-¿Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traído a saludar a Vuestra Excelencia? -preguntó Mandeville.

-¿Sobre la reclamación del súbdito inglés?

-Justamente.

-Sí, podríamos, pero...

-Pero ¿qué, señor? Es un asunto muy fácil.

-Pero como el señor gobernador no está...

-Pero Vuestra Excelencia es el gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo...

-Sí, señor, pero yo no puedo sin consultarlo.

-Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver a un súbdito de Su Majestad una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

-Lo consultaré.

-¡Válgame Dios!

-Lo consultaré.

-Haga el señor Arana lo que quiera.

-Lo consultaré en la primera oportunidad.

-Bien, señor -dijo Mandeville, levantándose y tomando su sombrero.

-¿Se va usted ya?

-Sí, señor ministro.

-¿Y usted también, señor Bello?

-A pesar mío.

-¿Pero volverá usted a verme?

-A cada momento, siempre que no incomode al señor gobernador delegado.

-¡Incomodarme! Por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

-Siempre estoy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

-¡Vaya, pues, vayan con Dios!

Y el señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente aquel pobre hombre titulado ministro y gobernador delegado.

-¿Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi casa, señor Bello? -preguntó el ministro inglés al llegar al coche.

-Con mucho gusto -contestó Daniel-, y los dos subieron al carruaje, a tiempo que doblaban la calle en dirección a la de Arana, Victorica por una vereda, y el cura Gaete por otra.

Llegado que hubieron aquéllos a la hermosa quinta del ministro británico, la conversación giró de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que más tarde serán temas de largas meditaciones en el historiador de estos países, como le servirá también de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados argentinos, tantas veces acusados de vender y sacrificar los intereses y los derechos de su país en sus relaciones con el extranjero.

Estudiando ese documento no se puede menos que compadecer ese santo infortunio de la emigración, de cuyos tristes efectos no es el menos notable, ni el menos desgraciado, el alucinamiento a que da ocasión, aun en los espíritus más serios.

Parece increíble que hombres de la altura de Agüero y de Varela llegasen a creer que el protocolo que firmaban el 22 de junio de 1840 pudiera nunca servir a uno de los dos objetos que se proponían con ese paso, y que sin duda era el más importante para ellos.

Con una candidez pasmosa, la comisión argentina creyó arribar con ese convenio al logro de una obligación perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los emigrados de Rosas.

La firma de la comisión argentina, los compromisos que ella hubiese contraído podrían haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero, si la Francia se negaba a respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre ¿cómo esperar que respetase un compromiso extraoficial, contraído con un agente suyo, con una entidad moral que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, dónde, ni cómo, se reclamaría de la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponía, si la Francia cortaba la cuestión, como la cortó, o daba a su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto, si el general Lavalle triunfaba de Rosas, la revolución no podía dejar de llevarlo al puesto del gobierno, y la comisión argentina, por la calidad de sus miembros, debía hallarse también en las altas regiones del poder; y las promesas del 22 de junio, si bien no eran de una obligación perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquellos que las firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo a resultar que aquel convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusión para la comisión argentina.

Pero ésta tuvo también otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el extranjero era el caballo de batalla de don Juan Manuel Rosas y de su partido, para estigmatizar a sus contrarios; y, mucho tiempo después de aquél a que está circunscripta esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las más punzantes recriminaciones, de las más infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está menos interesada que el honor de los individuos y de los partidos, no se discute sino sobre los hechos y sobre los documentos.

Para acusar a Rosas y la parte activa de su partido, a cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la exposición de hechos que han estado bajo el imperio de los ojos, o que existen daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

Para acusar a la emigración argentina de haber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su país, de haber pospuesto una sola de sus conveniencias presentes o futuras, en política o en comercio, en territorio u obligaciones de cualquier género; para acusar a uno solo de los miembros espectables de esa emigración, de haber recibido del extranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa a cambio de la mínima condescendencia, no han de hallar un solo documento, ni un solo testigo, los más encarnizados perseguidores de esa emigración. Y si hallan algún documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecía a la Francia no era una línea más que lo que ella había exigido desde el principio del bloqueo. Pero se le ofrecía mucho menos que lo que Rosas debía darle más tarde en la Convención de 29 de octubre después de haber hecho sufrir y humillar al país, por el largo período del primer bloqueo.

III. De cómo era y no era gobernador delegado don Felipe

Por más que apresuró sus pasos el cura Gaete para entrar a casa de Arana antes que el jefe de Policía, no pudo, desgraciadamente, conseguirlo; y este último atravesó el patio y llegó al gabinete del gobernador delegado, mientras el cura de la Piedad, que tenía sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica entró en el salón a hacer sus cumplimientos federales a la señora doña Pascuala Arana, señora sencilla y buena, que no entendía una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

-¿Qué novedades hay, señor Victorica? -preguntó Arana al jefe de Policía, después de haberse ambos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas a don Cándido para que continuase escribiendo, pues nuestro amigo había dejado pluma y silla y se deshacía en cortesías a Victorica.

-Ninguna en la ciudad, señor don Felipe -contestó Victorica, sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al Excelentísimo señor gobernador delegado.

-Y ¿qué le parece a usted Lavalle?

-¿A mí?

-¡Pues! ¿Qué le parece a usted cómo viene para adelante?

-Lo extraño sería que fuese para atrás, señor don Felipe.

-Pero ¿no ve ese hombre de Dios, que va a conmover todo el país?

-A eso ha venido.

-Pero ¿qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamás hayamos ido a molestarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdón de Dios?

-No sé, señor don Felipe; pero en todo caso yo preferiría que no lo tuviese de los hombres, porque Dios está muy lejos, y Lavalle está muy cerca.

-Sí, más cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho ya?

-No, señor.

-A ver, señor don Cándido ¿sacó usted copia del diario de marchas?

-Ya está lista, Excelentísimo señor gobernador delegado -contestó el secretario privado, haciendo una profunda reverencia.

-Léalo usted.

Don Cándido se echó para atrás en su silla, alzó un papel a la altura de sus ojos, y leyó:

"Marcha del ejército de los traidores inmundos unitarios desde el día 11 del corriente:

Día 11. - Marchó todo el ejército hacia los Arrecifes, y llegamos a la estancia de Dávila a las tres y media de la tarde, donde acampamos y carneó el ejército.

Día 12. A las ocho y cuarto de la mañana empezamos a marchar, y acampamos a las doce y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. A las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de carnear y comer, marchamos hasta las ocho de la noche, que acampamos. Este día y los anteriores se presentaron cerca de ciento cincuenta personas de aquellos lugares para unirse voluntariamente al ejército.

Día 13. A las nueve y media de la mañana marchamos y acampamos en la estación de Pérez Millán, donde carneó el ejército. Este día se unió Sotelo al ejército con ciento cuarenta vecinos de Arrecifes, que venían a servir en el mismo.

Día 14. A las cinco de la tarde marchamos, y acampamos a las siete y media de la noche en otra estancia de Pérez Millán."

-¿Usted ve ese hombre lo que está haciendo? -dijo don Felipe, dirigiéndose a Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

-Sí, señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendría.

-Pero marcha, y el día menos pensado se viene hasta la ciudad.

-Y ¿qué hemos de hacer? -contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que percibía en don Felipe.

-¿Qué hemos de hacer? Hace tres noches que no duermo, señor Victorica y, en los momentos que concilio el sueño, suspiro mucho, según me dice Pascualita.

-Estará usted enfermo, señor don Felipe.

-De cuerpo no, gracias a Dios, porque yo hago una vida muy arreglada; pero estoy enfermo del ánimo.

-¡Ah, del ánimo!

-¡Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal a nadie.

-No dicen eso los unitarios.

-Es decir, yo no he mandado fusilar a ninguno. Sé que si son justos me dejarían vivir en paz. Porque yo lo que quiero es vivir cristianamente educando a mis hijos, y acabar la obra sobre la Virgen del Rosario que comencé en 1804 y que después mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es que, si Lavalle es justo, no tendrá por qué ensañarse conmigo, y...

-Dispense usted, señor don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y a todos los defensores de la Federación.

-¿Yo?

-Me parece que sí.

-¿Qué dice usted, señor don Bernardo?

-Digo que es ofender al Restaurador y a los federales suponer que el cabecilla Lavalle pueda triunfar.

-¿Y quién dice que no puede triunfar?

-Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

-¡Ah, lo dice!

-Y no me parece que debe desmentirlo el gobernador delegado.

-¡Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo sé muy bien que Lavalle va a encontrar su tumba. Era que me ponía en el caso solamente...

-¿De que triunfase?

-¿Pues?

-Ah, eso es otra cosa -dijo Victorica, que realmente se estaba divirtiendo, aun cuando su seco y bilioso temperamento no se prestaba fácilmente a esas comedias.

-Eso es, eso es; así es como se entienden los hombres.

-Y si fuera posible que nos entendiéramos también sobre algunos asuntos de servicio, habría llenado el objeto de esta visita.

-Hable usted, señor don Bernardo.

-El comisario de la tercera sección está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

-¿Qué más, señor Victorica?

-La Sociedad Popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la policía.

-Apunte usted todo eso, señor don Cándido.

-En el momento, Excelentísimo señor gobernador delegado -contestó el secretario.

-Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del Departamento.

-Anote usted esa circunstancia, señor Don Cándido.

-Inmediatamente, señor Excelentísimo.

-Una de las patrullas de la Sociedad Popular ha arrestado anoche a dos vigilantes de policía porque no llevaban papeletas de socios restauradores.

-Que no se olvide esto, señor don Cándido.

-De ningún modo, respetable y Excelentísimo señor.

-Cuatro panaderos se han presentado a mi oficina anunciando que no podrán continuar la elaboración del pan si no se les permite reducir su peso, por cuanto están pagando sueldos crecidísimos a peones extranjeros, porque los hijos del país han sido llevados de leva.

-Que hagan el pan más grande, y multa si no trabajan.

-La señora doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fue visitada en Barracas, y cuya dueña no está allí hace algunos días.

-¿Lo pide por orden del señor gobernador?

-No, señor. Por orden suya.

-Déjese, entonces, de hacer registros. ¡Qué ganas de indisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, señor Don Bernardo. No siendo por orden del señor gobernador, no haga usted nada.

-Sin embargo, hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

-¿Quién es el pariente?

-Don Daniel Bello.

-¡Jesús! ¿Qué está usted diciendo?

-Yo las tengo.

-No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la Virgen del Rosario. No sabe usted ni doña María Josefa todo lo que la Federación debe a ese joven. Intriga, calumnia. Nada, nada contra Bello, si no es por orden del señor gobernador.

-Yo haré lo que el señor Arana me ordena, pues que no tengo órdenes especiales de Su Excelencia, pero no perderé de vista a ese mozo.

-¿Hay más?

-Nada más.

-¿Está usted despachado entonces?

-Aún no, señor don Felipe.

-¿Y que más hay?

-Hay el que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la Sociedad Popular, que pone presos a los empleados de la policía.

-Consultaré.

-¿Pero no es usted el gobernador delegado?

-Lo soy.

-¿Y entonces?

-No importa, lo consultaré con el señor gobernador.

-Pero el señor gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

-No importa, lo consultaré.

-¡Válgame Dios, señor don Felipe! ¡Si usted es el gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

-Sí, hombre, sí, soy el gobernador delegado; pero es por forma ¿entiende usted?

-Creo que entiendo -contestó Victorica, que bien lo sabía, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantizase de la Mazorca.

-Por forma -continuó don Felipe-, para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada más.

-Ya.

-Esto es para entre nosotros ¿eh?

-Sin embargo, el secreto lo saben todos.

-¿Qué secreto?

-El de la forma.

-Y...

-Y se ríen malignamente los unitarios.

-¡Traidores!

-Y dicen que usted es y no es gobernador delegado.

-¡Vendidos!

-Y dicen también que tiene usted miedo.

-¿Yo?

-Sí, eso dicen.

-Pero ¿miedo de quién?

-Del señor gobernador, si hace usted algo que no le agrade, y de Lavalle, si hace algo del gusto del señor gobernador.

-Eso dicen ¿eh?

-Eso.

-¿Y usted qué hace, señor jefe de policía?

-¿Yo?

-Sí, usted.

-Nada.

-Pues mal hecho, porque esos difamadores debían estar en la cárcel.

-¿Pero no me decía usted hace poco que hartos compromisos teníamos, para andar persiguiendo a otros?

-Sí, pero no a los que nos difaman.

-No haga usted caso.

-Créame usted que estoy deseando dejar el ministerio, señor don Bernardo.

-Se lo creo; y pasar a vivir a su estancia, ¿no es eso?

-¡Qué estancia, hombre, si está arruinada!

-Pues no dicen eso los unitarios.

-¡Qué! ¿Hablan hasta de mi estancia?

-De las estancias.

-¡Jesús, señor! ¿Yo, estancias?

-Y que están muy pobladas, y que todo eso ha sido mal adquirido, y que todas se las han de quitar a usted, por haber sido compradas con fondos del Estado; ¡qué sé yo cuántas cosas dicen!

-Pero es preciso que vayan a la cárcel.

-¿Quiénes?

-Los que eso dicen.

-¡Pero si lo dicen en Montevideo, señor Arana!

-¡Ah, en Montevideo!

-Pues...

-¡Traidores!

-Por supuesto.

-Vea usted: hasta un crucifijo de plata que me regaló el padre guardián de San Francisco después de la entrada de los ingleses, es decir, después que se fueron, se lo he tenido que dar al almacenero Rejas, a cuenta del gasto que le hago.

-Ya.

-Esas son mis estancias ¡traidores!

-¿De manera que no me autoriza usted para contener los avances de la Sociedad Popular?

-No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro día consultaré.

-Bien: yo le escribiré al Señor Gobernador -dijo Victorica levantándose, bien decidido a no escribir de eso una palabra a Rosas; quería asustar más al pobre don Felipe, de quien acababa de vengarse a su satisfacción.

-¿Se va usted?

-Sí, señor.

-¿De modo que ya va usted autorizado?
-¡Autorizado! ¿Para qué?
-Para lo del pan.
-¡Ah, no me acordaba!
-Que lo hagan grande.
-¿Aunque pierdan los panaderos?
-Aunque pierdan.
-Muy bien.
-Y de harina de flor, como lo trabajan las monjas. -Buenos días, señor don Felipe.
-Dios se los dé buenos, señor Victorica. Consúlteme todo cuanto ocurra.
-¡Oh! No dejaré de hacerlo. ¡Es usted el gobernador delegado!
-Aunque rabien los unitarios. Lo soy; sí, señor, lo soy.
-Buenos días.
Y Victorica salió echando a los diablos al gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece a la crítica el sistema de don Juan Manuel Rosas, o más bien, su época, es la laboriosa ficción de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey a los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de Estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un general en jefe, todo eran, menos ministro de Estado, juez, diputado o general; pero hacían maravillosamente su papel de tales. Es decir, hacían su papel para los demás; pero ante los propios no había uno que no supiese que su corona era de cartón dorado y su cesáreo manto, de franela.

Lujosos, porque jamás la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocase, en efecto, a la casa de un ministro, de un general, de un alto magistrado, etcétera.

Se llegaba a la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo a uno con quién hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe, debía ser por fuerza un hombre serio, grave, adusto, representante fiel de la más seria de las causas.

Como todos se vestían de diablo, el color de llamas de que estaban cubiertos dábales cierto aire más imponente, que luego sus términos llenos de mesura y de reticencias acababan de solemnizar.

Mientras se trataba de lugares comunes, todo era flores para ellos. Por aquí o por allí, la conversación había de rodar por fuerza sobre Su Excelencia y Manuelita, con quienes indefectiblemente se había hablado el día antes o hacía dos días, cuando más.

Cada palabra de los labios federales era a los ojos del que la vertía una especie de onza de oro, con el busto del Restaurador, que debía recogerla y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debía estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, o juez, o diputado, etc.

Pero la mano de la Providencia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversación caía sobre algún asunto especial que debía girar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entonces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, o haciéndole comprender que era un pobre gusano que pisaba Rosas, un pobre cómico que representaba un papel que no servía sino para hacerle comprender que estaba vestido de jergas de oropel.

Ninguno de ellos se atrevía a confesar su situación, a decir que de su rango no conservaba sino el título, y que toda jurisdicción, toda acción, pertenecía al autor de la comedia que representaba, pero no a la pobre compañía, contratada por veinte años, sin más regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligación de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.

Librodot

IV. De cómo don Felipe Arana explicaba los fenómenos del magnetismo

No bien atravesó el patio el señor jefe de Policía, cuando el cura Gaete, que lo vio por entre los cristales de la puerta del salón, se despidió de las señoras y se fue derecho al gabinete del ministro gobernador, que por un principio de republicanismo recibía a todo el que entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, o la aparición del alma de su padre no habrían producido en nuestro don Cándido Rodríguez la impresión que la cara del cura Gaete; pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas después de algún tiempo, sufrió una revolución tal, que estuvo el hombre por dar vuelta a la silla y ponerse de espalda al gobernador y al cura de la Piedad.

Pero entre el caos de ideas que surgió en su cabeza de aquella malhadada aparición, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel y escribir con una rapidez asombrosa; aunque, en obsequio a la verdad, es necesario decir que no escribía, sino que rasgueaba sobre el papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de iglesia; pero con el cura Gaete existía en don Felipe otro vínculo no menos atrayente, o quizá más atrayente que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentía, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mazorca.

Así fue que al verlo entrar salió a su encuentro con las dos manos estiradas, cual si fuese a tropezar con él, más bien que a saludarlo. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros y todos juntos, del mismo hombre a quien servían y sostenían.

-¡Qué milagro, padre, qué milagro! -exclamó don Felipe sentándose a su lado; pero desgraciadamente el cura Gaete vino a quedar frente a frente con don Cándido.

-Vengo a dos cosas.

-Hable, padre. Sabe que yo soy uno de sus más antiguos amigos.

-Eso lo hemos de ver hoy.

-Hable, hable no más.

-La primera cosa a que vengo es a felicitarlo.

-Gracias, muchas gracias. ¡Qué quiere usted! ¡Todos debemos prestarnos a lo que manda el señor gobernador!

-Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí mientras él va a darles de firme a esos traidores.

-¿Y la segunda cosa, padre?

-La segunda es una orden que quiero me dé usted para que prendan a unos impíos unitarios que me han ofendido.

-¡Hola!

-Y a toda la Federación.

-¿Sí?

-Y hasta al mismo Restaurador.

-¿También?

-A todos.

-¡Qué insolencia!

-He estado más de diez veces a ver al gobernador antes de irse, pero no he podido hablarle.

-¡Ha estado tan ocupado estos últimos días!

-Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender a los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

-Pero si es caso extraordinario, debe hacerlo.

-No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo, o los demás socios, le decimos.

-Sus deberes quizá...

-No, señor, ¡qué deberes, ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

-¡Vaya hombre, vaya, calma!

-No quiero calma, no, señor. Y si usted no me da la orden, yo no respondo de lo que puede suceder.

-¿Pero qué es lo que hay? -preguntó don Felipe, que maldecía el momento en que le había entrado tal visita.

-¿Qué es lo que hay?

-Sí, vamos a ver, que si es cosa que merezca la pena...

-Y verá usted si merece. Oigame usted, señor don Felipe.

-Diga usted, pero con calma.

-Oiga usted: tengo por el barrio de la Residencia unas antiguas amigas mías que me cuidan la ropa. Fui una noche a verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte, entré y volví a cerrar la puerta. El zaguán estaba oscuro, y...

Y el cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguán, y dirigiéndose a don Cándido le dijo:

-Venga, paisano; póngase aquí -señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de pies a cabeza, la palabra se le había atragantado y, perdida la elasticidad de los músculos de su cuello, no volvía la cabeza a ningún lado.

-¡Eh! Con usted hablo -continuó Gaete-, venga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

-Vaya usted, don Cándido, vaya usted -dijo Arana.

Don Cándido se levanto y marchó, duro y derecho, hasta el lugar que indicaba Gaete, ni más ni menos que como el Convidado de Piedra.

-Bueno, ahí -dijo Gaete. Yo entré, pues, al zaguán que estaba oscuro, y ¡tras!, tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hacia don Cándido y se dio contra él.

-En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, señor Arana -dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura-, que me ha dado la patria como a todos sus hijos para defender su santa causa. ¿Quién está ahí?, pregunté, y yo le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de don Cándido.

-Me respondió que era un amigo; pero yo, que no entiendo de amigos en zaguanes a oscuras, me le fui encima y lo cacé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido fue a hablar, pero se contuvo, pues todo lo que más le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse a sufrir en silencio la pantomima de Gaete, jurando en su interior que ese sería el último día de su residencia en Buenos Aires si tenía la dicha de que no fuese el último de su existencia en el mundo.

Gaete continuó:

-Pero a tiempo que se lo iba a encajar, se me cayó el cuchillo. Fui a alzarlo, y a tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien; y allí, desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone a insultarme, y a insultar al Restaurador y a la Federación. Y después de decir cuanto se le vino a la boca, me metieron a la sala entre los dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habían salido, y después se marcharon.

-¡Oh, es una insolencia inaudita! -exclamó don Felipe.

-¿No se lo decía, pues?

-¿Y quiénes eran?

-Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque habían entrado con llave falsa a esperarme, cuando vieron que las señoras habían salido, pero después he dado con uno; lo he conocido por la voz.

-¿Ha oído usted una cosa más original, señor don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo: ¡Asombroso!

-¿Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano a la cabeza y se golpeó la frente.

-¿Ah, le duele a usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente.

-Bien, apunte usted la queja del señor cura Gaete y retírese.

Don Cándido volvió a la mesa y se puso a escribir.

Gaete prosiguió:

-Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta después de haber estado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tuve una apoplejía.

-¡Oh, si ha sido una cosa terrible!

-Pero ya he conocido a uno, como he dicho a usted, y si nadie me hace justicia, aquí está quien me la ha de hacer -dijo Gaete, señalando el lugar de la cintura en que acababa de guardar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

-¿Y sabe usted quién es?

-No, señor. Déseme la orden de prisión con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

-¡Pero hombre!

-Eso es lo que yo quiero.

-¿Acabó usted, señor don Cándido? -dijo don Felipe, que no sabía por dónde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente.

-A ver, léaselo usted al señor cura Gaete.

Don Cándido vacilaba.

-Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento a Dios, tomó el papel y leyó:

"Queja elevada al Excelentísimo señor gobernador delegado por el muy digno y respetable, esclarecido patriota federal, Reverendo..."

-¡Che! -exclamó Gaete, abriendo tamaños ojos y extendiendo el brazo hacia don Cándido.

-¿Qué hay? -preguntó Arana.

-Este es el otro.

-¿Quién?

-Este, éste. Este es el otro del zaguán.

-¿Está usted en su juicio? -exclamó Arana.

-Ya están los dos -dijo Gaete frotándose las manos.

-¡Pero hombre!

-Sí, señor don Felipe. Este, éste es el otro.

-¿Yo? ¿Yo querer asesinar al muy digno y respetable cura de la Piedad? -exclamó don Cándido revistiéndose de una entereza que él habría llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

-¡Toma! Hable otro poquito.

-Está usted en error, mi apreciable y estimado señor. El acaloramiento, la irritación...

-¿Cómo se llama usted?

-Cándido Rodríguez para servir a usted y a toda su respetable familia.

-¿Familia? ¡El mismo! Ya están los dos.

-Señor cura Gaete, siéntese usted -dijo don Felipe-. Aquí debe haber alguna cosa extraordinaria.

-Claro está, Excelentísimo señor -dijo don Cándido, cobrando ánimo-; yo estoy por creer que este respetable cura ha tenido algún sueño sugerido por el enemigo malo.

-¡Yo le he de dar el sueño!

-Despacio, señor Gaete. Este señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

-Sí, está bueno.

-Oiga usted: la palabra "sueño" que acaba de pronunciar mi secretario me inspira una luminosa idea.

-No entiendo de ideas, señor don Felipe. Este es uno y el otro es quien yo sé.

-Oiga usted, hombre, oiga usted.

-Vamos a ver, oigo.

-¿Usted comió con unos amigos ese día?

-Sí, señor, comí.

-¿Durmió usted la siesta?

-Dormí la siesta.

-Entonces no sería nada de extraño que todo cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

-¿Y qué diablos es eso?

-Yo se lo explicaré a usted: el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quién. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas, que se levantan, se visten, montan a caballo, pasean, y todo eso dormidas; que sostienen conversaciones, que ven y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunos que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que bregaban con sus enemigos; y a todo esto se le da el nombre de sonambulismo o magnetismo.

-Dice muy bien el Excelentísimo señor gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con más perseverancia por descubrir esos fenómenos íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable señor cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con más frecuencia esos portentosos prodigios de la naturaleza. De lo cual la ilustración del Excelentísimo señor gobernador deduce con mucha propiedad que el estimable señor cura Gaete ha pasado por algún momento de sonambulismo.

-¿Usted se quiere jugar conmigo?

-¿Yo, mi respetable señor?

-Señor don Felipe, ¿usted no es el gobernador delegado?

-Sí, hombre, sí, pero para este caso...

-Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender a ese hombre y a quien yo sé, yo me voy mañana a Santos Lugares a poner la queja al Restaurador.

-Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender a nadie sin orden de su Excelencia.

-¿Ni a este hombre tampoco?

-Menos. Déme usted pruebas, señor Gaete, pruebas.

-Pero si es el mismo.

-¿Lo vio usted?

-No, pero lo oí.

-Sueño, sonambulismo, mi querido señor -dijo don Cándido.

-Yo lo he de hacer dormir a usted, pero por toda la vida.

-¡Pero, señor Gaete, un sacerdote! -dijo Arana-. ¡Un hombre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atención del gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos con la invasión del cabecilla Lavalle!

-¿Sí? Pues yo también estoy ocupadísimo con la invasión que me hizo este hombre y su compañero.

-No ha sido este hombre, no puede ser, no fue.

-El fue, señor ministro Arana.

-No fui yo, señor cura de la Piedad -dijo don Cándido, alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa protección del gobernador delegado.

-Usted fue: en su cara se lo digo.

-No.

-Usted.

-Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el poder eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

-Despacio; paz, paz -dijo don Felipe.

-En la calle le he de decir yo que me alce la voz -continuó Gaete, echando una mirada aterradora a don Cándido.

-No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo a cuerpo en el campo de los tribunales.

-¡Paz, por amor de Dios, Paz! -exclamaba Don Felipe.

-Señor ministro, yo me voy, y he de ver al señor gobernador.

-Haga usted lo que quiera.

-Hasta más ver, señor mío -dijo Gaete, mirando a don Cándido y dando la mano a don Felipe.

-Vaya usted, hombre sonámbulo.

- Sondiablo lo he de hacer yo a usted.

-Vaya usted, visionario.

-A que...

-Vamos, retírese, padre, retírese.

Y empujando suavemente a Gaete lo sacó don Felipe fuera del gabinete, mientras don Cándido no cabía dentro de su levitón blanco, después del heroísmo con que acababa de portarse.

-Doy a Vuecelencia las más rendidas gracias, Excelentísimo señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del más leal y sumiso de sus servidores.Este hombre es un energúmeno, Excelentísimo señor -dijo don Cándido al ver entrar a don Felipe.

-¡Qué! ¿Sabe lo que hay en plata, don Cándido?

-El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

-Lo que hay en plata es que este cura Gaete, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos a que se ha referido, y después tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

-¡Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia, que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles!

-El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta gente.

-No; el talento, el genio.

-Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen -dijo don Felipe, bajando humildemente los ojos.

-¡Justicia al mérito!

Además, estamos en una época de tolerancia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con

todos. Mañana pueden, quizá, cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el programa de mi pasajero gobierno.

-¡Sublime programa!

-Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted a ver a las monjitas y haga lo que le encargué.

-¿Ahora mismo?

-Sí, no se debe perder tiempo.

-¿Y no cree Vuecelencia que este cura desnaturalizado me está esperando en la bocacalle?

-No lo creo, porque sería un gran desacato. Pero, en todo caso tome usted sus precauciones.

-¡Oh, las tomaré! Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

-No quiero que haya sangre.

-¡Sangre! Yo le juro a Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

-Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted a ver a las monjas, y vuelva a la noche.

-¿A la noche?

-Sí.

-Es la hora del crimen, Excelentísimo señor.

-No, no ha de haber nada, vaya nomás, que me voy a recostar un rato, antes que Pascualita haga poner la comida.

V. Así fue

En el cataclismo en que habían caído, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitución moral, social y política del cuerpo argentino, la religión no podía librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra son hechos, por desgracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo, la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia, la religión divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los padres de la Compañía de Jesús.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazón de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abría los ojos del cuerpo a la superstición por el fraile, y cerraba los del alma a la adoración ingenua de la Divinidad, y a la comprensión de la más ilustrada de las religiones, la Federación vio sin dolor la profanación de los templos, la prostitución del clero, y el insulto cometido a los altares y a la cátedra de la predicación evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crimen.

Rosas quiso despojar a la conciencia de los hombres que lo sostenían en el mando de toda creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que a su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su labio prometía; de otro consuelo que el que ofrece al crimen la repetición del crimen. Y para eso era preciso insultar a Dios, la religión, y la práctica de ella, a los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos sentimientos rudos explotaba.

Sacerdotes indignos de su misión evangélica se prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas "parroquiales" sus primeros insultos a Dios, a Cristo y a su sacra casa.

Cuando el emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollación de Tesalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió a la puerta y, extendiendo la mano, le dijo: "Aquí no entra el delito: id a lavaros y volved limpio".

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase la santidad del templo.

En los brazos de los federales, de los federales dignificados con la casaca de nuestros generales, o con el bastón de nuestros magistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazón, el retrato del dictador fue conducido hasta los templos y recibido en la puerta de ellos por los sacerdotes en sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el santo Palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres...

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del Evangelio, y buscando la inspiración de su palabra, no en el sagrado tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda que hace al alma el legado sublime del catolicismo, sino en la imagen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, trasmitía al pueblo, ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicación de amor y de paz, de abnegación y de virtud, de sacrificio y de hermandad que le dictó el Hombre Dios desde el Calvario, sino el odio de Caín, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel a Quien pedía desde la cruz una gota de agua para sus labios abrasados...

Sobre las losas de esos templos, en sus atrios, los mazorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores, agitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesionario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se extraviaba la conciencia del penitente, pintando a Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra y mostrando a los unitarios como los condenados por Dios a la persecución de los cristianos...

Librodot

Y este escándalo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba como una epidemia, por el aire, e iba a infestar y corromper al clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la República.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. A su espalda tiene la muerte en el cuchillo de Rosas. A su frente tiene la muerte entre las nieves de los Andes.

Esta invasión a la Naturaleza, en la estación de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos más amparo que Dios, que parece a veces castigarlo por su insensata vanidad, que arrastra el pie mortal donde parece que sólo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecía un espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves. Infinitos de ellos perecen en su lucha terrible con la Naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. ¡Y cuando el aire, la luz, el hielo y la gigante mole guardaban quizá el silencio de la admiración, en presencia de esa magnífica osadía, de ese terrible infortunio, al pie de los Andes, las provincias de Cuyo rugían, haciendo eco a la voz del obispo, José Manuel Eufrasio, que levantaba su báculo, incitando a los pueblos a la persecución de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su exterminio en la persecución!

Y Rosas, contento el bárbaro de ver a su sistema dando los resultados calculados, escribía al obispo de Cuyo:

"Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un anatema justo contra los salvajes unitarios, impíos enemigos de Dios y de los hombres, ofrece un lucido ejemplo eminente. Resalta la verdadera caridad cristiana, que enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el exterminio de un bando sacrílego, feroz, bárbaro... Altamente complacido el infrascrito por los espléndidos triunfos con que la Divina Providencia se ha dignado enlucir las armas de nuestra libertad y honor, quedando exterminados los feroces salvajes unitarios, siente una satisfacción pura en retornar a Vuestra Señoría Ilustrísima sus benévolas congratulaciones. - JUAN MANUEL DE ROSAS."

Así, el clero se prostituía.

El sentimiento religioso se pervertía en la sociedad.

La niñez abría los ojos ante un culto de sangre.

Y Rosas, hijo de la Federación y jefe de ella, sostenía este escándalo, y se sostenía con él, al mismo tiempo.

Sí. ¡En este nombre de la Federación está sellada la tradición de toda cuanta desgracia puede azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquía de delitos, no hay género de criminales que no haya surgido de los centros que aceptaron por nombre esa palabra "Federación".

Quiroga, ese bandido que algún día se creerá una creación de la fábula de nuestras tradiciones; Quiroga que prendía fuego a la ciudad de su nacimiento; que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanación de la virgen, hasta el degüello del anciano y del niño, muestra en su vida una gradación indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer los hombres, inscribía sobre un pendón negro: ¡Religión o muerte!; Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y a nombre de la Federación dejó a la posterioridad una historia inaudita de delitos.

López, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje.

Ibarra, que entregaba a sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubría, para pasarlos a manos del verdugo que se los pedía.

Aldao, el fraile Aldao, que tenía celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambición febriciente de delitos se empeñaba en sobrepasarlo y eclipsarle el nombre.

Rosas, que reasumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con éstas su gobierno basado en el crimen, nutrido por él, dirigido a él: todos tomaron su bautismo público en esa charca de sangre que se ha llamado Federación en la República.

La historia argentina no enseñará esa palabra sino como la representación de algún delincuente, como el signo convencional de alguna rebelión, de algún partido, de algún golpe preparado al progreso y a la libertad del país.

La Federación, como sistema, jamás ha sido practicada en la República, ni los pueblos la exigieron nunca. Una sola vez fueron consultados, y fue cuando aceptaron la Constitución unitaria...

"Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente a nuestros pueblos -decían los federales en tiempo del debate constitucional-; y no pueden mandarlos porque los pueblos no entenderían su civilización".

Pero los federales al mismo tiempo pedían que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos...

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustración ajena, pudiera a la vez ser bastante civilizado para darse lo más difícil de la existencia pública: su legislación y sus principios de gobierno!

La Federación no ha sido jamás en la República, sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ella los caudillos, alzados a la sombra de la ignorancia general... Y ahí está la tradición entera de ese pueblo. Desde 1811 las guerras civiles, el crimen oficial, el atraso, la estagnación de los elementos de progreso que tenía el país, su ruina, en una palabra, todo es debido a los que han levantado la bandera de Federación. Y cuanta tradición honrosa tiene la República, en armas, en constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está unida a los nombres de los que han constituido el martirologio argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto más se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la Federació, tanto más se acerca a nuestro primer día político, el pensamiento unitario se refleja mejor sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario; quería un centro de poder genérico en la República.

Belgrano era más que unitario: era monárquico. Recibió la República como un hecho que se establecía al empuje de los acontecimientos, la sostuvo con su espada y la propagó en el continente; pero en sus convicciones de hombre, la monarquía constitucional irritaba los deseos más vivos de su corazón. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la Metrópoli. La Constitución, última expresión de la revolución americana.

Muchos otros la querían también.

Ellos sabían que no era la emancipación del principio monárquico lo que requerían las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban, para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban a una monarquía extranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedían el divorcio del principio monárquico con los pueblos a este respecto.

La raza, la educación, los hábitos, los intentos y el estado social, todo clamaba por la conservación de aquel principio. La geografía, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolución degeneró, se extravió y, al derrocar el trono ibérico, dio un hachazo también sobre la raíz monárquica, y de la superficie de la tierra se alzó, sin raíces, pero fascinadora y seductora, esa bella imagen de la poesía política que se llama república.

Todavía un medio quedaba de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de régimen en la República.

La unidad, sin embargo, fue hecha pedazos por los Atilas argentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron a romper con el casco de sus potros las tablas

de ese Occidente americano, en que empezaban a inscribirse las primeras palabras de nuestra revolución social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que Federación era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artigas, López, Bustos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas.

Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos dejaron de convertir la religión en instrumento de su ambición personal.

Rosas fue el último de todos que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la "grandeza" de su crimen.

Los jesuitas fueron los únicos sacerdotes que osaron oponer la entereza del justo -la fortaleza del que cumple en la tierra una misión de sacrificio y de virtud-, a la profanación que hizo al altar la enceguecida presunción del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por ellos durante la dominación española, y de donde fueron expulsados después, fue velado por ellos en 1839, y cerradas sus puertas a la profana imagen con que se intentaba escarnecer el altar. Ellos pagaron más tarde al dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en la América; pero ellos recibieron el premio en su conciencia; y más tarde, lo recibirán en el cielo.

¿Qué tenía que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas, ni con la imagen de un profano la casa de las imágenes celestes? "Determinado está por Jesucristo el fin de la misión eclesiástica, y trazado está el círculo de sus funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño que está de camino para la vida eterna, conductora de peregrinos, y ella misma peregrina, no puede cuidarse más, ni necesita más, que el permiso del tránsito para viajar por tierra extraña".

Pero, fuera de los padres de la Compañía de Jesús, la religión se vio escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco y monjas Catalinas y Capuchinas hicieron exposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y de fraternidad, que debe abrasar a los que se cubren con un sayal para vivir lejos de las pasiones del mundo.

La victoria del Sauce Grande fue celebrada por esos frailes y esas monjas; y era la sangre de hermanos, la sangre de Abel, la que había corrido en esa lucha...

Jesucristo no se entrometió jamás en los negocios políticos de la Judea; y ninguna tradición revela que los apóstoles felicitasen, en calidad de tales, a ninguno de los césares romanos por sus victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas religiosas se las tributaban por la prensa al más impío y sanguinario de los tiranos. Sus labios sacrílegos ofrecían elevar a Dios sus plegarias por sus continuos triunfos sobre los unitarios.

"Tienen miedo", decían para disculparlos. ¡Miedo! El que viste el santo hábito del religioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma se desmaya, él se arrodilla en el templo, o bajo la bóveda eterna de los cielos, y pide a Dios la inspiración divina que imprimió la resignación en el espíritu de su Hijo.

El miedo es un crimen en el varón apostólico, cuando se trata de defender la religión y la moral; cuando se trata de resistir al crimen o a la tentación del demonio. El hijo de la Iglesia debe morir antes que claudicar de los santos principios que profesa. Cuando le falta el valor a la carne, la inspiración del Altísimo lo infiltra en la conciencia si ésta se eleva hasta El en estado de santidad y de ruego. En Cochinchina, en el Tibet, en los desiertos del Africa, en los bosques de la India entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allí van diez y vuelve uno, contando que sus demás hermanos perecieron; y otros diez y otros cien siguen tras ellos, a llevar en su palabra, en su resignación y en su martirio la propaganda santa que el curso de diecinueve siglos no ha cortado.

Al Nuevo Mundo, levantado en la mano de Colón y presentado a la luz de la civilización del Viejo Mundo, vino, antes que ésta, la luz pura y clarísima del cristianismo, a invadir los páramos solitarios y en tinieblas de la conciencia del rudo habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicación donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, precibía por su oído el silbo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera y, levantando el corazón a Dios, seguía hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus labios por la muerte, y hablaba y moría sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne, no es la vida del sacerdote de la cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el cielo, su reino la eternidad, su misión el martirio, su premio la prosternación de su alma ante el rostro de su Creador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento.

¡No, no es el miedo una justificación de esos sacerdotes impíos! No es el miedo quien puede justificarlos ante Dios, por su predicación de sangre, de sus apoteosis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde de la justicia, a la fraternidad y a la paz, inspiraciones purísimas del Omnipotente puestas en los divinos labios del Redentor del mundo.

¡Si había miedo, era porque no había fe, porque no tenían la conciencia de su apostolado en la tierra; y había esto, porque la prostitución de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, inficionaba el aire y corrompía las conciencias!...

¡Y mañana, cuando la revolución o la naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante, ¡oh! no toquéis entonces su conciencia, no le miréis el alma si queréis bajar a la tumba con una ilusión y una esperanza!

Veinte años no pasan sin dejar huella en el alma de las generaciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crimen, el vicio, la apostasía y la prostitución de todas las nociones del bien, que envuelven la palabra y la práctica del Evangelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontraréis ni la religión, ni la moral; allí será precisa una propaganda y una acción sostenida por no menos tiempo, en sentido inverso del que arrulló la cuna y desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fe y la creencia refresquen sus sienes con la imagen dulcísima de Dios, el nombre de la Federación y de Rosas "brillarán" fosfóricos en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán, para Dios y para la historia, la causa generatriz que hizo desenvolver tanto germen de inmoralidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino también para nuestros hijos.

VI. Sor Marta del Rosario

En un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucumán, sentada estaba Sor Marta del Rosario, abadesa de las Capuchinas, y Sor María del Pilar, mientras otras monjas paseaban por el jardín cercano al muro del convento, que da a la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leía con mucha atención un papel y, concluida que fue su lectura, dijo a la madre abadesa:

-Está como de mano maestra, Sor Marta.

-Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad -contestó la madre abadesa-. Pero quiero que lo lea alto. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió a desdoblar el papel y leyó:

"JESUS.

"Excelentísimo Señor:

"Demos gloria al Soberano Dios de los ejércitos cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las huestes de Vuecelencia para que reporte tan repetidos triunfos: en nombre de este nuestro buen Dios y de la Santa Comunidad, doy a Vuecelencia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo empeño rogando a nuestro Señor dé a Vuecelencia la investidura de sus soberanos atributos de bondad, equidad y misericordia, para consuelo de este pueblo que tanto lo ama, y para que la gloria de Vuecelencia sea eterna en compañía de los Santos y del mismo Dios.

"Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta salud, y tan abrasado en su divino amor como se lo suplica de continuo ésta su más humilde y afectísima hija en este monasterio de Nuestra Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Buenos Aires, a 31 de julio de 1840.- Sor marta del Rosario, Indigna Abadesa."

-No creo que falte nada -dijo Sor María después de concluida la lectura.

-Lo he pesado y consultado con mi conciencia por muchos días -contestó la madre abadesa.

-¿Y cree Su Reverencia que toda la comunidad piense del mismo modo?

-La comunidad debe pensar como su abadesa; porque, de lo contrario, no sólo sería faltarme al respeto, sino una ingratitud, una herejía, desconocer los servicios que debemos al señor Restaurador. El nos ha regalado la reja de fierro que tiene el atrio del templo. A él debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el síndico; y de él y de su familia estamos todos los días recibiendo obsequios; ¿qué sería de nosotras si él faltase? Además, las comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las monjas Catalinas nos han dado el ejemplo, y si nosotras no pasamos esta felicitación, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitación por la batalla del Sauce Grande, aunque va a ir después de tanto tiempo y con fecha atrasada nos ponemos a cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos a anticipar a todos los demás, y es en otra comunicación que vamos a dirigirle, y cuyo borrador lo ha de ver primero don Felipe.

-Me parece muy bien pensado, porque nadie es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varón.

-Una persona ha de venir dentro de un momento, y por ella he de mandarle a don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardín a anunciar que preguntaban por la madre abadesa.

Esta se levantó en el acto y fue al torno.

Era el señor don Cándido Rodríguez, quien después de la introducción de forma, Ave María, etc., dijo a la abadesa:

Librodot

-El Excelentísimo señor gobernador delegado, camarista, doctor don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre a Su Reverencia, madre abadesa, y a toda la santa comunidad del convento, y preguntar por la salud de Su Reverencia y toda la santa comunidad.

-Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud y estamos rogando por la del señor don Felipe y todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo -contestó Sor Marta, que por estatutos de su orden sólo podía hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepción.

-El Excelentísimo señor gobernador delegado me ha ordenado dar a Su Reverencia las más finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

-No salieron muy buenas las empanadas.

-He oído al Excelentísimo señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

-Mañana le hemos de mandar al señor don Felipe unas tortas.

-Tortas es lo que más come el Excelentísimo señor.

-Y también le hemos de mandar a usted una; ¿usted vive en casa del señor don Felipe?

-No, madre abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy indigno secretario del señor don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviría más eternamente agradecido a Su Reverencia y a toda la santa comunidad, si se dignaran elevar a Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este caos de trastornos por que estamos atravesando.

-¿Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

-Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres; y sobre todo, madre abadesa, temo mucho las equivocaciones.

-No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer; ¿cómo se llama usted, hermano?

-Cándido Rodríguez, natural de Buenos Aires, de edad de 45 años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

-¿Y el señor don Felipe no le ha hecho a usted otro encargo, señor don Cándido?

-Sí, madre abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las Leyes, héroe de todos los desiertos y de la Federación, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia en su nombre y al de toda la comunidad.

-Eso es, ya está todo pronto. Ahí va la carta -dijo la abadesa, haciendo girar el torno con una carta que don Cándido tomó, diciendo:

-Ya está en mis manos, madre abadesa.

-Muy bien; ahí va el borrador de la otra.

-Ya lo tengo también.

-Recomiéndele usted mucho al señor don Felipe que lea el borrador con toda atención y haga en él las alteraciones que crea convenientes.

-Muy pocas tendrá que hacer, madre abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas.

-¿Si usted quiere leer el borrador?...

-Con el mayor placer, madre abadesa.

-Pero léalo fuerte; me gusta mucho oír leer lo que yo escribo.

-Esa es propensión de todos los sabios y sabias de este mundo -dijo don Cándido desdoblando el papel, en el cual leyó en seguida:

"JESUS "Excelentísimo Señor: "Rogamos al Dios del cielo y de la tierra, Soberano Rey que dé rigor al brazo victorioso de Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos sobre sus encarnizados enemigos que acaban de invadir el país, y para que sean pulverizados por Vuecelencia bajo la protección de la divina Providencia. "En todas nuestras oraciones elevamos votos al Ser Supremo porque se completen todas las glorias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de su importante y preciosa salud. Y que, abrasado en el divino amor en

que arde, viva eternamente para la felicidad de su pueblo. "Estos son los votos que a nombre de toda la comunidad de las Pobres Capuchinas, hace al Cielo y los transmite a Vuecelencia en Buenos Aires... de agosto de 1840. - Sor Marta del Rosario, Indigna Abadesa." -¡Magnífico está, madre abadesa!

-¿Lo halla usted bueno?

-No lo haría mejor el señor don Felipe, a pesar de su inmensa sabiduría y elocuencia.

-Vaya, pues, muchas gracias, señor don Cándido.

-¿Entonces no ordena Su Reverencia nada más?

-Nada más.

-Luego que el señor gobernador delegado haya impuéstose de este santo documento, yo mismo se lo traeré a Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.

-Eso es.

-Pero, entretanto, yo vuelvo a pedir a Su Reverencia que no me eche en olvido en sus santas oraciones.

-Pierda usted cuidado.

-Entonces me despido de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

-Dios vaya con usted, hermano

-Sí, madre, Dios venga conmigo en todas partes -dijo don Cándido, y salió del convento meditabundo y paso a paso.

VII. Cómo don cándido se decide a emigrar y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa

Pero no bien nuestro secretario privado tuvo un pie en la vereda, y otro sobre el alto escalón de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desorden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco con guardas rojas arrastraba la punta de su ángulo cuatro o seis dedos más abajo de la falda del vestido, le tomó el brazo y exclamó:

-¡Ah, qué felicidad! Son los dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. ¡Oh! Ya no tenemos que temer del hado, pues que he hallado a usted.

-Señora, usted se equivoca -dijo don Cándido, estupefacto-, yo no tengo el honor de conocer a usted, ni creo que usted me conozca a mí, a pesar del hado y de los dioses del Olimpo.

-¡Que no os conozco! Vos sois Pílades.

-Yo soy don Cándido Rodríguez, señora.

-No, vos sois Pílades; como Daniel es Ulises.

-¿Daniel?

-Sí. ¿Ahora se hace usted el que no me conoce? Yo soy la señora doña Marcelina, en cuya casa hizo usted parte de aquella estupenda tragedia en que...

-¡Señora, por el amor de todos los santos, cállese usted que estamos en la calle!

-Pero hablo despacio, apenas me oye usted mismo.

-Pero usted se equivoca. Yo no soy... yo no soy...

-¿Qué no es usted? ¡Oh! más fácil hubiera sido a Orestes desconocer su patria, que a mí el desconocer a mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

-¿En peligro?

-¡Sí, en peligro; se piensa hacer una hecatombe con usted y con el señor Don Daniel! -exclamó doña Marcelina levantando su dedo índice a la altura de los ojos de don Cándido; ojos que vagaron del cielo a la tierra, y de doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

-Entre usted, señora -la dijo don Cándido tomándola de la mano, haciéndola entrar y sentarse a su lado en un escaño.

-¿Qué hay? -continuó-. ¿Qué especies de profecías espantosas y terríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? ¿Dónde la he conocido yo a usted?

-Contestaré, primero: que conocí a usted una mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo vi a usted salir del zaguán de mi casa en aquella noche en que...

-¡Despacio!

-Bien. Agrego a usted que en este momento el cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

-¡En los infiernos debiera estar durmiendo!

-¡Despacio!

-Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

-Durante la comida ha blasfemado contra usted y Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal más grande que el de Bruto; y, con los furores de Orestes, ha jurado perseguir a ustedes con más encarnizamiento que Montegón a Capuleto.

-¡Qué horror!

-Pero hay más.

-¿Más que matarnos?

-Sí, hay más: ha jurado que desde esta noche, él y cuatro más van a espiarlos a usted y a Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

-¡Desde esta noche!

-¡Oh! Al lado del pensamiento de Gaete es nada este verso de Geón:

Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán...

-¿Conoce usted la Argia, señor don Cándido?

-Déjeme usted de comedias, señora -dijo don Cándido, pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

-No es comedia, es una estupenda tragedia.

-¡Qué más tragedia que la que pasa, Santo Dios! -exclamó don Cándido.

-Y lo peor de todo es que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas a Júpiter.

-¿Inocentes? Yo a lo menos lo soy. Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de extraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo a merced de las ondas. ¡Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sino yo, yo que abandoné mi profesión, que hoy podía servirme para tener áncoras de salvación en mis discípulos. Porque ha de saber usted, señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenía adoptados los mejores métodos; a las ocho se entraba en clase, a las diez los niños iban a recreo mientras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razón por la cual los ingleses no tienen entendimiento; después duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvían a su casa y yo dormía un poco, no el sueño de ese infernal cura Gaete, que debe ser agitado por un enjambre de venenosas serpientes.

-Despacio. Pueden oírnos aquí mismo. Vivimos sobre un volcán, y yo, aunque mujer, soy quizá el ser más comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

-No, señora, ni quiero conocerla.

-Pues estoy comprometida hace tiempo.

-¿Usted?

-Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárseme y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel exterminador es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia componemos las tres unidades de la tragedia clásica, según me lo explicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabía que con nada se me contentaba más que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caigan en desgracia luego.

-¿Y eso me dice usted ahora? -dijo don Cándido, tomando su sombrero y su caña de la India, que había puesto a su lado sobre el escaño, y preparándose a marchar de prisa.

-¡Deteneos, presunta víctima! -exclamó doña Marcelina.

-¿Yo? ¿Al lado de usted?

-¿Y qué sería de vuestra vida y de la de Daniel si no hubiera yo volado a prevenirles el inmenso riesgo que están corriendo?

-¿Y qué será de mí si continúo hablando con usted?

-De todos modos usted ha de morir. Los hados son implacables.

-El diablo es quien se la debía llevar a usted, señora.

-Conteneos, temerario: si no habláis conmigo, morís por la mano de Gaete; y si habláis conmigo, morís por la mano de las autoridades.

-¡Cruz! -exclamó don Cándido, mirando a doña Marcelina con despavoridos ojos y cruzando los dos índices de sus manos.

-¡Ah! ¿Cuándo no se ha visto
A la beneficencia haciendo ingratos?...

-contestó doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

-Adiós, señora.

-Deteneos. Sólo la necesidad me obligaba a llegar a la casa del señor don Daniel; los dioses me han hecho encontraros; ¿me juráis volar a su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza a los dos?

-Sí, señora, voy a verlo dentro de una hora. Pero ¿me jura usted, por su parte, no volver a pararme en la calle, páseme lo que me pase?

-¡Lo juro sobre la tumba de mis abuelos! -exclamó doña Marcelina, extendiendo su brazo y ahuecando la voz, cuyos ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del convento de las Capuchinas.

Poco después don Cándido bajaba a largo paso por la calle del Potosí, dobló por la de la Florida, tomó por la de la Victoria y descendió al Bajo por la plaza del 25 de Mayo, dejando la fortaleza a su derecha.

Eran ya las tres de la tarde; hora en invierno en que los porteños no abandonan jamás su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbran.

La alameda estaba cuajada de gente. Cinco tiros de cañón disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se había colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del señor Laprida, que entonces ocupaba míster Slade, cónsul de los Estados Unidos, habían arrebatado de las calles a cuantos las transitaban en aquel momento, y traídolos a averiguar las causas de los cañonazos.

Ella no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los días a iguales detonaciones; es decir, la aproximación a la costa de alguna ballenera francesa que sondeaba el río, o venía a reconocer algún lugar convenido, donde debía atracar bajo la oscuridad de la noche para recibir emigrados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fue echada a pique por las tres grandes baterías de la costa, y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacían los proyectiles en las agitadas olas del gran río.

Esta vez la embarcación francesa sobre quien la batería del Retiro había hecho sus cinco disparos, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, o fuese porque para ello traía órdenes, habíase aproximado, a favor de la creciente del río, casi a tiro de fusil de la Capitanía del Puerto, quedando por consiguiente bajo los tiros de la fortaleza y de la batería del Retiro.

Toda la gente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero, el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

-Vienen pasados -decían unos.

-¡A degüello con ellos en cuanto bajen! -exclamaba Larrazábal.

-¡El anteojo! -gritaba Jimeno, desde las toscas a los oficiales de la Capitanía del Puerto.

-¡Es desembarco! -gritaban otros.

-Campo, que van a hacer fuego las baterías -decía desde su caballo un socio popular que dominaba con su talla toda la multitud de a pie, de a caballo y de las carretas.

La ballenera, entretanto, abrió de repente su vela tiriana a doscientas varas de la orilla del agua, y quedó a la capa con sus remos.

Todos estaban a la expectativa.

Pero no era la ballenera sola el objeto de la mirada universal.

A cincuentas varas de la arena sobresalía del agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca, adonde no se podía llegar sin haber atravesado esa distancia con el agua hasta la pantorrilla, cuando menos. Y de pie sobre esa especie de isla, el punto más cercano a la ballenera, llamó de improviso la atención de todos un hombre vestido con un largo levitón blanco, con su sombrero en la mano, una caña de la India en la otra, que indudablemente había atravesado a pie cuarenta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver, pues que sólo por el agua se podía llegar a la peña.

El era, como el lector conoce ya, nuestro don Cándido Rodríguez, que al salir del convento concibió el proyecto de emigrar aunque fuese en una tina de baño, según él mismo se decía en la larga conversación que trajo consigo mismo.

-Este es tu día, Cándido -se decía sobre la peña-; la Providencia te ha traído hasta este lugar. ¡Ea, valor! En cuanto esa embarcación salvadora se aproxime más, corre, precipítate, vuela sobre este río, y ponte bajo la poderosa protección de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero de este mundo, inspiraba de ese modo a nuestro desgraciado amigo, que no echaba de ver que a su retaguardia tenía cien o más jinetes federales, que con un par de rebencazos a sus caballos habrían llegado hasta él en dos minutos, al primer paso que diera hacia la embarcación, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por aquella multitud de más de mil personas que había sobre el muelle, y todas las miradas se dividían entre él y don Cándido, cuando el estallido del cañón dio sobre los nervios ese golpe eléctrico que acompaña siempre a la impresión del sonido violento, y cuatro pirámides sucesivas de agua, que se elevaron a pocas varas de la embarcación, arrebataron la mirada de todos, que prorrumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la fortaleza.

En ese momento la ballenera izó su vela, y como para tomar el viento sur necesitó dirigirse un momento hacia el oeste, todos creyeron que se venía sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupación fue, desgraciadamente, nuestro don Cándido. Y desplegarse la vela, bajar de la peña, entrarse al agua, y empezar a andar río adentro con el agua a la pantorrilla, todo fue obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus pies en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al este, volando, más bien que navegando, con la brisa del sur. Y a ese mismo tiempo, mientras don Cándido abría tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo a gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adivinar otra cosa nuestro pobre amigo que su última hora.

-Usted se iba -le dijo uno de ellos, alzando sobre la cabeza de don Cándido el cabo de hierro de un inmenso rebenque.

-No, señor, venía -contestó don Cándido, haciendo maquinalmente profundas reverencias a los jinetes y a los caballos, o más bien, a los caballos y a los jinetes, siguiendo el orden de una rigorosa cronología moral.

-¿Cómo es eso que venía, siendo así que iba usted para adentro del río?

-Sí, mis distinguidos amigos federales; venía de casa del señor gobernador delegado, de quien soy secretario.

-Pero ¿usted iba a alcanzar la ballenera? -le interrogó otro.

-No, señor, líbreme Dios; quería acercarme solamente, lo más posible, para ver si la ballenera traía gente de desembarco en el fondo para volver a avisarlo a los heroicos defensores de la Federación e incitarlos a triunfar o morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el señor don Felipe y su respetable familia.

Una grita estrepitosa contra los franceses y en loor de la Federación y de los federales sucedió al discurso de don Cándido entre la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habían acercado, con el agua a la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trágico.

El coronel Crespo, el comandante Jimeno, Larrazábal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto antes, dieron tan fuertes gritos e hicieron tan violentas señas a los de a caballo, que uno de estos hizo subir a don Cándido a la grupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí había y he aquí que condujeron en triunfo hasta la alameda al impertérrito

Librodot

secretario de Su Excelencia, que se había arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió don Cándido. Pero no podemos callar que, a pretexto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que por una reacción natural en su organización, la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que había corrido, y tuvo que tuvo que entrar a tomar una taza de café a un hotel inmediato a la capitanía, para poder llegar después a casa de Daniel, como pensaba, a echarle en cara las consecuencias que estaba sufriendo, después de la vida política a que lo había arrastrado, y a prevenirle que la vida de los dos estaba expuesta a ser sacrificada en hecatombe, como decía doña Marcelina.

VIII. La guardia de Luján y Santos Lugares

Era el 21 de agosto. El refulgente rey del universo descendía con su manto de nácares y oro allá sobre el confín del horizonte que bordaba las planicies esmeraltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no llevaba esa corona de rubíes con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle adiós; ni en derredor suyo se abrían de improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del crucero, donde la coqueta Naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendía, sin más belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al oeste, como a alcanzar el sol.

La brisa del sur hacía ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la Naturaleza tenía allí ese aspecto desconsolador, agreste e imponente al mismo tiempo, que impresiona al espíritu argentino y parece contribuir a dar el temple a sus pasiones profundas y a sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América. Naturaleza madre e institutriz del gaucho.

Ese ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la Naturaleza, y por su religión y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada.

Por sus hábitos no se aproxima a nadie, sino a él mismo; porque el gaucho argentino no tiene tipo en el mundo por más que se han empeñado en compararlo unos al árabe, otros al gitano, otros al indígena de nuestros desiertos.

La Naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos más salvajes de ella, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impresiones que desde su niñez comienzan a templar su espíritu y sus nervios, y a formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado a sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y los peligros, su espíritu se ensoberbece a medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan; su vida se reconcentra en vez de expandirse. La soledad y la Naturaleza han puesto en acción sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas, y la libertad y la independencia de instintos humanos se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la Naturaleza; es el elemento material que contribuye a la acción de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de los desiertos se limita y apoca para aquél que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre él, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni a los hombres ni a la Naturaleza, y sobre él es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada, ni al indio americano ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo a que se entrega por necesidad y por vocación completan después su educación física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido, y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia a los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relación común que tiene su origen en la circulación de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la costumbre de verter la sangre, que viene a convertirse en él, de ocupación en necesidad, y de necesidad en diversión.

Esa vida y esa educación le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que sin esfuerzo y naturalmente siente por él un profundísimo desprecio.

Librodot

El hombre de la ciudad monta mal a caballo; es incapaz de conducirse por sí solo en las llanuras desiertas; más incapaz aún de procurarse en éstas la satisfacción de sus necesidades, y, por último, el hombre de la ciudad no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos y tiene miedo de hundir un cuchillo hasta el puño en la garganta del animal, y no sabe ver sin agitación que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia, y desprecia a la vez la acción de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad, y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos donde ir a vivir sin otro auxilio que el suyo propio, y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres es la que constituye el pueblo argentino, propiamente hablando, y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su admiración a ciertos hombres: que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada más común en las sociedades civilizadas que malos generales al frente de numerosos ejércitos, y que jefes ignorantes de partido a la cabeza de millares de prosélitos; pero entre los gauchos tal aberración es imposible.

El caudillo del gaucho es siempre el mejor gaucho. El tiene que alcanzar ese puesto con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros, con el lazo en la mano, entre las charcas de sangre, durmiendo a la intemperie, conociendo palmo a palmo todas nuestras campañas, desobedeciendo constantemente a las autoridades civiles y militares, y burlando y hostilizando día por día cuanta mejora industrial, cuanta disposición y cuanto hombre llega de las ciudades a la campaña.

¡Sin estas condiciones principales es inútil pensar en acaudillar los a gauchos; pero el que las posee y sabe ostentarlas a tiempo, ése es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place!

Ese es el gaucho, y su importancia social y política se comprende en nuestra revolución con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las provincias del Río de la Plata habían llegado a ocupar en la América una extensión y una importancia tal, que, cuando Carlos III se ve forzado a repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los portugueses en ellas, y aconsejado a nombrar de jefe de la expedición que debía salir de Cádiz al teniente general don Pedro Cevallos, cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la cédula que erigía en virreinato las provincias del Río de la Plata, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, y las lindantes de Mendoza y San Juan, creando por su virrey al mismo teniente general cevallos, que recibe dicha cédula de erección, fechada en San Ildefonso el 1º de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues, descubierta, conquistada, poblada y constituida en virreinato español esa hermosa región de la América meridional, donde la p Providencia había decretado la iniciación y complemento de la grande obra que había imaginado en su inefable idea, para la reivindicación de la humanidad ultrajada y de los magníficos destinos de un mundo, a quien la ambición, la ignorancia y la superstición sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fue gemela con una completa revolución en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fue de otra no menos vasta revolución europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas ni contenidas muchas veces por una generación, ni por un siglo. Y la reunión de los Estados Generales en Francia estuvo muy lejos de prever que aquélla sería la causa generatriz de la decapitación de una familia defendida por Dios, del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos, de la improvisación de una república; de un imperio, del cataclismo universal de la Europa, de la canonización de la filosofía del siglo XVIII, y, por último, la causa indirecta de la libertad de

Librodot

las colonias españolas en la América, oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli; pero así sucedió, sin embargo.

La raza americana tenía ya la conciencia de su situación desgraciada. La Naturaleza meridional no había desmentido su generosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas.

Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente, pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII, algunos debates de la Convención francesa, algunos periódicos de la República se escurrían de contrabando entre las mercaderías con que la madre España suplía a las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas a los hombres capaces, sí, pero desapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaba sino la decisión y la oportunidad.

La Revolución francesa se encargó de ella.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacío. Las provincias del reino se dan sus gobiernos respectivos, o más bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que las sacudía; la capital del virreinato de Buenos Aires quiere darse también sus gobernantes; y bajo ese pretexto que las circunstancias le ofrecían, pronuncia la primera palabra de su libertad, el 25 de Mayo de 1810.

Ese movimiento fue el iniciador de la revolución; y con ésta la revolución del continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario, la América entera se electriza con él; y tras el primer relámpago, ahí tenéis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual estallaba el pensamiento y el cañón, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo a palmo su dominación; y palmo a palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el transcurso de quince años.

Buenos Aires es en la lucha y durante ese tiempo, lo que Dios en el universo; ella está y resplandece en todas partes. Su espada da la libertad o contribuye a ella en todas partes: sus ideas, sus hombres, sus tesoros, no faltan en ninguna; y la guerrera y pertinaz España, donde no hallaba un hombre, hallaba un principio; donde no hallaba un principio, hallaba una imitación de Buenos Aires. Las provincias del Río de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguía como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cambia en las batallas, pero la revolución era demasiado inmensa y demasiado sólida para que la España pudiera sofocarla con su mano en el siglo XIX y, la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamás independiente.

Pero el pensamiento de Mayo había bebido sus inspiraciones en fuente harto caudalosa para poder conformarse con asignar a la revolución los límites de una independencia política y de una libertad civil solamente. El inició más que todo eso, y por más que eso combatieron sus hijos.

Era una revolución totalmente social lo que buscaba. Una revolución reformadora de la sociedad educada por la España de la Inquisición, del absolutismo y de las preocupaciones hereditarias de tres siglos, en política, en legislación, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecía el cielo americano, Buenos Aires marchaba a pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime pensamiento.

Sus brazos se extienden por todo el continente, y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libres en política, y colonial en tradiciones sociales, legislativas y filosóficas, habría sido una anomalía monstruosa.

Librodot

Romper con las viejas preocupaciones españolas en política, en comercio, en literatura, y hasta en costumbres, cuando el pueblo se las fuese dando a sí mismo; era imprimir a la revolución el movimiento reformador del siglo; era ponerse a la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España había de tentar más tarde bajo el reinado de Isabel II.

"Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo", para, por esa solidaridad de tradiciones paternas, darse la mano con la civilización europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de Nueva Troya era cuanto se necesitaba para no ser más de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempo de Carlos III y de su antecesor. Reproducción que, felizmente, la Revolución tuvo el buen sentido de no apetecer jamás.

El mejor alguacil del Santo Oficio no habría opinado de otro modo; jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fue el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y de esta suerte se han de percibir claras y distintas las reproducciones del abuelo y bisabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias; y las que nacieron del divorcio de estas tradiciones pestilentes.

En medio del estrépito de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunían los contingentes de ideas que le enviaban todas las provincias de la Unión, como enviaban a las batallas los contingentes de lanzas, marcha a grandes pasos en el camino de la revolución social, y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la República. Los grandes principios se fundan y se practican a la vez. La República, el gobierno representativo, el ministerio responsable, el sistema electoral, la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática; la inviolabilidad de los derechos: todo, en fin, cuanto la revolución europea tenía de más santo, de más social, lo canoniza para sí la revolución del Plata. Y a la luz de este brillante día que se levantaba sobre sus olas, surgieron de la revolución esas cabezas chispeantes de genio que hicieron el honor y la gloria de la República, no menos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debían encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros días se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolución improvisaba, debía resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquía absoluta.

De otra parte, la innovación civilizadora debía despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado a sus tradiciones seculares.

Y esa reacción franca, ingenua, inevitable, que sucede a las grandes innovaciones sociales cuando se obran sobre pueblos no preparados para ellas, debía estallar y estalló, en efecto, en la República.

De otro lado, la revolución había creado en todas las clases de la sociedad sus representantes, su expresión y sus intereses; y la reacción se hizo sentir, primero en las rebeliones parciales, después, en las distintas pretensiones de las provincias y, últimamente, en el pronunciamiento espontáneo y franco del pueblo semisalvaje de las florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus abuelos y bisabuelos, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bustos, López, Quiroga, de una parte; Rivadavia y los congresistas de la otra, no eran sino las peripecias de esa guerra sorda, pero gigantesca que se disputaba en la República el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestas, como lo eran la tradición colonial y la innovación revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo es el tratado de lógica más perfecto: a tales causas han de suceder tales efectos. Y el gran trastorno que sufría aquí el principio monárquico, la improvisación de una república donde no había ni ilustración ni virtudes para conservarla y la implantación repentina de ideas y de hábitos civilizados en pueblos acostumbrados a la cómoda inercia de la ignorancia, eran una utopía magnífica, pero impracticable, con la cual la barbarie daría en tierra, hasta que una enseñanza más prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una generación que la levantase y la pusiese en práctica: tal cosa debía suceder, y así ha sucedido, por desgracia.

Mientras las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios en la época en que se constituía la República y al amparo de las guerras civiles consiguientes, la reacción social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos malhadados sucesos de nuestra historia tan dramática dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolución aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre; como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos o adversos para la humanidad; en que Dios o el demonio hacen de todas las ideas y los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien o el mal, según sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas, que era el mejor gaucho en todo sentido, que reunía a su educación y a sus propensiones salvajes todos los vicios de la civilización, porque sabía hablar, mentir y alucinar.

La reacción había estallado; y personificada en él, él debía serla fiel, porque el día que le hiciese traición, los sacerdotes sacrificarían el ídolo. Y fiel a su origen y a la misión que acepta, da al gaucho, a sus ideas y a sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense, luego de que se asegura con el triunfo el imperio de la reacción.

Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposición terrible de la fuerza. Ya no era la cuestión de unitarios y federales: eran la civilización y la barbarie las que quedaron para disputar más tarde su predominio. Entre tanto, con la derrota de los unitarios, la civilización quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo gaucho, que, tomando por pretexto la Federación, echó por tierra la federación y la unidad. Sin embargo, el partido federal sonreía creyéndose vencedor, mientras que legaba a la historia el derecho de acusarlo justa y terriblemente algún día, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos con la libertad y el honor de su país, entregándolo a manos de un bandido que debía más tarde pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaban bajo el sistema federal. Porque es mentira que padecieron un error los federalistas; es mentira que no conocieron a Rosas: Rosas fue conocido desde que tuvo quince años. A esa edad fue hijo insolente; a los dieciséis fue hijo huido; más tarde fue un gaucho ingrato con sus bienhechores; después fue siempre un bandido rebelde a las autoridades de su país.

Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducía el general Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Luján, y allí encontraremos esa cruzada de valientes, a la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrían; todo el mundo a caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos: el primero mandado por el general Lavalle; el segundo por el coronel Vilela.

Estos dos cuerpos iban a separarse momentáneamente; el primero iba a dirigirse hacia el sur; el segundo quedaba sobre Luján.

El general Lavalle quería conocer primero el espíritu de la campaña al sur, antes de marchar sobre la capital. En el norte no se habían reunido a su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos, pero las milicias y las fuerzas de línea permanecían fieles al tirano.

Librodot

Los dos cuerpos del ejército se despidieron dando vivas a la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debían regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavía los soldados se despedían con sus lanzas y sus espadas.

El escuadrón Mayo, que pertenecía al segundo cuerpo, entonó entonces el Himno Nacional, canto de victoria de nuestras viejas legiones, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caía al bote de las pujantes lanzas españolas. Y hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del general Lavalle y sus valientes, los soldados del segundo grupo permanecieron a caballo.

Después los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo, entumecido por el frío de aquel rigoroso invierno, mientras que el calor de su alma, entusiasmada, lo bebían en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche descorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco campamento, donde no palpitaba un corazón que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la Providencia. Y sólo esas estrellas podrían revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por el pecho tierno de aquellos soldados arrancados por la libertad a las caricias maternales y a las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del hombre abre el jardín de los efectos purísimos de su alma...

¡Antítesis terrible! ¡A doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de armiño el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormía soñando con el crimen a la sombra de la mano de hierro de un tirano!

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus armas contra los mismos que les traían la libertad. Traidores a su madre común, podían serlo también al hombre a quien vendían sus derechos; y en el silencio de la noche los campamentos eran patrullados triplemente por partidas que se mudaban cada dos horas. Unas vigilaban la parte exterior de los reductos, otras paseaban en derredor del campamento, y otra patrullaba por entre las carpas de los soldados. ¿Estaba entre ellas la tienda del tirano? ¿La banderola o el hierro de su lanza la hacía descubrir en alguna parte? No. Rosas no tenía tienda. De día escribía dentro de una galera y de noche no se supo jamás su lugar fijo. Fingía echar su recado en tal paraje para pasar la noche, y media hora después estaba su recado solo con algún soldado que lo cuidaba. ¿Vigilaba? No, huía; mudaba de lugar y de escolta para que todos ignorasen dónde estaba.

El general Lavalle, entretanto, dormía entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que había dormido sobre la cama de Rosas, once años antes, cuando fue él solo con sus edecanes a hacer arreglos al campamento mismo de su enemigo.

IX. Manuela Rosas

Ya que hemos dejado al lector en conocimiento de la situación política y militar, en sus grandes manifestaciones, a la época a que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirlo ahora a un más minucioso conocimiento individual de los personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, a que nos vamos a acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico más visible, después de su padre, en el cuadro de la dictadura argentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fue más tarde, pero en esa época ella empezaba a ser la primera víctima de su padre y el mejor instrumento, sin quererlo ser y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad más risueña de la vida: contaba apenas de veintidós a veintitrés años. Alta, delgada, talle redondo y fino, formas graciosas y ligeramente dibujadas, fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardoclaros, de pupila inquieta y de mirada inteligente; frente poco espaciosa pero bien dibujada, cabello castaño oscuro, abundante y fino, nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante; tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo. Pero de vez en cuando se notaba en ella, después de algún tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía, de disgustos; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados; lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educación de cultura era descuidada, pero su talento natural suplía los vacíos de ella.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no había hecho nada por la perfecta educación de su hija. Y huérfana de madre hacía dos años, Manuela no contaba, en la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, sino su padre; porque su hermano era un bellaco rudo, inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pero nada de Manuela.

Su corazón había sentido dos veces ya la tierna serenata del amor a sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino a echar los cerrojos de aquéllas, y la pobre joven tuvo que ver los más bellos encantos de la vida de una mujer a través del cristal de su imaginación.

Su padre había decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas las miserias, de todas sus intrigas y de todos sus crímenes, porque entregaría todos esos importantes secretos con el corazón de la joven.

Ella, además, era su instrumento de popularidad. Con ella lisonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente a condición distinguida en la amistad del jefe federal. Con ella trasmitía su pensamiento a sus más abyectos servidores. Con ella, en fin, sabía la palabra y hasta el gesto de cuantos se acercaban a comprar con una oficiosidad viciosa o criminal algún destino, algún favor, algún título de consideración federal.

Su hija, además, era el ángel custodio de su vida; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban a su padre; vigilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos a esta mujer desgraciada en los momentos en que su salón está cuajado de gentes, y ella es allí la emperatriz de aquella extraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías; es necesario acercarse a ellas, porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la Sociedad Popular hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas o con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Librodot

Allí está, viva y palpitante, la democracia de la Federación. Gaetán, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomón, Parra, fuman y conversan mano a mano con los diputados García, Beláustegui, Garrigós, Lahitte, Medrano, etc.; con los generales Mansilla, Rolón, Soler, etc.; también Larrazábal, Mariño, Irigoyen, González Peña conversan en otro grupo mientras sus esposas, federalizadas hasta la exaltación, rodean a Manuela con doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de éste, la sobrina de aquél; parientes, en fin, de todo género y de toda rama de aquellos corpulentos troncos sobre que reposaba la santa e inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salón tenían oídos y boca para repetir al Restaurador de las Leyes lo que allí se decía; pero no podían tener unos ni otra para el general Lavalle. No había, pues, miedo.

Cada grupo describía a su modo la situación política, pero ninguno disentía en opinión respecto al triunfo cierto del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Según unos, la cabeza de Lavalle iba a ser puesta en una jaula en la plaza de la Victoria.

Según otros, todo el ejército prisionero debía venir a ser pasado a cuchillo por la Sociedad Popular, en la plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte también. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traía Lavalle, les debían ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas después a su servicio.

Manuela no hacía sino volver los ojos de uno a otro grupo, oyendo ese certamen del crimen, en el cual todos competían por ganarse el triunfo en la emisión de una idea más criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repetición de esta escena le había hecho perder su admiración primitiva. Pero tampoco gozaba de ella, porque en su corazón de veintidós años no podía ser música agradable un coro perpetuo de juramentos y de maldiciones. Además, la costumbre de tratar a aquella gente le había dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabía que no tenían para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra cosa que esclavos envilecidos que venían delante de ella a jactarse de un sentimiento que era en ellos, más que otra cosa, la inspiración de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y a la voluntad de su amo.

Pero en cambio, las demás mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyeran que ella hablaba por él.

Y otra, en fin, se envanecía de poder repetir a Manuela las palabras de su marido, que ésta no oía bien entre el tumulto.

Mercedes Rosas, que también hacía parte de la reunión se alegraba a su vez porque las miradas de los hombres se dirigían a ella a la par que a Manuelita, cuando hablaban del degüello y exterminio de los unitarios para defender así la Federación, al Restaurador y a las federales, palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea cortejaban a las amables damas que allí había.

Y, por último, doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazábal acababa de declarar en alta voz que él no esperaba sino la autorización de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

-Eso es hablar como buen federal -dijo doña María Josefa en alta voz-. Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del país los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

-Vienen a su tumba, señora -la contestó un hermano federal-, y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

-No, señor, no -replicó doña María Josefa-. Al seguro llevan preso; y mejor habría sido matarlos antes de que se fuesen.

-¡Cabal! -gritó Salomón.

-Sí, señor, cabal -prosiguió la vieja-. Y no es lo peor la clemencia de Juan Manuel, sino que cuando él da una orden de prender a algunos unitarios, los comisionados se ponen a papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y penetrantes, se clavaron en Cuitiño que, de pie, a dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

-Y no es peor tampoco que se les escapen -continuó-, sino que cuando los buenos servidores de la Federación les dicen dónde están escondidos, van allá y los mismos unitarios los embaucan como a muchachos.

Cuitiño se dio vuelta.

-¿Qué, se va, comandante Cuitiño?

-No, señora doña María Josefa, pero yo sé lo que me hago.

-No siempre.

-Siempre; sí, señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estoy contento sino cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

-Me alegro que me haya comprendido.

-Yo sé lo que me hago.

-El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada -dijo Garrigós.

-Así se lo digo todos los días a Peña para que aprenda -dijo doña Simona González Peña, una de las más entusiastas federales, y que ostentaba más que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

-Pero no es época de espadas -observó doña María Josefa, sino de puñal. Porque es a puñal que deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores a Dios y a la Federación.

-Así es -dijeron algunos.

-El puñal, esa es el arma que deben tener los buenos federales -continuó doña María Josefa.

-¡Cabal, el puñal! -gritó Salomón.

-¡Sí, que mueran a puñal, a puñal! -repitieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la Federación.

-¡A puñal, pero en el pescuezo! -dijo doña María Josefa relampagueándole los ojos.

-Y que el cuchillo esté mellado; con eso les duele -agregó Gaetán, hombre amulatado y de una figura la más repugnante posible.

-Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sino fusilar a los que llevan a su cuartel -dijo otro personaje de la reunión.

-¡Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por eso tuvo tantos miramientos con la viudita de Barracas.

-Ha dicho muy bien la señora doña María Josefa: el puñal debe ser el arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes -dijo Mariño queriendo lisonjear a aquella arpía para que no continuase.

-Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro -dijo Garrigós, embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

-A la primera orden que nos dé el Restaurador, la primera cabeza que corte yo, se la he de traer a usted, doña Manuelita -dijo Parra.

Manuela hizo un gesto de repugnancia y volvió los ojos a la mujer de don Fermín Irigoyen, que tenía a su lado.

-Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita -dijo Torres, buscando ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

Librodot

-Así es, pero degollados, se han de poner muy buenos mozos -contestó doña María Josefa.

-Si a la niña no le gusta ver esas cosas yo no le he de traer la cabeza que le he ofrecido -replicó Parra-, pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos o feos -continuó dirigiéndose a Torres-; porque aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos lavarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios.

-¡Cabal! -gritó Salomón.

-Eso es hablar -dijo Merlo.

-Y el que no quiera hacer lo que los restauradores que han de morir por el señor don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo -dijo Gaetán.

-Mándeme, doña Manuelita, y mándeme dondequiera, que yo solo basto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos a todas las mujeres que allí había. Buscaba alguna simpatía de sexo, alguna armonía blanda de espíritu, algún signo de resignación que la fortaleciese. Pero nada... nada... nada. Allí no había, en hombres y mujeres sino fisonomías duras, encapotadas, siniestras. En ésta el odio, en aquélla el vicio; en ésa la abyección de la bestia, en la otra la prostitución y el cinismo: he ahí todo cuanto rodeaba a aquella mujer joven en cuyo corazón la Naturaleza no había sido avara, quizá, de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponía su mismo padre, estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las más rudas y torpes impresiones.

-¡Sí, todos debemos contribuir a dar un gran ejemplo para que la Federación quede afianzada sobre bases inconmovibles de diamante! -exclamó el diputado García, con el énfasis y la petulancia que era habitual a sus palabras.

-¡Bravo!

-¡Ese será el día grande de la patria, el día que se apague esta fiebre de libertad que nos devora -continuó el orador-. Fiebre santa que no se apagará sino con la sangre de los esclavos unitarios.

-A propósito de fiebre -dijo Mariño al general Soler, casi al oído, mientras el diputado continuaba su estupenda peroración ante su popular auditorio-. A propósito de fiebre ¿sabe usted general que el cura Gaete se nos va?

-He oído que está "malo" ¿qué diablos tiene?

-Una fiebre cerebral espantosa.

-¡Hola!

-De muerte.

-¿Desde cuándo?

-Creo que hace cinco o seis días.

-¡Malo!

-¡En todo el delirio no habla sino de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo que no quiere nombrar, de una porción de disparates!

-¿Y al gobernador no lo nombra?

-No.

-Entonces puede morirse cuando quiera.

-Sin embargo, era un buen federal.

-Y mejor borracho.

-Dice usted bien, general, y es probable que el origen de su fiebre sea de alguna tranca.

-De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se había de llevar al fraile a las pocas horas.

-Y a muchos con él.

-¿A usted y a mí por ejemplo?

-Puede ser.

-Todo puede ser.

-Y no es eso lo peor.

-¿Cómo, general?

-Digo que es lo peor el que no podemos asegurar que no triunfará.

-Cierto.

-Lavalle es arrojado.

-Pero tenemos triple número de fuerza.

-Yo he tomado el Cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendía su altura.

-Pero eran españoles

-¡Pues! Eran españoles. Lo que quiere decir, señor Mariño, que sabían batirse y morir peleando.

-No son menos valientes nuestros soldados.

-Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, a pesar de su valor.

-Pero la justicia está de nuestra parte.

-Sobre el campo de batalla no hay justicia, señor Mariño.

-Tenemos el entusiasmo.

-Ellos también.

-De manera que...

-De manera que se van a batir, y el diablo sabe quién ganará.

-General, estamos de acuerdo.

-Ya lo sé.

-He querido saber sus opiniones de usted a ese respecto.

-Ya lo sé también.

-No me admira esa perspicacia, general; usted ha vivido mucho en la revolución.

-Me he criado en ella.

-Pero nunca habría habido en ella un cataclismo peor que el que sufriríamos los federales, si triunfase Lavalle.

-Sería asunto concluido.

-Para todos.

-Especialmente para usted y para mí, señor Mariño.

-¿Especialmente?

-Sí.

-¿Y por qué, general?

-¿Con franqueza? Porque a mí me aborrecen no sé por qué, y a usted por mazorquero.

-¡Oh!

-Yo sé que no deben quererme.

-Y yo sé que no soy mazorquero, en el sentido de esa palabra.

-Bien puede ser, pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar o emigrar.

-¡Y la emigración debe ser una cosa terrible, general Soler! -exclamó Mariño meneando la cabeza.

-Esa es la palabra; yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

-Entonces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

-Quién sabe si podremos contar con todos.

-También tengo esa duda.

-Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

-¡Ah, y los enemigos encubiertos son los peores!

-Los más terribles.

-Pero a mí no se me escapan... Ahí tiene usted uno.

-¿Quién?

-Ese que entra.

-Pero ése es un muchacho.

-Sí, es muchacho de veinticinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

-Eso no vale nada.

-Ya lo sé, pero es unitario.

-¿Su nombre?

-Bello; Daniel Bello: es hijo de un verdadero federal hacendado, socio de los Anchorena; y de gran prestigio en la campaña.

-Entonces, está bien guardado.

-El mozo este es además muy protegido de Salomón; y entra y sale en todas partes.

-Entonces, mi amigo, es preciso saludarlo -dijo el general Soler.

-Sí; pero ya está apuntado -contestó Mariño, y ambos volvieron a los grupos.

X. Continuación del anterior

Era en efecto Daniel Bello el que había entrado al salón de Rosas; y después de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de mano a derecha e izquierda, fue a hacer sus reverencias a Manuela y a las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido a la rigorosa moda de la Federación, es decir, venía de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol, su chaleco de rico casimir; sus manos eran delicadas, manos mujeriles puede decirse, y su cara la que le conocemos: bella, inteligente y sobre cuya sien pálida caían sus lacios y lustrosos cabellos, más oscuros que sus ojos castaños, que a veces, con la luz vivísima de su mirada, parecían ser del gris semioscuro de los ojos de Cristóbal Colón, según nos los describe el hijo del célebre Almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran más que suficientes para que Daniel fuera bien recibido de las damas: damas, por otra parte, que no podían menos de mirar complacidas aquel hermoso joven que era de los pocos que a esa época usaban el chaleco punzó de la Federación. Y ellas, pues, que sabían la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que había en su partido, miraban con cierto orgullo a aquel que en el de ellas podía rivalizar en todo con el más apuesto unitario.

En el acto la señora del médico Rivera hizo un lugar en el sofá en que estaba, pero tan estrecho, que Daniel habría tenido que sentarse sobre alguna parte del turgente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crimen político que estuvo muy lejos de querer cometer, y prefirió una silla al otro extremo del sofá, junto a Manuela.

Mercedes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fue darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oído.

-¿Se ha hecho el que no ha visto, no?

-He visto que está usted muy buena moza, señora -le contestó Daniel creyendo darle lo que buscaba. Pero quería más.

-Desde ahora le digo una cosa.

-Hable usted, señora.

-Que quiero que me acompañe cuando nos vayamos. Porque hoy deseo hacer rabiar a Rivera yendo con un buen mozo; porque es celoso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vayamos.

-Tendré mucho honor, señora.

-Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel había elegido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la joven, e inclinándose un poco podía conversar con ella sin ser oído de los demás. Así lo hizo y la dijo:

-Si alguien gozara la felicidad y el honor de un interés especial por usted, señorita, esta casa sería un rival peligroso.

-¿Por qué, señor Bello? -contestó Manuela con candidez.

-Porque la numerosa concurrencia diaria que hay en ella distraería mucho la imaginación de usted.

-No -contestó Manuela con prontitud.

-Perdón, señorita: yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

-Y, sin embargo, he dicho la verdad.

-¿Cierto?

-Cierto: yo hago por no oír, y por no ver.

-Es una ingratitud entonces -dijo Daniel sonriendo.

-No, es una retribución.

-¿De qué, señorita?

Librodot

-¿Cree usted que mi silencio, o mi displicencia, les puedan disgustar?

-¿Y cómo no creerlo?

-Entonces yo les retribuyo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que, por otra parte, yo no quisiera oír nunca.

-Pero hablan del señor gobernador; de la causa que es común a todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

-No, señor Bello, hablan por ellos mismos.

-¡Oh!

-¿Lo duda usted?

-Me sorprende, a lo menos.

-¡Porque usted no ocupa mi triste lugar todos los días!

-Bien puede ser por eso.

-Eche usted la vista sobre cuantos aquí hay y, a excepción de usted, yo no sé cuál de los que están esta noche en mi presencia ha venido con otro objeto que el de darse valimiento de federal a mis ojos, para que yo se lo repita a tatita.

-Sin embargo, ellos sirven fielmente a nuestra causa.

-No, señor Bello, ellos nos hacen mal.

-¿Mal?

-Sí; porque ellos hablan más de lo que debieran, y quizá no obran con la buena fe que yo quisiera para la causa de mi padre. Además, ¿usted cree que yo estoy contenta con estas mujeres y estos hombres que me rodean?

-Cierto. Usted tiene más talento que todos ellos.

-No hablo de talento; hablo de educación.

-Comprendo que deba mortificar a usted mucho la ausencia de otra sociedad.

-Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

-La época quizá.

-No, es esta gente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

-Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

-Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

-¡Es terrible cosa!

-Me fastidian, señor Bello. Paso la vida más aburrida de este mundo. No oigo hablar sino de sangre y de muerte a estos hombres y a estas señoras. Yo sé bien que los unitarios son nuestros enemigos. ¿Pero qué necesidad hay de estarlo repitiendo a cada momento con esas maldiciones que me enferman y, sobre todo, con la expresión de un odio que yo no creo, porque toda esta gente es incapaz de pasiones? ¿Qué necesidad, además, de venir aquí mismo a atormentarme la cabeza con esas cosas, impidiendo así que se me acerquen las personas de mi sexo, o los amigos que yo quisiera?

-Es cierto, señorita -dijo Daniel con el tono más sencillo del mundo-. Es cierto; a usted le hacen falta algunas jóvenes de su edad y de su educación, que la distraigan y le hagan olvidar un momento los sobresaltos en que vive en esta época terrible para todos.

-¡Oh, cómo sería feliz entonces!

-Conozco una mujer cuyo carácter se armonizaría perfectamente con el de usted, la comprendería y la querría.

-¿Sí?

-Una mujer que simpatizó con usted desde el primer momento en que la vio.

-¿De veras?

-Que no hay un día que no me haga alguna pregunta relativa a usted.

-¡Oh! ¿Y quién es?

-Una mujer que es tan desgraciada o quizá más que usted misma.

-¿Tan desgraciada?

-Sí.

-No; no hay en el mundo ninguna más desgraciada que yo -dijo Manuela, exhalando un suspiro y bajando húmedos sus ojos.

-Usted siquiera no es calumniada.

-¿Que no soy calumniada? -exclamó Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplandecientes sobre Daniel-. Es lo único que yo no les perdonaré a los enemigos de mi padre, que hayan hecho pedazos mi reputación de mujer, por espíritu de venganza política. ¡Y que calumnia, Dios mío! -exclamó Manuela, llevando la mano a sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan animadas, que el diálogo de los dos jóvenes no era percibido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de doña María Josefa y de Mariño.

-El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mía -dijo Daniel con un tono de voz tan insinuante y tierno, que Manuela no pudo menos de darle las gracias con una mirada dulcísima-. Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona de quien hablamos.

-¿Cómo? Explíquelo usted.

-El tiempo le hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situación.

-¿Pero qué hay? ¿Quién es? -preguntó la joven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

-La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

-Pero ¿quién es?

-Amalia.

-¿Su prima de usted?

-Sí.

-¿Y la persiguen?

-Sí.

-¿Por orden de tatita?

-No.

-¿De la policía?

-No.

-¿Y de quién?

-Del que la persigue.

-¿Pero quién puede perseguirla?

-Uno que se ha enamorado de ella, y a quien ella desprecia.

-Y...

-Perdón... y hacen valer la Federación y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes como instrumento de una venganza innoble e interesada.

-¡Ah! ¿Quién es? ¿Quién es el que la persigue?

-Perdón, señorita, no puedo decirlo todavía.

-Pero yo quiero saberlo para decirlo a tatita.

-Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de grande influencia.

-Tanto más criminal entonces, señor Bello.

-Lo sé.

-Una cosa.

-Hable usted, señorita.

-Quiero que traiga usted a Amalia.

-¿Aquí?

-Sí.

Librodot

-No vendrá.

-¿No vendrá a mi casa?

-Es algo excéntrica, y se hallaría muy mal entre tan numerosa concurrencia, como la que rodea a usted, señorita.

-La recibiré sola... pero no, yo no tengo libertad para estar sola.

-Además, ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.

-¡Pero es inaudito!

-Además, también, ella ha dejado su linda quinta de Barracas por algunos días; y, a pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.

-¡Infeliz!

-Usted, sin embargo, podría hacerle un gran servicio.

-¿Yo? Hable usted, Bello.

-Una carta de usted que ella pudiera enseñarla a quien se presentara sin orden del señor gobernador.

-¿Y habrá quien ose hacerlo sin orden de tatita?

-Lo han hecho ya.

-Bien, escribiré mañana mismo.

-Yo me atrevería a pedir a usted que, al escribir esa carta, recordase que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del general Rosas y de la Federación para cometer injusticias e inferir insultos.

-Bien, bien, comprendo -dijo Manuela, radiante de alegría, con encontrar una ocasión en que poder hacer sufrir al amor propio de aquéllos que la incomodaban a todas horas.

-Nuestra conversación, que yo sostengo con tanto placer -continuó Manuela-, se prolonga demasiado para no despertar celos en toda esta gente a quien yo tengo que atender sin distinción de persona, según la voluntad de tatita.

-Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. Pero ¿usted me promete no olvidar la carta?

-Sí, mañana mismo la tendrá usted.

-Bien. Gracias.

Manuela no se había equivocado: el diálogo con Daniel empezaba a despertar celos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal a que asistían todas las noches, y cuya reina bacanal debía ser Manuela, la pobre víctima de la loca ambición del que le dio la vida.

La noche estaba fría, pero Garrigós empezaba a sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocresía, hasta su cuello sumergido dentro su inmensa corbata; tal era cuanto había perorado aquel discípulo de fray Gerundio de Campazas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversación particular, para irse a su casa a referir a sus allegados las palabras, las sonrisas, las acciones con que habían sido honrados por la señorita doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto; no bien Daniel se volvió a Mercedes, y Manuela a la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando a despedirse de ella cuantos allí había, haciendo cada uno un cumplimiento a su modo. El uno le hacía un juramento de morir por ella y por su padre, el otro le ofrecía una cabeza, aquél unas orejas, y más de uno le ofrecía trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegara el día de la venganza de los federales.

XI. De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas

Por más de un momento Daniel llegó a creer con toda buena fe que se hallaba de veras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiría entre aquellas gentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada a este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido a su posición. Pero con esa elocuencia que aquél poseía en sus miradas diole resignación por varias veces acabando de convencerla de que había en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la señora doña Mercedes Rosas de Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidez característica le dijo abrazándola:

-Con que, hijita, me voy, y me llevo a Bello para hacer rabiar a Rivera.

Manuela fingió sonreírse.

-No me deja, mujer -continuó la primera-; está como nunca. Anoche hasta me pellizcó; pero yo, nada... lo he de hacer rabiar, hasta que deje de celarme.

-¿Conque se va usted, tía?

-Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercedes imprimió sus labios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

-Adiós, Manuelita. Descanse usted -le dijo Daniel dándole la mano, y con una expresión tan dulce y consoladora, que, tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salón.

Mercedes, entretanto, enlazó su brazo al de su compañero, y ambos atravesaron el gran patio, salieron a la calle de Restaurador, y doblaron luego hacia el Correo.

La noche estaba fría. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedía felizmente echar de menos su capa.

-No, no vayamos tan ligero -dijo Mercedes.

-Como usted quiera, señora -contestó Daniel.

-Sí, vamos despacio, y ¡ojalá encontrásemos a Rivera!

-¡Sí, sí, ojalá!

-¡Cómo rabiaría!

-¿Es posible?

-¡Toma!

-¿Y por supuesto que me la quitaría a usted?

-¡Qué! Vea usted. Voy a contarle una cosa. La otra noche me encontró que venía de lo de Agustina con un mozo. Me vio, y atravesó a la vereda de enfrente. Yo, que lo conocí en el acto, ¿qué le parece a usted que hice?

-Lo llamaría usted.

-¡Qué! Nada. Me hice la que no lo había visto. Empecé a caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que me había enchancletado. Pero, nada; siempre doblando calles; Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente. Yo conocía que venía ardiendo, y dale; a propósito lo hacía: hablaba despacio, me paraba de cuando en cuando, me reía de repente, hasta que al fin, llegamos a casa, después de haber andado más de una hora con Rivera por detrás. Allí fue la buena; gritó hasta más no poder; pero, al cabo, tuvo que venirse a las buenas; se hincó, me besó la mano, y después...

-Y después quedarían las paces hechas, como entre dos buenos esposos -la dijo Daniel interrumpiéndola, y persuadido ya de que lo mejor era sacar un alegre partido de la conversación con aquella original criatura.

La más original, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caracteres tienen alguna novedad; la más original pero la menos ofensiva, y la de mejor corazón. Con ese

Librodot

apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningún hombre ha dejado, más o menos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

-Y después quedarían las paces hechas, como entre dos buenos esposos -había dicho Daniel.

-¡Qué, no! Después se fue a acostar a su cuarto.

-¡Ah! ¿Tienen ustedes cuarto aparte?

-Hace más de dos años.

-¿Sí?

-Y es por eso que lo hago rabiar. Yo paso unas soledades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas. Tengo una imaginación volcánica, y no he encontrado todavía quien me comprenda.

-Pero, señora ¿y su marido de usted?

-¿Mi marido?

-Pues, el señor Rivera.

-¡Marido, marido! ¿Pero hay cosa más insoportable que un marido?

-¿Es posible?

-No hay nada más prosaico.

-¡Ah!

-Más material.

-¿Sí?

-Jamás la comprenden a una.

-¡Pues!

-Además, Rivera es tonto.

-¿También?

-Pues, como todo hombre de ciencia.

-Así es.

-¡Oh, si fuera un poeta, un artista, un joven de pasiones ardientes!

-¡Ah, entonces!

-¡Ah! Yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo, que tengo un corazón volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

-Cierto, es una desgracia ser como usted es, Mercedes.

-Así se lo digo todos los días en su cara.

-¿A quién?

-A Rivera, pues.

-¡Ah!

-Se lo digo, sí, y a gritos.

-¿Lo que me ha dicho usted a mí?

-Y mucho más.

-¿Y él qué le dice a usted, señora?

-Nada. ¿Que ha de decirme?

-¿Y no le hace a usted algo?

-¡Qué! Si no puede hacer nada.

-¡Es muy bueno ese señor Rivera!

-Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginación ardiente, un hombre de talento. ¡Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos!

-¡Santa Bárbara, señora!

-Sí, que nos enloqueciésemos, que estuviésemos juntos todo el día, que...

-¿Qué más, señora?

-Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase, y allí compusiéramos versos, y leyésemos juntos todas mis obras.

-¿Ah, es usted autora?

-¡Pues no!

-Superior.

-Estoy escribiendo mis memorias.

-Magnífico.

-Desde antes de nacer.

-¡Cómo! ¿Escribía usted sus obras antes de nacer?

-No; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me refirió que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre, hasta el extremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo, y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasión por que no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajón de la cómoda lleno de cartas y rulos de pelo.

-¿Y el señor Rivera no anda por ese lado?

-¡Toma! Cuando lo quiero hacer rabiar, y él está viendo la calavera...

-¿Qué?

-Sí, pues, hombre. Una calavera vieja que tiene en su cuarto, y en la que se pone a estudiar no sé qué cosas.

-¡Ah!

-Pues, como le decía: cuando lo siento en su cuarto, ¿sabe lo que hago?

-Vamos a ver.

-Entreabro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y empiezo a sacar las cartas y a leer en el primer renglón de cada una:

Mi querida Mercedes.
Idolo de mi vida
Mi adorada Merceditas.
Merceditas de todo mi corazón.
Incomparable Mercedes.
Merceditas, luz de mis ojos.
Mi Mercedes, estrella de mi vida.
Rubiecita de toda mi alma.

Y, en fin, un millón de cartas, de cuando era soltera, que sería nunca acabar si las dijera.

-¿Y hasta qué época ha llegado usted en sus memorias?

-Ayer he empezado a describir el día en que salí de cuidado por primera vez.

-¡Importante capítulo!

-Es una de las curiosidades de mi vida.

-Pero, señora, eso es muy común.

-¡Qué! Si fue una cosa asombrosa. Imagínese usted que salí de cuidado haciendo versos y sin conocer el trance en que estaba.

-¡Admirable constitución!

-Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

-¿Quién, el niño?

-No, la obra, pues: las memorias.

-¡Ah!

-Sólo este zonzo de Rivera no les quiere dar mérito.

-Será un hombre frío.

-¡Como la nieve!

-Material.

-¡Como una piedra!

-Sin espíritu.

-¡Por supuesto!

-Prosaico.

-¡Ni leer sabe los versos siquiera!

-Un hombre sin corazón.

-¡Diga usted que es un tonto, y lo ha dicho todo!

-Pues bien, diré con el debido permiso de usted, que su marido es un tonto.

-Eso es. Pero mire usted, asimismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo va al mercado, y se viene con cuanto sabe que a mí me gusta. Me recuerda dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Después, si el pobre se enoja alguna vez, se viene a las buenas.

-Es una excelente condición.

-No tiene más, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo necesito un hombre frenético, un joven de talento, varonil, que no me deje un solo instante.

-Señora, vamos que ya estamos cerca -dijo Daniel, viendo que su compañera acortaba cada vez más el paso.

-Sí, vamos. Le voy a leer a usted algo de mis memorias.

-Perdón, señora, pero...

-No hay pero que valga.

-Ya es muy tarde, señora.

-No, no, si no ha de haber venido Rivera todavía.

-Dispense usted, Merceditas; me es imposible.

-Sí, sí, ha de entrar.

En este momento llegaron a la puerta de la casa.

-Otro día.

-No, ahora.

-Me esperan en casa.

-¿Es alguna cita?

-No, señora.

-¿No es mujer?

-No, señora.

-Júremelo.

-Doy a usted mi palabra.

-Entonces, entre.

-No puedo, lo repito, señora, no puedo.

-¡Ingrato!

Daniel dio una docena de furiosos golpes con el llamador, a fin de que vinieran cuanto antes a sacarlo del trance en que se hallaba.

-¡Pero qué! ¿De veras no entra? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?

-Otro día, señora.

-Bien, pero ese día será mañana.

-Haré lo posible.

-Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos a comérnoslo.

-¡Señora, si yo no ceno nunca!

-¡Entonces, mañana!

-Puede ser.

-Bien; voy a tener listos los capítulos más interesantes de mis memorias.

-Buenas noches, Merceditas.

-Hasta mañana -contestó ella.

Y Daniel echóse, no a andar, sino a correr, luego que se cerró la puerta, y quedó en su casa la hermana de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavía fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el mas romántico posible, sirviéndonos de una expresión de aquella época, usada para definir todo lo que salía del orden natural de las cosas. Y mientras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos menos de pasar con el lector, a ciertos días anteriores a éste, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

Librodot

XII. El despertar del cura Gaete

Aquel día tan fatal para don Cándido Rodríguez, en que vio frustrada su tentativa de embarque clandestino, y en el momento en que se acercaba a la casa de Daniel, destilando agua todavía de sus empapadas botas y calzones, su discípulo acompañaba hasta la puerta de la casa al presidente de la Sociedad Popular Restauradora que había venido en solicitud de una representación federal que la Sociedad debía dirigir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo sus vidas, honor y fama, durante la espantosa crisis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos unitarios. Representación que le fue ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo don Jenaro, que retribuía con leñazos el respetable nombre de Salomón, con que querían honrarlo los muchachos; la representación le debía ser enviada al siguiente día.

Y lleno de seguridad de que su nombre, después que firmase ese memorable documento, pasaría de generación en generación, a recibir los aplausos de la más remota posteridad, se despedía de su joven amigo, decidido a darle también honor, vida y haberes, como modelo que era del más acendrado federalismo. Y se despedía de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado.

-¡Daniel! -exclamó don Cándido tomando del brazo a su discípulo.

-Entremos, mi querido maestro.

-No, salgamos -le contestó queriendo retenerlo en el zaguán. Pero Daniel lo tomó del brazo y muy amablemente lo introdujo a la sala.

-¡Daniel!

-¿Sabe usted, señor, que me asusta la entonación de su voz y el modo de mirarme?

-¡Daniel! Estamos perdidos.

-No todavía.

-Pero nos perdemos.

-Es posible.

-¿Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

-Puede ser.

-¿Y sabes lo que hay?

-No.

-¿Pero no te lo dice la conciencia?

-No.

-¡Daniel!

-Señor, yo estoy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted a quitármelo.

-¿De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mía, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

-Lo que me pone de mal humor no es eso, porque ya lo sé, sino el que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que va a emplear media hora de circunloquios ¿no es verdad?

-No, oye.

-Oigo.

-Seré rápido, violento, súbito en mi discurso.

-Adelante.

-Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora gobernador delegado.

-Estoy.

-Voy todas las mañanas y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece únicamente a la edad juvenil, o más propiamente dicho, a los treinta años, pues que antes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y después, la vista está muy débil y poco flexibles los dedos; efecto es todo esto de

la sangre que, según dicen, corre con más o menos celeridad, según los años en que está el hombre, y según la salud, aunque en mi opinión...

-¡Santa Bárbara bendita! Me va usted a hacer una disertación.

-Retrogrado.

-Bien.

-Me circunscribiré.

-Mejor.

-Esta mañana, pues... -y don Cándido hizo a Daniel la relación de cuanto le había ocurrido en lo de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena media hora en unos doscientos adjetivos y un buen par de docenas de episodios. Daniel oía, meditaba y formaba su plan con aquella rapidez de percepción y de cálculo que le conocemos.

-¿Conque se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo? -preguntó a don Cándido con los ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

-Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante; después se irritó y...

-¿Y miraría sucesivamente al señor don Felipe y a usted durante esa perplejidad de que usted habla?

-Sí, puso una cara que me parecía un loco.

-(Dudaba... Es criminal y es ignorante, luego es susceptible a la superstición.)

-¿Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

-Nada, estoy sonámbulo.

-¿Y no es terrible?...

-¿Doña Marcelina le ha dicho a usted que el cura Gaete quedaba durmiendo la siesta?

-Sí.

-¿Qué hora sería?

-De las tres y media a las cuatro.

-Son las cinco y cuarto -dijo Daniel, mirando el reloj.

-Y que había comido con las sobrinas de doña Marcelina.

-Entonces ha bebido mucho -continuó Daniel, como para sí mismo.

-Y bien ¿qué dices? ¿Qué hacemos?

-Salir y andar de prisa -dijo Daniel, levantándose y pasando a su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió a la sala y dijo a don Cándido:

-Vamos, señor.

-¿Adónde?

-A salvarnos de la persecución de Gaete, porque éstos no son momentos de vivir con gente a las espaldas.

-Pero ¿adónde vamos? ¿Corremos acaso algún peligro?

-Vamos, señor, o, de lo contrario, esta noche o mañana tiene usted que habérselas con el cura Gaete y dos o tres de sus amigos.

-¡Daniel!

-¡Fermín! Cierra; si alguien viene, que estoy ocupado.

Y Daniel, después de dar esta orden a su fiel criado, se embozó en su capa y, con don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hacia Barracas, luego hacia el este, después de andar algunas cuadras, y fue a salir a la plaza de la Residencia, en los momentos en que el sol se ponía.

-Daniel -dijo don Cándido, con tono melancólico y voz trémula-, nos aproximamos a la calle de Cochabamba.

-Justamente.

-Pero ¿y si nos ven de la casa de esa mujer estrafalaria que habla con todas las tragedias en la boca?

-Mejor entonces.

-¿Qué es lo que dices?

-Que vamos a esa casa.

-¿Yo?

-Usted y yo.

-No, no dirá la historia que allí murió don Cándido Rodríguez.

Y nuestro amigo dio un golpe con su caña de la India en el suelo, y girando luego media vuelta a la derecha, se disponía a volver por el camino que había andado.

Daniel, sin desembozarse, lo tomó del brazo fuertemente, y le dijo:

-Si usted vuelve, Gaete estará con usted esta noche; si usted escapa de Gaete, mañana lo mandarán a usted a Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvado entonces.

-¡Pero tú eres el diablo, Daniel! -dijo don Cándido, abriendo tamaños ojos y mirando a su discípulo.

-Puede ser. Vamos.

-¿Yo?

-Vamos -repitió Daniel, sacudiendo el brazo de don Cándido, y clavando con sus brillantes ojos rayos tan fijos y tan firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como a un golpe galvánico, aquella masa, inerte en su albedrío, siguió al joven sin responder una palabra.

A pocos minutos de marcha, Daniel y su compañero llegaron a la puerta de doña Marcelina en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenía abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veía a nadie; la calle estaba solísima.

El joven tomó la hoja de la puerta y la cerró quedando él y don Cándido en la calle. Después de cerrada, tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió a llamar un poco más fuerte y entonces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria mansión.

La puerta entreabrióse, y doña Marcelina, toda desprendida, y en desorden sus espesos y renegridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara, en quien la expresión de la sorpresa puso su sello al ver los huéspedes que acababan de tocar sobre las puertas de su edén.

Pero la inspiración dramática no se cortaba jamás en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicación de un verso de la "Argia":

-Solo, sin armas.

¿Qué pretendéis hacer? Volved al campo.

-¿Se ha despertado Gaete? -preguntó Daniel.

Sus miembros fatigados
Gozan del sueño la quietud sabrosa

-respondió doña Marcelina.

-Adelante, pues -dijo Daniel, empujando suavemente a doña Marcelina, y arrastrando a don Cándido en los momentos en que pasaba por su mente la idea de tomar la carrera.

-¿Qué hacéis, temerario? -exclamó doña Marcelina.

-Cerrar la puerta.

Y en efecto corrió el cerrojo de ella.

La fisonomía de Daniel tenía en aquel momento la expresión de una resolución vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creía llegada su última hora, y una especie de cristiana resignación empezaba a inundar su alma.

-¿Cuál de las sobrinas de usted están en casa?

-Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

-¿Dónde está Gertrudis?

-Está peinándose en la cocina, porque el fraile está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

-Bien. Usted es una mujer de talento, doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginación alcanzará todo el cuadro que se va a desenvolver a sus ojos, o más bien a sus oídos, porque usted oirá todo desde la sala.

-¿Pero habrá sangre?

-No, usted me dará su opinión después, como literata. Quiero en el zaguán hablar con Gertruditas, cuando me disponga a salir.

-Bien.

-Traigo algo para ella y para usted.

-¿Pero dónde va usted a entrar?

-A ver a Gaete.

-¿A Gaete?

-Silencio.

Y Daniel tomó de la mano a don Cándido y entró a la sala, mientras doña Marcelina se fue a hablar a su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero a la débil claridad de la luz crepuscular que entraba por la rendija de un postigo, el joven se acercó a éste, lo abrió y pudo entonces elegir el objeto que deseaba; éste no era otro que la inmensa colcha de zaraza del enorme "lecho" de doña Marcelina, en que acababa de estar "reclinada".

Daniel tomó la colcha, dio una punta a don Cándido y le hizo señas de que la torciera a la derecha mientras él lo hacía a la izquierda.

Don Cándido creyó con toda buena fe que se trataba de ahorcar al reverendo cura y, a pesar de todo el peligro que corría viviendo su enemigo, la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel, que adivinaba y estaba en todo, se sonrió, y tomando la colcha ya torcida, miró a don Cándido y puso su dedo índice sobre los labios. En seguida acercóse a la puerta del aposento, y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salía el aire pulmonar por la entreabierta boca del cura Gaete, lo convenció de que allí se podía entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró, en efecto, con Don Cándido pegado a su levita.

Entreabrió uno de los postigos que daban al patio, y a la débil claridad de la tarde distinguió al cura de la Piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando a pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio a la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas a don Cándido de pasar a sentarse en ella, y luego que vio que su maestro había obedecido maquinalmente, como estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dio a don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por debajo del catre. Obedeció don Cándido, y en diez segundos Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la Federación; atado por la mitad del pecho contra el catre, pero de tal modo, que las puntas del nudo venían a quedar del lado en que el joven iba a sentarse.

Hecha esta operación, se acercó a la ventana y dejó apenas la suficiente luz para que los ojos que iban a abrirse distinguiesen los objetos; dio en seguida una de sus pistolas a don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oído que repitiera sus palabras cuando le hiciese señas, y se sentó.

Gaete roncaba estrepitosamente, cuando Daniel exclamó con una voz sonora y hueca:

-¡Señor cura de la Piedad!

Gaete dejó de roncar.

-¡Señor cura de la Piedad!

Gaete abrió con dificultad sus abotagados ojos, dio vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver a Daniel, sus párpados se dilataron; una expresión de terror cubrió su rostro, y a tiempo de querer levantar la cabeza, exclamó don Cándido del otro lado:

-¡Señor cura de la Piedad!

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre al dar vuelta hacia el lugar de donde salía esa nueva voz y encontrarse con la cara de don Cándido Rodríguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha a izquierda; y, como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo el movimiento de incorporarse, sin precipitación, como dudando, pero la banda que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo: a tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y don Cándido, a una señal del joven, puso la suya sobre la sien derecha; sin hacer un gesto, sin moverse cada uno de su posición.

El fraile cerró los ojos, y una palidez mortal cubrió su frente.

Daniel y don Cándido retiraron las pistolas.

-Señor cura Gaete -dijo el joven-, usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, a nombre de la justicia divina, vamos a castigar al que ha cometido tamaño crimen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una entonación y énfasis a que él quería dar todos los visos de sobrenaturales.

Un sudor abundante y frío empezó a correr por las sienes del cura Gaete.

-Usted ha jurado asesinar a dos personas que se nos parecen; y antes de que usted cometa ese nuevo crimen, vamos a mandarlo a los infiernos. ¿Es verdad que usted ha hecho la intención de asesinar a esos dos individuos, juntándose con tres o cuatro de sus amigos?

El cura no respondía.

-¡Responda usted!

-¡Responda usted! -dijeron Daniel y don Cándido, poniendo otra vez la boca de sus pistolas sobre las sienes del fraile.

-Sí; pero yo juro por Dios...

-¡Silencio! No nombre usted a Dios -dijo Daniel, cortando la voz trémula y hueca del espantado cura, cuyo semblante empezó a cubrirse de un color rojo, salpicándosele la frente de manchas amoratadas.

-¡Apóstata, renegado, impío, tu hora ha llegado; mi poderosa mano va a descargar el golpe! -exclamó don Cándido, que habiendo comprendido que ya no había peligro, quería portarse como un héroe.

-¿De dónde iba usted a sacar los compañeros con que pensaba cometer ese crimen? -preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

-¡Responded! -gritó don Cándido con una voz sonora.

-¡Responded! -gritó Daniel al mismo tiempo.

-Iba a pedírselos a Salomón -contestó el cura sin abrir los ojos y con una voz cada vez más trémula.

Su respiración empezaba a hacerse difícil.

-¿Qué pretexto iba usted a darle?

El fraile no respondió.

-Hable usted.

-Hable usted -repitió don Cándido, poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

-¡Por Dios! -exclamó queriendo incorporarse, y volviendo a caer sobre la almohada.

-¿Tiene usted miedo?

-Sí.

-Pues usted va a morir -dijo don Cándido.

Un rugido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre; su sangre empezaba a afluir copiosamente a su cerebro.

-Usted no morirá si se convence de que jamás se ha encontrado en esta casa con las personas a quienes quiere perseguir -dijo Daniel.

-Pero ¿y ustedes quiénes son? -preguntó el cura abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno a otro lado la cabeza.

-Nadie.

-Nadie -repitieron maestro y discípulo.

-Nadie -exclamó Gaete volviendo a cerrar los ojos y sufriendo un golpe de convulsión en todos sus miembros.

-¿No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le pasa ahora mismo?

Gaete no respondió.

-Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el día mismo en que intente hacer el menor daño a las personas que cree estar viendo.

-Sí -exclamó don Cándido-, estáis sonámbulo y moriréis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el día que penséis siquiera en las respetables personas a quienes teníais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apenas entreoía. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó a Daniel que un accidente apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entonces el nudo de la colcha que le oprimía el pecho, hizo una seña a don Cándido y ambos salieron en puntas de pie: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas habían oído todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

-Doña Marcelina -le dijo Daniel en el zaguán-, su talento de usted es suficiente para adivinar cómo debe continuarse esta escena.

-Sí, sí; el sueño de Orestes, o el de Dido con Siqueo.

-Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada más.

-Gertruditas, esto es para usted -continuó Daniel, poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tía, que lo tomó no sin oprimir ligeramente aquella mano de que tan a menudo recibía obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningún favor a los animados ojos de las cuatro sobrinas huérfanas y abandonadas en el mundo, como decía su respetable tía, en cuyas manos puso el joven otro billete del mismo valor, saliendo enseguida a la calle de Cochabamba.

Cuatro horas después de esta escena el cura Gaete tenía rapada a navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro docenas de sanguijuelas que se entretenían en chuparle la sangre tras de las orejas y en las sienes; y cuatro días después el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Cordero, no respondían aún de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecución que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al presidente Salomón su portentosa representación, advirtiéndole que había pasado toda la tarde ocupado en su importante redacción.

Librodot

XIII. La casa sola

Siguiendo el camino del Bajo, que conduce de Buenos Aires a San Isidro, se encuentra, como a tres leguas de la ciudad, el paraje llamado Los Olivos, y también cuarenta o cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dio el suyo a ese lugar, en donde más de una vez acamparon en los años de 1819 y 20 los ejércitos de mil a dos mil hombres que venían a echar a los gobiernos, para, al otro día ser echados a su vez los que ellos colocaban.

Los Olivos, sobre una pequeña eminencia a la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso río, la dilatada costa, y las altas barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba más la atención en 1840, era una pequeña, derruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca que da al río, a la derecha del camino, propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entonces por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la "Casa sola".

Abandonada después de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del sudoeste, que habían soplado tanto en el invierno de 1840, habrían casi completado su destrucción, si de improviso y en el espacio de tres días no hubieran reparádola, héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin mínima compostura en todo su exterior.

¿Quién dirigía la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba a habitar esa casa? Nadie lo sabía ni lo interrogaba en momentos en que, federales y unitarios, todos tenían que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho fue que las paredes antes derruidas quedaron en tres días primorosamente empapeladas, asegurados los tirantes, allanado el piso, nuevas las cerraduras de las puertas, y puestos los vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansión que todo el mundo conocía por el nombre de la "Casa sola", habitada poco antes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornisas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pie de la barranca en que se levantaba se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran río, confundiendo su salvaje rumor con el que hacían los viejos olivares mecidos por el viento, y apenas a tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ésta, decíamos, se veía ahora el sello de la habitación humana; y lo que es más, de la habitación humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencillas, pero elegantemente amuebladas, y al áspero grito de la lechuza había sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubría una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflejaban la luz de una pequeña pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del fondo de las aguas, y por la mano de Dios, y presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pie de la tierra viajera de la noche, atravesaba el río, y parecía, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento y una brisa sutil y perfumada en los jardines de nuestro Paraná pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las sílfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina, pero tenue de nuestros astros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diafanidad y calma en la Naturaleza, allí, a orillas de ese río, testigo tantas veces, y en ese instante, de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrían muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parece que el invierno había plegado sus nevosas y agostadoras alas; y en la brisa del norte se respiraba un aliento primaveral .

Al pie de la barranca, que declinaba suavemente hasta la orilla del río, parada sobre un pequeño médano, a pocos pasos del linde de las olas, una mujer contemplaba extática la aparición de la redonda luna saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venía a quebrar sus últimos anillos junto aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto a derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pie, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arrulla al genio del espacio, cuando duerme quieto sobre su lecho de olas.

Los ojos de esa mujer tenían un brillo astral, y su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, agitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor del aire cuando el sol la toca; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta que, lejos de esas horas primeras de la noche, habría parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y trasparentes como el mármol de Carrara, entre los estambres dorados del Oriente.

Su talle, ceñido por un jubón de terciopelo negro, parecía sufrir con la resistencia a las ligeras corrientes de la brisa, y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido oscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecían querer levantar en su nube aquella diosa solitaria de aquel desierto y amoroso río.

Esa mujer era Amalia. Amalia, en quien su organización impresionable y su imaginación poética estaban subyugadas por el atrayente imperio de la Naturaleza, en ese momento y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre, salpicado el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecían sostener engarzada la trasparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habían huido bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la joven sufriendo uno de esos delirios deleitables que oía y veía con su espíritu lejos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenación celeste.

Ella no veía ni oía con los sentidos, y el leve rumor que de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella, no le hicieron volver su bellísima cabeza del globo argentino que contemplaba en éxtasis.

Un hombre había descendido de la barranca. Sus pasos precipitados al principio, se moderaron luego, a medida que fue aproximándose a la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplación religiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando, a dos pasos de Amalia, cruzó sus brazos sobre el pecho y se puso a admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traición de repente a su secreto, y volviendo súbitamente la cabeza, la joven dejó escapar una exclamación de sus labios, a tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombre era Eduardo.

-¡Amalia!

-¡Eduardo!

Fueron las primeras palabras que exclamaron.

-¡Angel de mi alma, cuán bella estás así! -dijo el joven, continuando de rodillas a los pies de su amada, mientras sus manos oprimían su cintura, y sus ojos se extasiaban en la contemplación de su belleza.

-Pensaba en ti -dijo Amalia, poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

-¿Cierto?

Librodot

-Sí; pensaba en ti; te veía, pero no aquí, no en la tierra; te veía a mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire; te veía en uno de esos instantes de éxtasis en que una fuerza sobrenatural parece desprenderme de la tierra.

-¡Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma! -dijo Eduardo, sentándose en el declive del pequeño médano y colocando a Amalia al lado suyo, su pie casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

-Tú no eres de la tierra -continuó-. ¿No ves qué majestad, cuánta belleza sobre el pálido rostro de la luna? Pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz que se diría que se difunde bajo la bóveda del cielo? Pues más bella es la luz de tus miradas, más tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. ¡Oh! ¡Por qué no puedo remontarme contigo al más espléndido de esos astros, y allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del universo! ¡Ah, cuánto te amo, Amalia, cuánto te amo! Con mis manos yo querría cubrir la delicada flor de tu existencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza, y con el aliento abrasado de mi pecho yo quisiera ausentar el invierno de tu lado...

-¡Eduardo! ¡Eduardo!

-¡Cuán bella estás, Amalia!

Y Eduardo echaba a la espalda los rizos de su amada para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

-Eres feliz, Eduardo, ¿no es verdad?

-Luz de mi vida, yo no envidio a tu lado la existencia inefable de los ángeles... Mira: ¿ves aquel astro, el más brillante que tiene el firmamento? ¿Lo ves? Ese es el nuestro, Amalia; ésa la estrella de nuestra felicidad; ella irradia y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad a nuestros propios ojos, como tu belleza irradia y brilla y resplandece en mi alma.

-¡No, no!...

-¡Amalia!

-¡No; es aquélla! -dijo la joven, extendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecía pronta a sumergirse en el confín del río. Después, su espléndida cabeza se inclinó sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

-¡Eduardo, Eduardo! -exclamó la joven con sus ojos fijos en las estrellas.

-Vivo para ti, Amalia.

-Tú me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

-Yo no envidio a tu lado la existencia inefable de los serafines, Amalia.

-Yo he conocido a tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

-Vivir para ti, Amalia.

-Respirar siempre, siempre, un perfume de felicidad como ésta que nos embriaga.

-Beber tu risa.

-¡Oh! Soy feliz; sí, feliz.

-Oír siempre de tus labios una palabra de cariño... Amalia, la esplendidez del día, la melancólica hermosura de la noche, el Universo entero desaparece a mis ojos cuando tu imagen me preocupa; y como tu imagen está fija y grabada sobre mi alma, sólo Dios y tú existís para mi corazón... tú me amas ¿no es verdad? ¿Tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

-Sí.

-¿Cualquiera que él sea?

-Sí, sí, cualquiera.

-¡Ángel de mi alma!

-Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

-¡Amalia!

-Si eres desgraciado, yo compartiré tus pesares; y...

-¿Y...? acaba.

-Y si el destino adverso que te persigue te condujera a la muerte, el golpe que cortase tu vida, haría volar mi espíritu en tu busca...

Eduardo estrechó contra su corazón a aquella generosa criatura; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada por rapto de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio como el eco de un cañonazo en un país montañoso.

La superstición es la compañera inseparable de los espíritus poéticos, y aquellos dos jóvenes, en ese momento embriagados de felicidad, se asieron de las manos y miráronse por algunos segundos con una expresión indefinible. Amalia al fin bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

-No -le dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresión-. No... esto habría sucedido de todos modos... es efecto del calor extemporáneo que hemos tenido en este día de invierno; nada más, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la joven, y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó:

-La tempestad está muy lejos, Amalia. Y entretanto, un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la frente de los dos. El universo es nuestro templo; y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y desde esos astros; Dios mismo que los sostiene con el imán de su mirada, y entre ellos el nuestro... sí... aquélla... aquélla debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra... ¿No la ves? Clara como tu alma; brillante como tus ojos, linda y graciosa como tú misma... ¿La ves, mi Amalia?

-No... aquélla -contestó la joven extendido su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecía próxima a sumergirse en las ondas del poderoso Plata, tranquilo como toda la Naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se agitan en derredor del talle de una hermosa, a los pies de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna; olas cuyo rumor se asemejaba al cerrar de un abanico cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

-¿Por qué me separas tus ojos, luz de mi alma? -le dijo Eduardo, después de un momento de silencio.

-Oh, no... Yo te miro... yo te miro en todas partes, Eduardo -respondióle la joven mirándolo con una sonrisa encantadora.

-Pero tú has cambiado, alma mía.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Te engañas, Eduardo, yo no cambio jamás.

-Esta vez, sí... Hace un momento que radiabas de felicidad y de amor... y ahora...

-¿Y ahora?

-El brillo de esa felicidad se ha anublado.

-Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

-¿Desconfías, acaso, de nuestra suerte?

-Sí.

-¿Por qué, mi Amalia, por qué?

-No sé... ¡qué quieres!... ¡Han empezado tan tristemente nuestros amores!

-Y qué nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro.

-¿Y cuál es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

-No importa, somos felices.

-¡Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre ti? ¡Oh! ¿Y sobre mí, porque yo vivo en ti?

-Pero pronto seremos felices para siempre.

-¡Quién sabe!

-¿Lo dudas?

-Sí.

-¿Por qué, mi Amalia?

-Aquí, aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero que yo interpreto tristemente -dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazón.

-¡Supersticiosa! -dijo Eduardo, tomando aquella mano que había estado sobre el corazón de su amada y llenándola de besos.

-¿No es singular -continuó la joven-, no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esa aparente tranquilidad de la Naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmación de mis palabras?

-¿Y por qué hemos de complicar a la Naturaleza con nuestra mala fortuna?

-No sé..., pero..., yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, descubriendo sus bellos y blanquísimos dientes. En seguida levantóse, y dijo a Eduardo:

-Vamos.

-No, todavía.

-Sí, vamos, es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad regia que acompañaba todas sus maneras, atrajo a Eduardo suavemente hasta ella. La mano del joven rodeó la cintura de la bien amada de su alma, mientras el brazo de ésta reposaba sobre el hombro; y asidos de ese modo, los dos amantes empezaron a ascender la barranca, paso a paso, hablando con los labios y con los ojos hasta que llegaron a la aislada y desierta "Casa sola".

XIV. Aparición

Según las órdenes de Amalia ninguna luz se veía en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, a excepción de las que daban al río, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

A su entrada a la pequeña sala, Luisa vino a recibir a su señora, y el viejo Pedro asomó su cabeza por una ventana interior para ver que volvía sin novedad la hija de su coronel.

-¿No ha venido Daniel?

-No, señora: nadie ha venido después del señor don Eduardo.

Pocos momentos hacía que la linda viuda y su gallardo amante conversaban, siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vigilaba el camino desde una ventana de su cuarto a oscuras, se asomó a la puerta de la sala, y dijo:

-Ahí vienen.

-¡Vienen! ¿Quiénes? -preguntó Amalia sobresaltada.

-El señor Don Daniel y Fermín.

-¡Ah! Bien, cuidado con los caballos.

-Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

-¡Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres! -dijo el joven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de su infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró a la sala de su prima, cubierto con un pequeño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra, sobre la que caían los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

-Los amantes no comen; y esta bobería es una felicidad para mí -dijo, haciendo desde la puerta una cortesía a su prima, otra a su amigo, y otra a la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

-Te esperábamos -dijo la joven sonriendo.

-¿A mí?

-Con usted se habla, señor don Daniel -dijo Eduardo.

-¡Ah! ¡Muchas gracias! Son ustedes las criaturas más amables del mundo. ¡Y cómo se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

-Así, así -le respondió Eduardo meneando la cabeza.

-¡Ya! Ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse... ¡Pedro!

-¿Qué quieres, loco? -dijo Amalia.

-La comida, Pedro -dijo Daniel, quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose a la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

-Pero ¡señor, eso es una impolítica! Se ha sentado usted a la mesa antes que esta señora.

-¡Ah! Yo soy federal, señor Belgrano; y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolución, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolución; platos de un color, fuentes de otro, vasos, sin copas de champaña; la lámpara casi a oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabían ya la aventura de Daniel, dieron libre curso a su risa y vinieron a sentarse a la mesa donde Pedro acababa de poner la comida, a las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romancesco y extraño.

-Y bien; antenoche te comprometiste con esa señora a hacerle ayer una visita y oír sus memorias. Según nos lo dijiste anoche, ayer faltaste a tu palabra de caballero, pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

-No, mi querida prima -dijo Daniel trinchando un ave.

-Has hecho mal.

-Puede ser; pero no iré a casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

-¿Qué? -preguntó Amalia frunciendo las cejas.

-¡Conmigo! -exclamó Eduardo.

-Pues no creo que haya aquí otro que se llame Eduardo.

-No pierda usted esa ocasión, señor Belgrano -dijo Amalia con ese tono y ese gestito que emplean las mujeres cuando quieren decir a su querido: Dios lo libre a usted de hacer tal cosa.

-Amalia, yo no he perdido el juicio todavía -le respondió Eduardo.

-A fe de Daniel que es una desgracia: yo no he conocido mucho juicio acompañado de mucha suerte.

-¡Ah! Ahora me explico tu excesiva fortuna -dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

-¡Cabal!, como dice el respetable presidente Salomón; y si Eduardo tuviera menos juicio, sabría aprovechar la poderosa protección que se le presenta en la difícil situación en que vive; es decir, haría una visita a la hermana del Restaurador de las Leyes; leería con ella sus memorias; comería con ella antes que Rivera; se encerraría con ella en la sala mientras Rivera comía, y después... y después ya no habría que temer de doña María Josefa, ni de nadie.

-Vamos, Eduardo, aproveche usted.

-Amalia ¿no conoce usted a Daniel?

-¡Quién sabe si él tiene motivos para hablar así!

-Eso es, prima mía, eso es: nunca se hacen propuestas sino cuando hay presunción de que serán aceptadas.

-¿Qué dice usted, Eduardo?

-Digo, Daniel, que me hagas el favor por todos los santos del cielo de mudar de conversación.

Amalia tenía una cara tan seria, y Eduardo había encapotado su mirada cuando habló a Daniel, que éste no pudo menos que soltar una estrepitosa carcajada que desarmó a los jóvenes haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

-¡Son impagables! -exclamó Daniel, riéndose todavía-; Florencia es menor que tú, Amalia; yo soy menor que Eduardo y, sin embargo, Florencia y yo tenemos más juicio que ustedes, sin comparación; apenas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para tener tres reconciliaciones.

-Pero, ¿la haces sufrir, entonces?

-Para hacerla gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable a la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazón; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana...

-No, no, gracias, Daniel, gracias -dijo Eduardo con tal viveza, que hizo sonreír de placer a aquella mujer querida, a quien quería ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

-Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

-Y bien, Daniel, hablemos de cosas serias.

-Lo que será un prodigio en esta casa.

-¿Has sabido algo de Barracas?

-Sí; todavía no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodigiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

-¿Ha cesado el espionaje?

-Hace tres noches que no va nadie, lo que también es raro entre los federales; yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo orden en que lo hemos dejado hace quince días. He hecho poner una nueva llave a la verja; y tus fieles negros que cuidan la quinta, duermen mucho de día para vigilar de noche; y si alguien va, se hacen los dormidos, pero ven y oyen, que es lo que yo quiero.

-¡Oh, mis viejos criados, yo los compensaré alguna vez!

-Ayer los mandó llamar doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirle sino lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran dónde te hallas.

-¡Oh, qué mujer, qué mujer, Eduardo!

-No, no es de ella de quien debemos vengarnos.

-Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

-¿Cuál? -preguntaron con prontitud.

-La situación pública. El ejército libertador está aún sobre la guardia de Luján, pero mañana, 1º de septiembre, seguirá sus marchas; Rosas no puede dar su atención sino a los grandes peligros, y nadie se atrevería a importunarlo con chismografía individual; la persecución que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es simplemente parcial, y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para eso; y la Mazorca, y todos los corifeos de la Federación no quieren tomar posición más determinativa hasta saber los resultados de la invasión. Así es que, desde el suceso del 23, no hemos tenido nada notable en los últimos quince días; pero esa desgracia fue ordenada por Rosas.

-¿Pero qué desgracia? -preguntó Amalia llena de inquietud.

-Es un hecho horrible, característico de Rosas.

-Dilo, dilo, Daniel.

-Oye: un Ramos cordobés, hombre pacífico, abstraído e insignificante en política, llegó a nuestro Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del sur. Su mujer dio a luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Ramos salió a la calle a hacer las diligencias para el entierro. Un comisario de policía le detuvo en aquélla, fue con él a casa de Ramos, donde sin consideración al estado de la familia, empezó el más minucioso e indecente rebusqueo, descerrajando muebles y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó a Ramos que lo siguiese; salió con él y su partida; lo sacó de la ciudad y lo condujo a San José de Flores. Entonces le hizo saber que iba a morir, y que "Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedía dos horas, para ponerse bien con Dios". Las dos horas pasaron y Ramos fue muerto a pistoletazos por la partida.

-¡Qué horror! -exclamó la joven cubriéndose los ojos con sus manos-. Pero ¿y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

-¿La mujer? Ha enloquecido, prima mía.

-¡Loca!

-Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas a su amigo de que mudase de conversación. Amalia se había puesto excesivamente pálida.

-Cuando hayamos pasado esta época terrible -continuó Daniel-, y vivamos juntos tú y Eduardo, mi Florencia y yo, entonces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado cerca de ti y que las ignoras. Es verdad que entonces seremos tan felices, que quizá no queramos hablar de desgracia ninguna. Vamos a beber por ese momento.

-Sí, sí.

-Sí, bebamos por nuestra dicha futura -contestaron Eduardo y Amalia, acompañando a Daniel con una copa de vino.

-Apenas lo has probado, Amalia, pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces, y hacemos bien; el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos a correr tres leguas por la costa de nuestro río.

-¡Dios mío! Esto me inquieta -exclamó Amalia-, a estas horas...

-Hasta ahora hemos salido bien, y bien saldremos en adelante -dijo Eduardo.

-¿Y si esa confianza fuera demasiada?

Librodot

-No, amiga mía, no. Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis u ocho hombres.

-¡Pero ustedes no son más que tres!

-Justamente, Amalia, y es porque somos tres que los mazorqueros necesitarían juntarse hasta el número de doce; cuatro por uno, entonces la cosa podría ser dudosa -le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó a inspirársela a su amada; pero esto fue momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, pero no quiere jamás que lo ponga a prueba, y Amalia le dijo prontamente:

-Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro ¿no es cierto?

-Sí, a menos que no se le ocurra a Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no soportar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaría dar con otra igual.

-Yo no uso armas misteriosas, caballero -le contestó Eduardo, sonriendo.

-Así será, pero son más eficaces; sobre todo más cómodas.

-¡Ah, ya sé! ¿Qué arma es ésa, Daniel, que usas tú y con que has hecho a veces tanto daño?

-Y tanto bien, podrías agregar, prima mía.

-Cierto, cierto, perdona; pero respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

-Espera, déjame acabar este dulce.

-No te dejo ir esta noche, sin que me digas lo que quiero.

-Casi estoy por ocultártelo entonces.

-¡Cargoso!

-Vaya, pues, ahí está el arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pie de largo y delgada en el centro, y en cuyos extremos había dos balas de hierro de seis onzas a lo menos cada una, cubierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que, tomada por una de las balas, se blandía sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro extremo, al más leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero, la separó de sus manos.

-¿La has visto ya, mi Amalia?

-Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

-Es mortal si se descarga sobre la cabeza o sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en inglés se llama life-preserver; en francés casse-têtе; y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del francés, que es el mas expresivo, porque quiere decir, como tú sabes, rompecabezas. En Inglaterra esta arma es muy común; en una provincia de Francia la usan también; y Napoleón la hacía llevar en varios regimientos de caballería. Para mí tiene dos méritos: el uno, haber salvado a Eduardo con ella; el otro, estar pronta para salvarlo otra vez si llega el caso.

-¡Oh, no llegará! ¿No es verdad que no se expondrá usted, Eduardo?

-No, no me expondré; yo temo demasiado el verme imposibilitado de volver a esta casa.

-Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

-¿A él?

-¡Toma! ¿Pues no lo sabes ya, mi querida prima? Nuestro respetable maestro de primeras letras no lo echó a empujones, pero lo echó a discursos. Mi Florencia le dio hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos días, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino día y medio; y, por último, yo no he querido tenerlo sino dos veces, y con esta noche son tres.

-Pero he estado una en mi casa -dijo Eduardo con cierto énfasis.

-Sí, señor, es bastante.

Amalia se esforzaba en reírse, pero sus ojos estaban bañados de lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj:

-Las once y media: es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

-¿El poncho y la espada de usted, Eduardo?

-Se los di a Luisa, creo que los ha llevado a una pieza interior.

Amalia pasó de la sala a la habitación contigua, y de ésta a otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apenas por la claridad de la luna que penetraba a través de los cristales de las ventanas que daban hacia el camino de arriba, que pasaba entre los olivos y la "Casa sola".

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia y, al mismo tiempo, sus precipitados pasos hacia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban a las habitaciones, cuando las manos de la joven los detuvieron en el dintel de la puerta de comunicación.

-¿Qué hay?

-¿Qué hay? -preguntaron los dos amigos.

-Nada... no salgan todavía... no salgan esta noche -les respondió Amalia excesivamente pálida y descompuesto su semblante.

-¡Por Dios, Amalia! ¿Qué hay? -le preguntó Daniel, con su impetuosidad natural, mientras Eduardo se esforzaba por entrar a las habitaciones oscuras, cuya puerta había cerrado Amalia, y parádose delante de ella.

-Yo lo diré, yo lo diré; pero no entren.

-¿Pero hay alguien en esas piezas?

-No, nadie hay en ellas.

-Pero, prima mía ¿por qué has dado ese grito, por qué estás pálida?

-He visto un hombre arrimado a la ventana del cuarto de Luisa que da hacia el camino; creí, al principio, que sería Pedro o Fermín; me aproximé para convencerme; y descubierta por ese hombre al acercarme a los vidrios, dio vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho y se alejó casi a carrera, pero, al separarse de la ventana, los rayos de la luna alumbraron su cara y lo conocí.

-¿Y quién era, Amalia? -preguntaron los dos jóvenes.

-¡Mariño! -exclamó Daniel, mientras Eduardo se torcía los dedos.

-Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y di un grito.

-Todo nuestro trabajo está perdido -exclamó Eduardo, paseándose precipitadamente por la sala.

-No hay duda, he sido seguido por él al salir de lo de Arana -dijo Daniel reflexionando.

En seguida el joven se asomó a la puerta que daba al río, y llamó a Pedro, que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

-Pedro, durante comíamos ¿dónde estaba Fermín?

-No se ha movido de la cocina después que guardamos los caballos en el cuarto caído.

-¿Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, o cerca de la casa?

-Nada, señor.

-Sin embargo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó las manos a sus canos bigotes y, fingiendo retorcerlos, se dio un fuerte tirón de ellos.

-Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vigilancia en adelante; llame usted a Fermín y, entretanto, ponga usted el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

-Fermín, necesito saber si hay hombres a caballo entre los olivos; y si no están ahí, quiero saber qué dirección acaban de tomar, y cuántos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermín se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, de donde se descubría el camino y los cuarenta o cincuenta árboles que aparecían a tres cuadras de la casa, como otros tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacía que estaban observando el camino en la dirección a los árboles cuando Amalia dijo:

-¿Pero por qué tarda en salir Fermín?

-Oh, está ya a muchas cuadras de nosotros, Amalia.

-Pero si no ha pasado, y sólo por aquí se va al camino.

-No, mi hija, no; Fermín es buen gaucho, y sabe que al animal que dispara no se le persigue de atrás; estoy seguro de que ha bajado la barranca, y que a tres o cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hacia los olivos por el camino de arriba... Allí está ¿lo ves?

En efecto, a dos cuadras de la "Casa sola", orillando el camino a la derecha y dejando un poco a la izquierda los olivos, se veía un hombre sobre un caballo oscuro que, a galope corto, seguía el camino; y un momento después se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituosas canciones de nuestros gauchos, todas diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Después se le vio parar el galope y tomar el trote hacia los olivos, siempre cantando. Perdióse luego entre los árboles, y pocos instantes después se le vio salir de ellos como una exhalación, repasando en un minuto el camino que había andado.

-Corren a Fermín, Daniel.

-No, Amalia.

-Pero mira, ya no se ve.

-Lo comprendo todo.

-Pero ¿qué comprendes? -preguntó Eduardo, que carecía de ese talento de observación que poseía Daniel, en tan alto grado, y que le había hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilización.

-Lo que comprendo es que Fermín no ha encontrado a nadie entre los olivos, que se ha bajado, que ha buscado algún rastro, que ha encontrado frescas indicaciones de caballos que acaban de tomar la dirección que él lleva, y que sigue por ella a convencerse de su presunción.

En seguida volvieron a la sala, y no haría diez minutos que estaban en la puerta de ella que daba hacia el río, cuando divisaron a Fermín, que venía volando por la playa. Subió la barranca a trote largo y vino a desmontarse delante de la puerta.

-Ahí van, señor -dijo con esa indolencia característica del gaucho.

-¿Cuántos?

-Tres.

-¿Por qué camino?

-Por el de arriba.

-¿Has distinguido los caballos?

-Sí, señor.

-¿Conoces alguno?

-Sí, señor.

-A ver.

Librodot

-El que iba delante es el picazo de galope trabado que monta el comandante Mariño.

Amalia miro sorprendida a Eduardo y a Daniel.

-Bien: baja los caballos a la orilla del río.

Fermín se retiró llevando el suyo de la brida.

-¡Pero qué!... ¿se van? -preguntó Amalia.

-Sin perder un momento -la respondió su primo.

-¿Y cómo la dejamos sola, Daniel?

-Fermín se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

-Yo debo acompañar esta noche al jefe de día, y tú dormirás en mi casa.

-¡Dios mío, nuevos trabajos! -exclamó Amalia, llevando sus manos a sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufría.

-Sí, nuevos trabajos, mi Amalia, ya esta casa no nos ofrece seguridad, será necesario buscar otra.

-Pero vamos pronto, Daniel -dijo Eduardo, con una impaciencia tan marcada y una expresión tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amaba creyó adivinar su pensamiento, y le asió la mano diciéndole:

-Por mí, Eduardo, por mí -con tal dulzura, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el león no fuera fascinado por la maga.

-Descansa en mí, mi Amalia -la dijo Daniel, imprimiendo un beso sobre su frente, como tenía de costumbre al despedirse de ella, de esa criatura tan bella, tan noble, generosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola al que vino a espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fue casi silenciosa: cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones: Amalia sufría por verlos partir; Eduardo, porque veía que cada momento ganaba terreno Mariño, y Daniel porque no podía volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro y por Eduardo en la ciudad.

Al pie de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermín recibió orden de permanecer cerca de Amalia hasta las seis de la mañana.

En seguida partieron a gran galope por el camino del Bajo, mientras Amalia los seguía con sus ojos, elevados al cielo cuando los hubo perdido de vista, buscando propiciar a la Divinidad con los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la Naturaleza, que pocas horas antes había escuchado la expresión de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro a cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.

Librodot

XV. El jefe de día

-Es inútil, Eduardo; vamos a reventar los caballos sin conseguir lo que deseas -decía Daniel, mientras que los caballos volaban.

-¿Y sabes lo que deseo?

-Sí.

-¿Qué?

-Alcanzar a Mariño.

-Sí.

-Pero no será.

-¿No?

-No lo conseguirás; y he ahí la razón porque me presto a tu capricho de que corramos como dos demonios por este camino, a riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

-Veremos si lo alcanzo.

-Nos lleva veinte minutos.

-No tanto.

-Y más.

-Al menos diez hemos reconquistado ya.

-¿Y si lo alcanzáramos?

-A Roma por todo.

-¿Qué?

-Que le busco pendencia y lo atravieso de una estocada.

-¡Magnífica idea!

-Si no es magnífica, a lo menos es terminante.

-¿Olvidas que son cuatro?

-Aunque sean cinco; pero son tres solamente: él y sus dos ordenanzas.

-Son cuatro: Mariño, dos ordenanzas, y yo.

-¿Tú?

-Yo.

-¿Tú contra mí?

-Contra ti.

-En horabuena.

Tal era el diálogo de los jóvenes mientras hacían volar sus poderosos corceles; y ya habían andado legua y media de las tres que tenían que recorrer, cuando Daniel, que empezaba a temer que a tal carrera saliera Eduardo con su loca idea, lo que era preciso evitar a todo trance, se aprovechó de la aparición de dos hombres a caballo que divisó hacia la derecha del camino, y que marchaban en la misma dirección que ellos.

-Ve ahí; allá van tres hombres, Eduardo... a nuestra derecha... como a dos cuadras... ¿los ves?

-Pero no son tres, son dos solamente.

-No; he visto tres... Es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó más, y dio vuelta su caballo en dirección a los jinetes que distaban como quinientos pasos. "Sesgaba", pues, el camino, perdía tiempo, y era cuanto quería Daniel, que siguió siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver a aquellos hombres que se venían sobre ellos a la carrera tendida, tiraron de las riendas a sus caballos, y esperaron lo que ocurriera.

Los jóvenes pararon sus caballos a cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los labios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habían hecho perder cuatro o seis minutos de marcha recta; y, sobre todo, al comprender que había sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver a tomar de nuevo la carrera, todo fue obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frío con que sabía clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenía la seguridad de que no alcanzarían a Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la Gaceta no era hombre de ir contemplando a la Naturaleza, sino de correr aprisa para dejar cuanto antes aquellos solitarios caminos; y ya casi sin temor ninguno, dejaba correr a Eduardo, persuadido de que no había otro inconveniente que el de dar una rodada, como lo había dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo, pero al fin los pobres animales no podían andar tres leguas a carrera tendida, y poco a poco fueron desobedeciendo a sus amos y perdiendo su fuerza.

Seguían, sin embargo, incitándolos, cuando el ¡quién vive! de un centinela llegó súbito al oído de los jóvenes; estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaban acuartelados el general Rolón, un piquete de caballería, y media compañía del batallón de la marina, que mandaba Maza, y que hacía la guardia del cuartel, pues que el batallón, como se sabe, había marchado el 16 de agosto para Santos Lugares.

-¡Gracias a Dios! ¡La patria! -contestó Daniel, parando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dio un fuerte tirón que al brusco y desigual movimiento del animal, casi saltó el jinete de la silla.

-¿Qué gente? -continuó el centinela.

-Federales netos -respondió Daniel.

-Pasen de largo.

Y ya volvía Eduardo a tomar el galope, cuando una ronca y vibrante voz les gritó:

-¡Alto!

Los jóvenes se pararon.

Una comitiva de diez jinetes descendía por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquéllos se adelantaron a reconocer los que venían por el camino del Bajo. Y examinándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó a ellos.

-Me debe usted un caballo, general -dijo Daniel, con ese tono de confianza que sabía tomar en los momentos más difíciles, y con el que desarmaba al más malicioso y perspicaz, luego que conoció al general Mansilla, que hacía esa noche el servicio de jefe de día.

-¿Usted por aquí, Bello? -contestó el general.

-Sí, señor; yo por aquí, después de haber andado más de una legua por la costa del río a ver si daba con usted, pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay más: me debe usted un caballo, pues que el mío ya no puede más después de lo que he corrido en su busca.

-Pero quedó usted en ir a casa a las once, y he salido a las once y cuarto.

-¿Entonces, yo tengo la culpa?

-Por supuesto.

-Bien, me confieso culpable, y no reclamo el caballo.

-¿Y hay novedad, general?

-Ninguna.

-Pero yo le he pedido a usted que quiero ver nuestros soldados en sus cuarteles.

-He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demás.

-¿Y se dirige usted ahora?

-Al fuerte.

-¡A que están dormidos!

-¡Toma! Alcaldes y jueces de paz ¡hágame usted el favor, qué soldados!

-Bien, general ¿qué camino va usted a llevar?

-El del Bajo, porque voy primero a la batería.

-Bien, nos encontraremos en la plazoleta del fuerte.

-Pero vamos juntos.

-No, general; voy a subir a la ciudad a acompañar a este amigo mío que pensó pasar la noche con nosotros, pero que se ha indispuesto.

-¡Toma! Si ustedes los mozos de ahora no sirven para maldita la cosa.

-Eso es lo mismo que yo le decía a usted esta mañana.

-No pueden pasar una mala noche.

-Ya usted lo ve.

-Bueno, vaya ligero, nos reuniremos en el fuerte; allí cenaremos.

-Hasta de aquí un momento, general.

-Ande pronto.

Eduardo hizo apenas un ligero saludo con la cabeza al general Mansilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos después, Daniel abría la puerta de su casa; entraba en ella con su amigo; y poco más tarde, volvía a salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo, en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos había en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el gran arco de la Recova, vio al jefe de día y su comitiva que subían a la plaza del 25 de Mayo; y volvieron a saludarse junto a los fosos de la fortaleza, donde entraron después de las formalidades militares.

La noche seguía hermosa y apacible; y en el gran patio del fuerte, y en los corredores de lo que fue en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad, con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos, y gran parte de la plana mayor; componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta a quinientos hombres.

Toda esa heterogénea guarnición de la fortaleza mandada esa noche por Mariño, según las disposiciones del general Pinedo, inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver a Daniel en compañía del general Mansilla, cuando lo creía en ese momento en la "Casa sola", a tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabía que Mariño estaba esa noche a cargo de la fortaleza, pero ninguna sorpresa manifestó su semblante; y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al jefe de día:

-Esto es servir, general: el señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

-Eso es cumplir los deberes, señor Bello -le contestó Mariño, sin volver todavía de su sorpresa.

-Y esto es vigilancia. Todo el mundo está aquí despierto -dijo el jefe de día.

-Lo que no hemos visto en parte alguna -agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginación de Mariño, pues que, si Daniel había andado acompañando al jefe de día, no podía ser él a quien había seguido de lejos hasta la "Casa sola", tres horas antes: y quizá no sería Amalia aquella mujer que dio un grito en un cuarto a oscuras de esa casa. Así Mariño se perdía en conjeturas; y mientras el general conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos a una de las habitaciones altas, donde había una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo menos de preguntar a Daniel, con esa indiscreción que acompaña siempre a los espíritus perturbados de improviso:

-¿Entonces usted no ha paseado esta noche solo a caballo?

-Un poco.

-¡Ah!

-Estuve hasta las siete en casa del señor gobernador delegado, y antes de ir a juntarme con el general Mansilla, di un paseo por esos lados del Retiro.

-¿Por el Retiro, en dirección a San Isidro?

-Pues, en dirección a San Isidro. Pero me acordé que tenía que hacer una diligencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo envidiando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer diligencias.

-¿Adelante de usted?

-Sí, en dirección a San Isidro, por el camino de arriba -contestó Daniel con una candidez tal, que Mariño acabó de perder la cabeza, empezando a convencerse de que él mismo se había burlado a sí mismo.

-¿Qué quiere usted? -continuó Daniel-, nosotros no tenemos un momento nuestro.

-Así es.

-¡Oh, y si yo tuviera el talento de usted, señor Mariño! ¡Si yo supiera escribir como usted sabe! Mis desvelos entonces podrían ser útiles a nuestra causa; pero ando de aquí para allá todo el día y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

-Cada uno hace lo que puede, señor Bello -contestó Mariño, en cuya alma, más torcida que sus ojos, ni la lisonja hacía impresiones.

-¡Cuándo estaremos en paz y veremos afianzados esos luminosos principios federales que usted propaga en la Gaceta!

-Cuando no haya ningún unitario, descubierto ni disfrazado -respondió el escritor federal.

-Eso es lo mismo que le decía yo esta tarde al señor gobernador delegado.

En ese momento un ayudante del jefe de día vino a llamar a Bello y a Mariño de parte de aquél.

Subieron.

Parados en derredor de una mesa, doce o catorce individuos tomaban una copa con el jefe de día. Pero ¡cosa rara! era la tercera o cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningún entusiasta brindis federal había resonado bajo las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los brindis a la libertad y a la patria. Mariño llegó a tiempo de beber con ellos, pero tampoco dijo una palabra.

-Vamos, Bello ¿qué toma usted? -dijo el general Mansilla.

-Nada, señor, nada de comer; pero beberé una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

-Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes -agregó Mansilla; y todos cuantos allí había bebieron su copa, pero en silencio.

-¡Comandante Mariño!

-Pronto, señor -contestó éste acercándose al general Mansilla, que le dijo, separado de los demás:

-Haga usted que toda esta gente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

-¿Hago levantar el puente?

-No hay para qué.

-¿Cree usted, general, que esta noche no haya novedad?

-Ninguna.

-¿Se retira usted ya?

-Sí; voy a visitar otros cuarteles, y me voy a dormir.

-Lleva usted un buen compañero.

-¿Quién?

-Bello.

-¡Ah, es una alhaja este muchacho!

-¿De qué, general?

Librodot

-No sé si es oro, o cobre dorado, pero brilla -dijo Mansilla, sonriendo, y dando la mano a Mariño.

En seguida bajaron por la gran escalera, y mientras Mansilla se reunía a su comitiva para montar a caballo, Daniel se acercó a Mariño y le dijo:

-Lo envidio a usted, comandante: yo quisiera tener también algún puesto donde poder distinguirme.

-¿Y sufriría usted por la Federación los desvelos que sufro yo?

-Todo: hasta las murmuraciones.

-¿Murmuraciones?

-Sí. Aquí mismo acabo de oír a algunos que criticaban algo de usted.

-¿De mí?

-Decían que no ha venido usted a la fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir a las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

-¿Y quién decía eso, señor Bello? -preguntó Mariño, con voz trémula de rabia.

-Eso no se dice, señor Mariño: se cuentan los milagros sin nombrar los santos; pero hablaban de ello y sería bien desagradable que esto llegase a oídos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

-Habladurías -dijo.

-Por supuesto. Habladurías.

-Sin embargo, no repita usted esto a nadie, señor Bello.

-Palabra de honor, señor Mariño; yo soy uno de los hombre que más admira el talento de usted, y que tengo especiales motivos para estarle a usted grato, por el servicio que quiso prestar a mi prima.

-¿Y su prima de usted está buena?

-Muy buena, gracias.

-¿La ha visto usted?

-Esta tarde he estado con ella.

-He oído que se ha mudado de Barracas.

-No. Ha venido a pasar unos días a la ciudad, pero se vuelve pronto.

-¿Ah, se vuelve?

-De un día a otro.

-Vamos, Bello -gritó el general Mansilla, ya de a caballo.

-Vamos, general; buenas noches, señor Mariño.

-Recomiendo a usted el olvido de estas habladurías, señor Bello.

-Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la fortaleza con el jefe de día, dejando a Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien a ese joven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios privados; a quien odiaba por instinto; y de quien no podía tomar una sola prueba, una sola indiscreción para perderlo.

Librodot

XVI. Continuación del anterior

La comitiva del jefe de día tomó por la calle de la Reconquista, que conducía al cuartel del coronel Ravelo.

No eran más que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues sólo veíase en ella el bulto de los serenos en sus respectivos puestos, prontos a marchar a la fortaleza para reunirse con su jefe, a la señal de alarma; pero nada más. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar expandimiento a su espíritu, ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer a los padres y a los hijos; y la simple acción de pasear las calles de Buenos Aires en la época del terror, después de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que había una gran seguridad federal en quien tal cosa hacía. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires comenzó a aprender hábitos femeniles, aconsejados por esa falta de seguridad personal que hacía buscar entre las paredes del domicilio la única garantía posible a los que temían a cada paso encontrarse con el puñal o el chicote de la Mazorca.

Ni siquiera el sueño venía siquiera en auxilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad. Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del momento que atravesaban, para poder encontrar en el sueño el olvido de la vigilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del jefe de día resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, o algún postigo de una habitación en tinieblas se entreabría para dar paso a una mirada inquieta y buscadora.

Un caballo a galope daba origen a imaginar un chasque que volaba a anunciar una traición, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya explicación no se podía encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo, o de tropel de gente armada.

Y para más de uno, la comitiva de Mansilla pareció acaso un escuadrón del general Lavalle que se había precipitado a la ciudad.

¿Era la causa política quien ponía a los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era más que esto: era la causa política y la causa individual quien los sujetaba a ese penoso modo de existencia, porque a las opiniones de la causa común ligado estaba para cada individuo el azar de su propio destino.

Los federalistas, por principio, sabían bien que no había que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venía campeando ni el jefe de la cruzada libertadora venía a consumar venganzas de opiniones políticas. Mas ellos sabían que el caudillo llamado federal los había precipitado a una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la política sino la justicia; y temían.

Los hombres pertenecientes al club de la Mazorca, manchados con cuanto género de crimen puede conducir al cadalso, comprendían bien que eran millares de familias las que tenían descargando sobre ellos el anatema justísimo a que se habían hecho acreedores, porque sus insultos individuales no podían traer sino venganzas y castigos individuales; y, a su vez, temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenían un deudo en el ejército libertador recordaban que era una cuestión de sangre la que se iba a resolver a sus ojos; y temían de los combates.

Los que no habían dado jamás pruebas prácticas de su entusiasmo federal, motivo suficiente para la clasificación de unitario, sufrían la inquietud consiguiente a la incertidumbre de los sucesos pendientes; y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el ejército libertador.

Y he ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases, complicadas en la actualidad por las opiniones o por las obras, por los parientes o por los

Librodot

amigos, toda entera estaba conmovida y pendiente su espíritu del más leve incidente que ocurría.

Daniel, que marchaba al lado de Mansilla, percibía a menudo el movimiento de las ventanas, o las sombras en las azoteas, y comprendía perfectamente cuanto acabamos de decir.

-Nuestra buena ciudad no duerme, general. ¿No nota usted que es cierto lo que le digo?

-Todos esperan, amigo mío -contestó el general Mansilla, de cuyos labios rara vez salía una palabra sin malicia, sin doble sentido, o sin sátira.

-¿Pero todos una misma cosa, general?

-Todos.

-¡Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mansilla dio vuelta y miró furtivamente a aquella "alhaja", como él decía, y luego contestó:

-Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

-Palabra de honor que no.

-Hay una admirable mancomunidad de deseos de que esto se acabe cuanto antes.

-¿Esto? ¿Y qué es esto, general?

Mansilla volvió a mirar a Daniel, porque la pregunta era una estocada a fondo sobre sus confianzas.

-La situación, quiero decir.

-¡Ah, la situación! Pero para usted no pasará nunca la situación política, general Mansilla.

-¿Cómo así?

-Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos y, sea en favor, sea en oposición al gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro país.

-¿Aunque entrasen los unitarios?

-Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

-Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero, en fin, nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra no escapó a Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil.

-Sí, él es digno de que ninguno lo abandonemos en este trance.

-No crea usted que es terrible, este hombre tiene mucha suerte.

-Es que representa la causa federal.

-Que es la mejor de todas ¿no es verdad? -dijo Mansilla, mirando a Daniel.

-Así lo he aprendido en las sesiones del Congreso constituyente.

Mansilla se mordió los labios: él había sido unitario en el Congreso; pero Daniel tenía tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien si aquellas palabras eran o no un sarcasmo.

Daniel continuó:

-Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse: solamente los federales podrán dar en tierra con el general Rosas.

-Parece que tuviera usted cincuenta años, señor Bello.

-Es que me fijo mucho en lo que oigo.

-¿Y qué es lo que usted oye?

-La popularidad de que gozan algunos federales; usted, por ejemplo, general.

-¿Yo?

-Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que lo unen al señor gobernador, éste vigilaría mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza y, sobre todo, su

talento y su valor. A pesar de que he oído que hablando de esto alguna vez, en 1835, dijo que usted no servía sino para revueltas de real y medio.

Mansilla acercó violentamente su caballo al de Daniel y le dijo con una voz nerviosa:

-Son propias de ese gaucho bruto esas palabras; pero ¿sabe usted por qué las ha dicho?

-Por broma, quizá, general -contestó Daniel, con la mayor sangre fría.

-Porque me tiene miedo -dijo Mansilla, apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas con aquella palabra que debía ser pronunciada bien claro, para poder ser Rey de España, según decían los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaración era propia del carácter de Mansilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscreción. Pero la situación era tan grave que no dejó de conocer pronto que se había avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder y creyó que lo mejor sería arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

-Yo sé que si pegase un grito tendría toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este orden de cosas en que vivimos.

-¿Sabe usted, general, que yo creo lo mismo? -le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida se le ocurriese tal idea.

-Y usted sería el primero en estar a mi lado.

-¿En una revolución?

-En... en cualquier cosa -dijo Mansilla, no atreviéndose a pronunciar aquella palabra.

-Me parece que tendría usted muchos que lo siguiesen.

-Pero ¿vendría usted? -preguntó Mansilla, insistiendo en arrancar alguna confidencia de aquel joven que acababa de ser depositario de una enorme indiscreción suya.

-¿Yo? Mire usted, general, yo no podría por una sencilla razón.

-¿Y cuál?

-Porque yo he jurado no asociarme a nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la Federación.

-¡Bah, bah, bah!

Y Mansilla separó su caballo, queriendo convencerse de que Daniel no era sino un muchacho parlanchín, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podía caber en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase:

-Además, general, yo tengo horror a la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decía esta tarde a Agustinita, cuando me pedía que le acompañase a usted esta noche.

-Así lo creo -contestó Mansilla, con sequedad.

-¡Qué quiere usted! Yo quiero ser tan buen porteño como el general Mansilla.

-¿Qué?

-Es decir, quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor había sido siempre el flaco de Mansilla, como su fuerte habían sido siempre las tramoyas políticas; y Daniel le empezó a dar en el clavo.

-Pero esos tiempos ya se pasaron -dijo Mansilla sonriendo.

-No para la crónica.

-¡Bah, la crónica! ¿Y qué sacamos con eso?

-Ni para la actualidad, si usted quiere.

-Eso no es cierto.

-Cierto. Hay mil unitarios que odian al general Mansilla de envidia por la mujer que tiene.

-¿Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda! -dijo Mansilla, casi parado en su caballo, y mirando a su compañero con un semblante lleno de satisfecha vanidad.

-Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismos unitarios, y me parece que si ha sido el último triunfo, ha valido por todos.

-Eso del último...

-Vamos, no quiero saber nada, general... Yo quiero mucho a Agustinita, y no quiero oír que usted le hace infidelidades.

-¡Ah, mi amigo! Si usted enoja y desenoja a las mujeres como a los hombres, usted tendrá en su vida más aventuras que yo.

-¡No entiendo, general! -le contestó Daniel, fingiendo la más perfecta sorpresa.

-Dejemos esto, ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habían llegado al cuartel donde dormían cien negros vicios a las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspección de ordenanza, siguieron luego a visitar el cuarto batallón de Patricios, a las órdenes de Jimeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero ¡cosa singular!, el champaña de la Federación parecía no "fermentar" ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salían sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas que tenían con el jefe de día los jefes a quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedía en todas partes y en todas las clases... Causa sin fe, sin conciencia, sin entusiasmo del corazón, que vacilaba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos.., sacerdotes sin religión, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel veía y estudiaba todo, y se decía a sí mismo a cada paso:

-Doscientos hombres solamente, y toda esta gente se la entregaba atada de pies y manos al general Lavalle.

Eran ya las tres de la mañana cuando el general Mansilla se dirigió a su casa, en la calle del Potosí.

Daniel lo acompañó hasta ella. Pero él no quería que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confidencias, y le dijo, al llegar a la casa:

-¡General, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

-¿Yo, señor Bello?

-Sí; conocedor de que toda nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé que el Restaurador no tiene mejor amigo que el general Mansilla; pero, felizmente, usted no ha visto en mí sino patriotismo federal. ¿No es cierto? -preguntó Daniel fingiendo la expresión más tímida del mundo.

-Cierto, cierto -le contestó Mansilla, apretándole la mano y sonriendo de aquel pobre y cándido "muchacho", como él lo clasificaba en ese momento.

-¿De manera que contaré con la protección de usted, general?

-Siempre, a todas horas, Bello.

-Bien, entonces hasta mañana.

-Hasta mañana, gracias por la compañía.

Y Daniel dio vuelta a su caballo, riéndose y diciendo para sí mismo:

"No hubiera dado un diablo por mi vida, mientras tú creyeses que yo tenía tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda: buenas noches, general Mansilla."

XVII. Patria, amor y amistad

Daniel entró a su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermín, y los otros criados nada sabían de las excursiones nocturnas de su señor; él despertó a uno, sin embargo, y le mandó que estuviese pronto para recibir sus órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró en sus habitaciones, alumbradas por una mustia lámpara, echó de menos el fuego de su chimenea, porque el frío de la madrugada empezaba a hacerse sentir con el rigor con que se mostró en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermín, y ningún otro criado podía entrar a las habitaciones de Daniel.

El joven encendió una bujía, y lo primero que hizo fue pasar al aposento en que dormía Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era agitado en aquella robusta organización, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, después de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá hiriendo su estimulada imaginación.

Contemplóle Daniel un largo rato; conoció que no hacía mucho tiempo que dormía, por lo poco que quedaba de la vela a cuya luz había estado leyendo un volumen de la Revolución Francesa. Vio en Eduardo la imagen palpitante y viva de la persecución y la desgracia que sufría la juventud de la República, y elevándose más su espíritu a medida que las ideas se sucedían en él, llegó a creer que tenía delante de sus ojos una personificación de la actualidad, en cuya suerte podría estudiar el destino de la generación a que pertenecía.

Pálido, ojeroso, abrumados su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó a su bufete y se echó en su sillón.

Pero, de repente, separando de sus sienes sus lacios y descompuestos cabellos, sentóse a su escritorio, y, tranquilo, con ese semblante sereno que se descubría en él cuando una alta idea lo preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó después con completa calma:

"Al señor Buchet Martigny, etc., etc.

"Buenos Aires, lº de septiembre de 1840.

"A las cuatro de la mañana.

"Muy señor mío: Están en mi poder sus cartas del 22 y 24 del pasado, y la última me ha confirmado la lisonjera idea de que la noble causa de mi patria encuentra prosélitos, no sólo en sus hijos, sino también en los hombres de corazón, cualquiera que sea la tierra de su nacimiento; y las solicitudes que me avisa usted haber sido dirigidas por compatriotas suyos al gobierno francés, sobre los asuntos del Plata, y en favor de la causa argentina, son otros tantos títulos de reconocimiento hacia esas excepciones nobles de la Europa, que tan mal nos comprende y peor nos quiere.

"Pero, al pagar mi parte en esta deuda de gratitud, debo decir a usted con lealtad, que a la altura a que han llegado los acontecimientos, toda interposición que deba venir de Europa, favorable o adversa a nuestra causa, no llegará a tiempo de influir en los sucesos, porque las dos causas políticas deben resolverse al influjo de las armas, dentro de pocos días.

"Para mí, la situación encierra un dilema preciso y terminante a este respecto: o la ciudad es tomada antes de quince días, y entonces Rosas está perdido para siempre, o el ejército libertador se retira, y entonces todo se pierde por muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo incremento, ni aun con el auxilio de un poder extraño.

"Dar al general Lavalle todo cuanto elemento sea posible es lo único que aconseja la situación actual; pero dárselo sin pérdida de hora, porque del efecto moral que produzca una violenta invasión a la ciudad, más que un ataque a los reductos de Santos Lugares, puede resultar solamente el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil hombres, con las dos terceras partes de caballería; que tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número

Librodot

y que no puede, ni debe contar con la mínima cooperación de los habitantes de Buenos Aires, sino cuando haga sentir el ruido de sus armas y los vivas a la patria, dentro de las calles mismas de la ciudad.

"Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que lo oprimen, y espera con toda la efusión de su alma la regeneración de la libertad patria, yo sé bien que los unitarios se empeñan en separarlo de su consideración, porque ellos no quieren convenir en que el pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840, lo que en 1810: es un honroso error, pero es error al fin, y pues que los hechos que están ya bajo el dominio histórico, y que han acaecido en todo el norte de la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones unitarias, y arguyen muy alto contra las que se tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una innegable conveniencia el no contar con otros recursos que los que tiene propios el ejército.

"Es imposible, materialmente imposible, establecer hoy la asociación de diez hombres en Buenos Aires: el individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se explica, se justifica, puedo decir, pero no es tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de tomar los hechos existentes, buenos o malos, y basar sobre ellos el cálculo de operaciones fijas. Y es sobre el hecho de la no revolución en Buenos Aires, que debe calcular sus operaciones el ejército libertador.

"¿Sin más auxilios que los suyos propios, debe, o no, seguir sobre Rosas el general Lavalle? Tal es la cuestión que pueden proponerse algunos, especialmente la comisión argentina, que discurre tanto, aunque con tan poco éxito, desgraciadamente.

"Antes de resolverla, sin embargo, yo querría hacer entender al general Lavalle, y a todo el mundo, que el poder de Rosas no está en los esteros, zanjas, cañones y soldados de Santos Lugares: está en la capital, está en el fuerte. Puedo decir: Buenos Aires es la cabeza; todo lo demás no son sino miembros subordinados. Es de Buenos Aires que ha de partir la reacción en la corriente revolucionaria, que debe descender de ésta para surcar por toda la República. Y en este caso el problema por resolver no es otro que el de si conviene o no invadir la ciudad por alguno de los flancos de los campamentos de Rosas, y tomar posesión de ella, dejándolo a él dueño de la campaña.

"En la posición del general Lavalle, yo no vacilaría en aceptar el primer caso, porque me asiste la convicción de que, si el ejército se retira, la cuestión se pierde y se pierde el ejército y, en esta coyuntura, yo preferiría arriesgar esa inmensa pérdida sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

"En la ciudad no puede haber resistencia; los federales están abatidos por la simple incertidumbre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando menos, se pasaría de buen grado al general Lavalle, para buscar con su traición a Rosas una garantía futura.

"Mi carta anterior lo ha impuesto a usted del pormenor de los acuartelamientos, tropas de línea, etc., que hay en la ciudad, y si esta otra puede contribuir a meditar sobre la idea que aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues que no dudo que del examen de ella resultaría su aprobación.

"Quiera usted, señor Martigny, aceptar como siempre las seguridades de mi particular aprecio.- B."

Daniel puso a esta carta un sello especial; púsole luego una dirección para míster Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego escribió la siguiente:

"Amalia: La visión no era otra que Mariño. He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no cree que me ha seguido y que ha dado contigo; pero esa duda lo excitará más y querrá salir de ella.

"De hoy en adelante mis pasos serán seguidos más que nunca.

"No hay remedio; para las dificultades que nos cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

Librodot

"Es necesario volver a Barracas, y pronto.

"Disponlo todo, y consérvate pronta a todas horas.

"Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido como va a serlo el choque de nuestra desgracia o nuestra fortuna.

"¡Dios vele sobre los buenos!"

Terminada esta carta, el joven escribió por último a su Florencia, y le decía:

"Alma de mi alma: Todavía soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y cansado de una lucha estéril, pero terrible, que tú no conoces todavía, tengo tu corazón para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme a Dios y a los ángeles, al escribirlo.

"Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas a prestarte a mis deseos: es necesario que persuadas a tu buena madre, que la decidas a su viaje a Montevideo; pero pronto, mañana si es posible. Yo lo facilitaré todo. Y si es necesario, para la tranquilidad de su espíritu, que seas mi esposa antes de la partida, mañana mismo nos unirá la Iglesia, como nos ha unido Dios para siempre.

"Sobre el cielo que nos cubre, en el aire que respiramos, está hoy la desgracia, y quizá... ¡Quién sabe!... Todo es fatídico hoy... Yo no quiero tu mano, es decir, mi felicidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos; pero lo haré si es necesario para tu partida.

"No me preguntes nada. No puedo decirte sino que quisiera alzarte sobre los astros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No me pidas que te siga... No puedo... Frío como un cálculo, mi destino está hecho. Estoy clavado a Buenos Aires, y... pero nos hemos de ver pronto, dentro de ocho, dentro de quince días, a lo más. Es un siglo, ¿no es verdad? No importa; en la nube, en el aire, en la luz, tú me conversarás, Florencia, y yo recogeré tus palabras en el adoratorio de tu imagen: en mi alma. ¿Me complacerás?

"Madama Dupasquier nada te niega.

"Y yo no te he pedido jamás nada sino por tu felicidad y por la mía. - Daniel."

El joven cerró esta última carta, púsola en su pecho, y esperó al día para darle dirección con las otras.